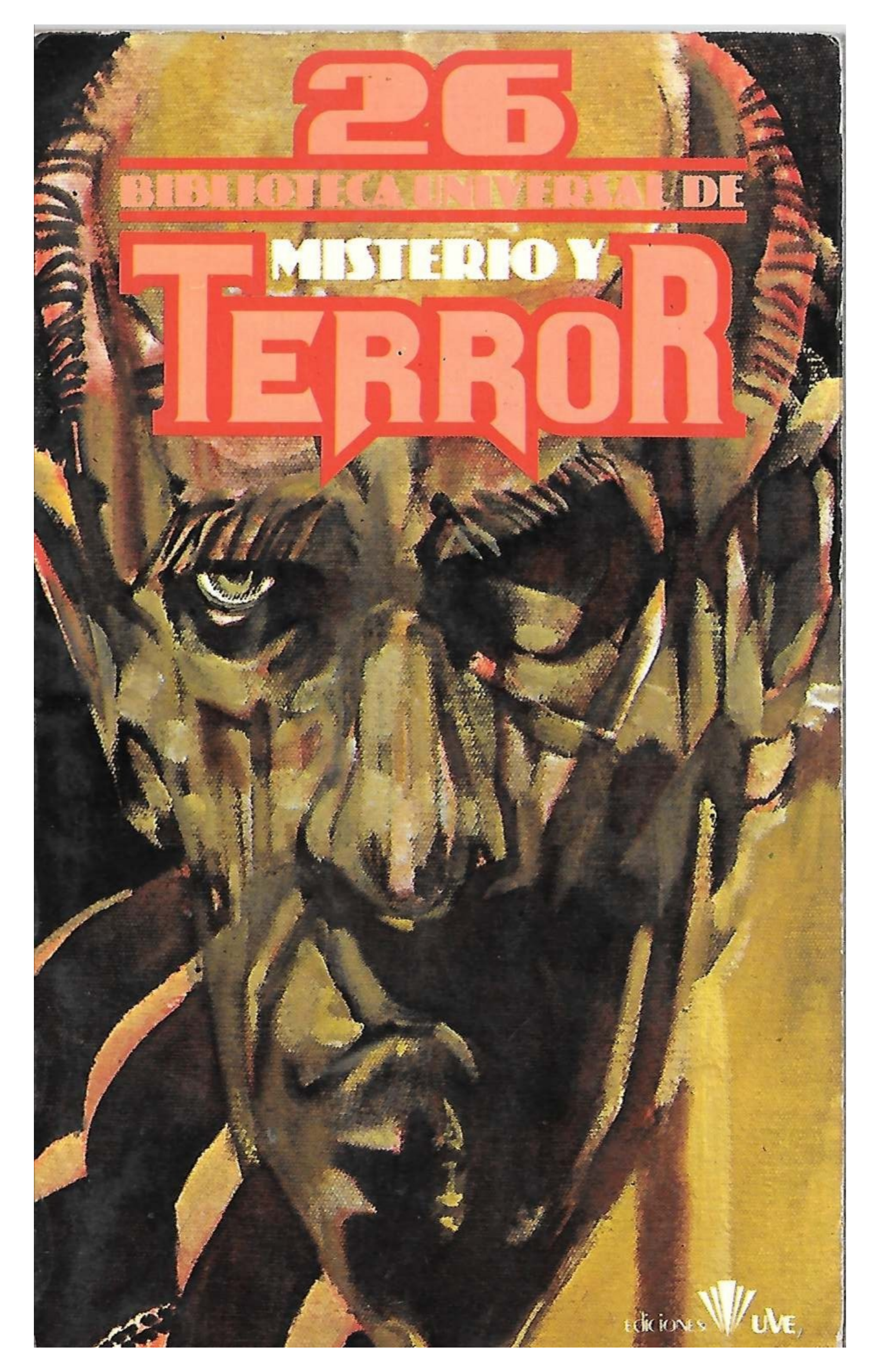

26
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
ediciones UVE

26
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

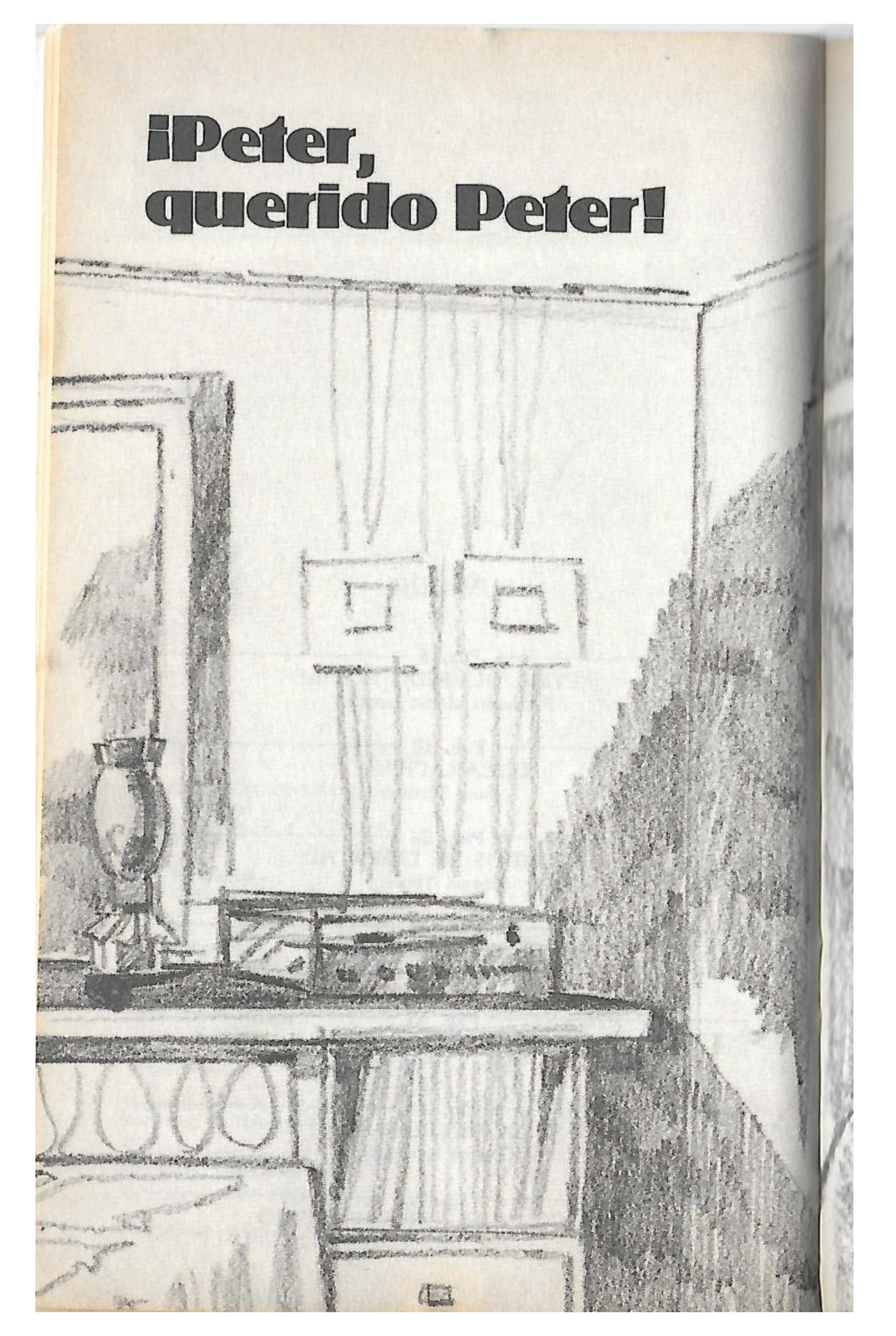
Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 39.225-1981.
ISBN: 84-7526-010-1.
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

¡Peter, querido Peter!





¡Peter, querido Peter!

Fernando Martín Iniesta

Minuto a minuto, segundo a segundo, con la amorosa y estricta ceremonia de quien se engalana para la Fiesta, aquella mujer preparaba el encuentro gozoso e infinito que le llegaba desde más allá de la Vida.



ANOCHECÍA cuando se despertó. Por la abierta ventana, la niebla, espesa y lechosa, se filtraba moviendo lentamente los visillos, empapando de humedad las ropas de la cama, dejando un hálito que se materializaba en gotas en el amplio espejo del armario empotrado. Notó un fuerte tirón en el cuello provocado, seguramente, por la postura en la que había dormido; la incomodidad le creció al observar que se había echado vestida sobre la cama y había arrugado el traje de crespón negro, galas de la triste ceremonia y cuyo velo de gasa reposaba sobre la alfombra color burdeos, de gruesa lana, mullida y suave; lana todavía viva y olorosa que guardaba el aliento, el olor y el sudor de él; alfombra que había gemido con ellos en largas tardes y hondas madrugadas de irrepetibles deseos; alfombra que él, en un instante de satisfecho reposo, había dicho: «huele a savia y a monte», y, ella —¡ahora la recordaba!— creyente, devota, sacerdotisa de cuanto él vivió, olió casi con reverencia animal.

Al incorporarse intentó verse en el espejo opaco y turbio, sin conseguirlo. «Debo estar horrible». Deseando y temiendo, al mismo tiempo, cerciorarse, fue

hacia el azogue. La palma de su mano batió con desgana el vidrio y sus moradas ojeras, sus desordenados cabellos, sus vidriosos ojos por el sueño y el llanto, le devolvieron la única imagen que siempre había temido: la de su soledad. Pero en la piel de la mano, adentrándose por los poros, traspasándolas, sintió el tacto fresco y conocido, humanamente vivo de la mano de él. No puede sofocar un grito entre gozoso y fatalista, un grito que, apenas escapado, le horroriza: «Está aquí, vivo, siempre vivo por que él no ha muerto, no puede morir». Casi desfallecida, vuelve a la cama. Vuelve a tenderse sobre las húmedas sábanas y a recordar, luchando por evitarlas, porque no regresen, las imágenes del entierro, las escenas del duelo que, a juzgar por la noche que se adentra en la casa, debieron suceder el día antes y que, el largo y profundo sueño, devuelve fantasmagóricas e irreales; imágenes que se niega a aceptar y que rompe, una vez y otra, destroza, repara, quiebra como las piezas de un rompecabezas que, solamente al ordenarse, cobrarán sentido. «Está aquí, y yo, ahora, mientras se baña, le haré llegar las notas, candentes y frías al mismo tiempo, de Mahler». Se levanta, cruza hasta el salón y conecta el tocadiscos, y, como siempre, como cada día, como cada vez que él lo desea, desde los bafles repartidos por toda la casa, suenan limpias las notas. Pero no, algo no concuerda con el cotidiano suceso. «El agua, el agua del grifo», porque él dejaba siempre abierta la puerta del cuarto de baño y el sonido del agua se mezclaba con las notas musicales. Y el grifo no suena, y es preciso que suene como materialización de una realidad que la magia de la música no debe romper, porque él, siempre... Y desde el fondo abismal de su cuerpo de mujer, siente, vuelve a sentir, entre abandonada y enardecida, la llamada del deseo y de la carne, la misma llamada que, diez años antes, otro anochecer de niebla indecisa, allá sobre las rocas cortadas sobre el abismo, mientras la brisa del mar golpeaba sus vestidos ciñéndoselos al cuerpo y dándole forma de escultura de fuego, le

hizo abandonarse, pedir, suplicar, acaso gimiendo, que la boca de él se apoderase de la suya, que la poseyera en un rapto frenético, de una vez para siempre, mientras se hundía en una atmósfera de sueño, irreal, toda su vida anterior de muchacha poseída por miedos adolescentes. Desde entonces no tuvo, no ha tenido, sabe que no tendrá otra forma de sentirse viva que la que le comunicaba aquel cuerpo. Fue entonces cuando comenzó a descubrirse a sí misma, a reconocer su piel que vibraba al más leve contacto, a sentir cómo la sangre resbalaba por sus venas, a distinguir, en la palma de la mano, la humedad, el calor y el frío, y se le fueron revelando, a través de los ojos, los colores capaces de excitarla, dormirla y despertarla en una extraña comunión, siempre a través de él, de su cuerpo con la naturaleza.

Sabía que él estaba esparcido por la casa y que nunca desaparecería. Si se acercaba hasta la tallada mesa, caída, con el abandono de la costumbre, estaba su pipa oliendo a tabaco fresco y recién quemado, caliente todavía por la última ceniza, esperando, sabiendo que, en cualquier momento, la segura mano de él volvería a recogerla para devolverle, con su uso, su razón de ser como objeto. «Llamarle». Si le llamaba, si pronunciaba su nombre, si decía «¡Peter, querido Peter!, desde el cuarto de baño, por encima del sonido de la ducha, traspasando la música que inundaba la casa, él respondería. Y llamó, lo intentó aunque nunca supo si el sonido salió de su garganta: «¡Peter, querido Peter!» No hubo respuesta y pensó: «no ha debido de oírme». Pero estaba allí, saldría dentro de unos instantes con la piel húmeda y el cabello mojado, oloroso de Man, la colonia que siempre usaba. «Le prepararé la ropa». Camina hacia el armario, abre los cajones, busca, busca y no encuentra la camisa de seda natural que le regaló hacía escasamente una semana, y algo en su interior resuena como un mazazo, le recuerda que aquella prenda «está con él», se la llevó puesta...

Y no se resigna a que sea así, y piensa: «debe estar

en la cesta de la plancha; le recordaré a la muchacha que la planche y la deje nuevamente en el cajón». Elige otra camisa, de popelin blanco, inmaculada y la deja sobre la cama. «¿Qué traje se pondrá hoy? Le escogeré una corbata discreta. Seguramente se vestirá de azul, y, entonces, le irá una corbata roja... ¿o gris perla?» Se decide por la gris perla y la extiende, levemente inclinada sobre la camisa. Ahora, sólo esperar a que salga del cuarto de baño. «¿Qué haré mientras tanto?» «¿Comenzar a arreglarme?» «Quizá sea lo mejor». Pero no lo hará. ¿Por qué si hoy no tienen prisa, se han trazado ningún plan especial, solamente han pensado en salir, pasear un poco en el coche por las afueras de la ciudad, cenar en cualquier restaurante de la carretera y luego, algún cine, ¡ni siquiera han mirado la cartelera!, y, posiblemente, si el ambiente del restaurante es grato puede que alarguen la cena con una botella de champán después, sin prisas, detenerse en cualquier «pub» de los muchos que frecuentan, escuchar un poco de música, tomar un par de tragos y regresar a casa. No, hoy no tienen ningún plan especial, y, a ella, le agrada meterse en la bañera después de haberlo hecho él, es como si el agua, la espuma del gel que, irremediablemente queda siempre sin disolverse en el fondo, guardase, todavía, el olor de su piel. Sí, esperará, esperará a que salga. Pero ¿qué hace ella con aquel vestido negro y arrugado? Lo normal sería que estuviese en bata, o puesto alguno de aquellos kimonos chinos que él le regaló y que tanto le agrada que se ponga. ¿Por qué está vestida así? No encuentra una explicación lógica ni hace esfuerzos por hallarla.

El disco ha llegado al final y cesa la música mientras crece el sonido del agua cayendo sobre la bañera. «Hoy tarda más de lo acostumbrado. Pondré la otra cara del disco», y, descalza, regresa al salón. La melodía al sonar de nuevo devuelve a la normalidad el ambiente de la casa y una ancha sonrisa resbala por la cara de la dueña, mientras gozosa, presa de aquella temblorosa felicidad que tan bien conoce, repite, una

y otra vez: «Peter, querido Peter», mientras se abalanza nuevamente sobre la cama, mirando el techo y soñando, soñando como tantas veces.

La niebla, cada vez más espesa, se adentra en la alcoba. Una ráfaga de viento se estrella contra las entornadas puertas haciendo ondear los visillos, Siente que aquella niebla se ha tragado algo, ha difuminado, hasta hacerla borrosa una figura que, fantasmal, inconcreta, penetra en la habitación, se acerca hasta la cama, le aprieta fuertemente con sus brazos inmateriales y le susurra al oído: «Ven, ven conmigo, me prometiste que me seguirías cuando yo te lo pidiese. Ven». Quiere gritar. Pero no es de miedo, sino de gozo, de un gozo inmenso, sobrenatural, alienante, mientras siente cómo su sangre corre, cada vez más aprisa, por sus venas, y desde la piel, adentrándose en las carnes ardientes, quemando tejidos, violándole las entrañas, le penetran los temblores de un orgasmo frenético y desconocido hasta hacerle rechinar los dientes, pronunciar palabras inconfesables y caer desvanecida por el gozo infinito que le llega desde más allá de la vida.

Al despertarse no le pesa el tiempo, se desliza a su alrededor volátil y siente cómo su cuerpo flota sobre la cama. Frente a ella está Peter con los brazos tendidos, el cabello revuelto y los ojos vidriosos y fríos. Lleva puesta una máscara hierática que imita, a la perfección, sus propias facciones y sólo por la rigidez ella «sabe» que es una máscara. No necesita hacer ningún movimiento para acercarse hasta él: le basta un simple deseo que no es capaz de formular, que no necesita formular siquiera. Y, fatalmente, el deseo se cumple, las manos se encuentran, los brazos se estrechan y los labios se unen. Pero su boca es ardiente y la de él está fría. Con suavidad se separa del hombre mientras murmura «Ven, acuéstate aquí, a mi lado». Y Peter se deja arrastrar hasta la cama y queda quieto, relajado, boca arriba, mirando la araña de cristal. «Se ha dormido, estaba muy cansado y se ha dormido y no quiero despertarle». Quedamente, se

levanta para contemplarle, ¿cuántas noches, cuántos amaneceres se ha quedado horas y horas mirándole dormido y susurrando «parece un niño, un niño grande cuando duerme»? ¡Y, ahora, ahora ha perdido aquella inocencia! Cierra los ojos apenas un segundo y cuando vuelve a abrirlos Peter está vestido de negro, las manos enlazadas reposando sobre el pecho y cuatro candelabros, con gruesas velas goteantes impregnan de un acre olor la atmósfera y ella no puede vencer un grito lacerante y desgarrado, un grito inhumano, de animal herido. La visión dura solamente un instante. Peter desenlaza sus manos, se incorpora y los candelabros se esfuman entre la niebla. Nuevamente, la música del tocadiscos y el sonido de la ducha impregnan de vida la estancia. Peter está nuevamente frente a ella, le coge las manos mientras caminan por el acantilado. «¿Qué harías si yo me lanzase desde aquí al mar?» La mirada del hombre es franca y el tono de las palabras no está exento de ironía. «Me lanzaría tras de ti», y siente un escalofrío al responderle mientras toda la brusquedad, la ruptura, el desgarro del golpe de su cuerpo contra el agua lo siente como si ya hubiese acontecido: es un choque súbito y terrible que se apaga en una blanda sensación de abandono. El coge su mano con firmeza y la empuja lentamente hacia el abismo. De repente, inesperadamente, se siente atrapada entre sus brazos y su boca siente toda la frescura de los labios del hombre mientras una carcajada le disipa los injustificados temores. «No, no es la muerte la que quiero contigo, sino la vida».

«¿Qué hago yo con este traje negro?» No recuerda, no puede recordar que esa pregunta se la ha formulado una y cien veces desde que despertó. A él no le gustaba el negro, odiaba todo lo triste. Para él, la alegría era el hecho de estar vivo, palpar con la mirada las cosas, respirar a pleno pulmón el aire, acariciar con las manos cualquier objeto, ceremonia que cobraba su máxima capacidad de expresión cuando, suavemente, se llevaba a la boca la pipa, rito antiguo y misterioso que le hacía a ella cerrar los ojos al be-

sarla con la levedad del pájaro o la pasión devoradora del tigre, liturgia que la transportaba a oscuros paraísos cuando la poseía.

No le queda ya paciencia —ella que era tan suave y tierna en todos sus movimientos— para sacarse el vestido, y lo desgarra. Cruje la seda con un metálico sonido mientras el espejo, confidente de deseos y coqueterías, refleja su vientre que, a pesar de los años, conserva texturas de adolescente, repite sus largos y redondeados muslos como si el azogue tuviera la virtud de posesionarse de ella y queda desnuda y multiplicada en la estancia. Como en tiempos no muy lejanos, se goza en su desnudez, siente el orgullo, casi la soberbia, de saberse dueña de aquellas formas perfectas. Con la lentitud de un reptil pasa su mano derecha por el hombro opuesto y la va dejando resbalar hasta el codo, mientras sus pechos, todavía duros y tersos, se balancean al ritmo de una respiración que parece detenerse en el tiempo y le obliga a entornar los ojos, girar levemente la cabeza para admirarse en el cómplice cristal azogado. ¿Qué tiempo ha transcurrido? Ni lo siente ni le importa, vive, otra vez, en la etérea atmósfera donde la realidad se difumina hasta perderse. Esta sensación de flotar nuevamente, la lleva hasta el amplio, enorme, armario ropero. Tira de uno de los cajones y extrae una diadema de imprecisas florecillas de tela blanca. Al ponérsela, tiene que recogerse hacia atrás los cabellos. Se retira unos pasos y vuelve a contemplarse en el espejo. «Hoy es el día de mi boda», y, como entonces, lo primero que se prueba es la diadema. Se la quita y la alza con ambas manos en un extraño ceremonial de pudores y deseos. Todavía, en aquel armario, está el traje de novia. Durante años ha gozado contemplando aquel blanco vestido que destaca, en su percha, sobre los colores de su ropa de cada día. Con infinito mimo, descuelga la percha y se abraza a aquel traje, acariciando con la mejilla la irisada seda. El espejo divide en dos su imagen: una recoge el largo muslo y la tersa pierna; la otra, es una especie de mani-

quí que sostiene, deformada, la vaporosa tela. Abrazada a aquel testimonio lejano, regresa hasta la cama y se sienta en ella. En el suelo, como la piel de un extraño y temeroso animal, está el negro, desgarrado vestido.

Vuelve a vestirse con la misma emoción que lo hizo diez años antes. Ha conservado todas las prendas que usó aquel día y las va extendiendo, una a una, sobre la cama, tejiendo un raro mosaico blanco sobre la colcha azul marino. El ramo de azahar, amarillento, marchito y descolorido, se deshoja entre sus manos al sacarlo de aquella caja de madera tallada. Pero ella no lo advierte y, rememorando imágenes que le llegan a retazos, vuelve a besar el amarillento ramo que acaba deshaciéndose en polvo. Como entonces, tiene empañados los ojos, presa de una conocida emoción, que le impide verse con nitidez en el espejo mientras acaba de vestirse.

Baja las escaleras que conducen hasta la calle arrastrando la larga cola y oyendo lejanas notas de una marcha nupcial. Apretadas, con ambas manos, junto al marchito ramo, lleva las llaves del coche. Nadie la ve salir, el portero hace horas que abandonó su puesto de vigía. Al salir a la calle es noche cerrada. Una lluvia fina y pertinaz golpea el asfalto y repica en las carrocerías de los coches aparcados. Lentamente, ajena a todo lo que no sea el fatalismo de su destino aceptado, cruza hasta su vehículo, un Chevrolet negro, algo pasado de moda y que conserva todo el empaque y la austeridad de otros tiempos. Sentada frente al volante ha dejado afuera, prisionera por la puerta, parte de la cola de su vestido. La frialdad del volante traspasa sus finos guantes, llegando hasta sus manos que arden. Los faros intentan, en vano, traspasar la lluvia y la niebla, dejando detenida la luz en una rara llama que vista desde la distancia, flamea. Volando por las desiertas calles, la apresada cola del vestido, parece una bandera que ondeara pregonando un oculto presagio.

Aparca frente a la puerta del cementerio. Al salir del coche, su enganchada cola, se desgarra sin que lo advierta. Los faros encendidos del coche recortan su figura mientras franquea la abierta puerta de hierros

retorcidos, en cuyo marco se alza una cruz. Avanza por un pequeño sendero de altos cipreses que gimen azotados por la lluvia y el viento que van creciendo en intensidad. Sus pies, calzados con delicados zapatos de raso blanco, salpican, en su sonámbulo andar, los continuos charcos. Empapadas, las ropas, se le pegan al cuerpo componiendo una estatua que, al no ser por el movimiento, podría confundirse con las figuras de mármol que coronan algunas tumbas. Un rayo lejano ilumina, por unos instantes el campo de lápidas y muertos. De sus cabellos, de sus sienes, resbalan unos leves hilillos de agua.

Se detiene ante la tierra bajo la cual, hace apenas horas, reposa Peter, y que, todavía, no ha sido cubierta con la lápida de mármol. Junto a ella dejada caer con precipitado abandono, hay un azadón. Pero no lo advierte. Se arrodilla y con las manos comienza a escarbar febrilmente. La empapada tierra facilita su tarea. Va hundiendo las manos en la fosa y, al apretarlas, convierte en barro, amasa una y otra vez, la tierra que cubre el ataúd y que, después, suavemente, arroja a un lado. La tarea es lenta y torpe. Pero sabe, adivina, que tiene para ella toda una eternidad...

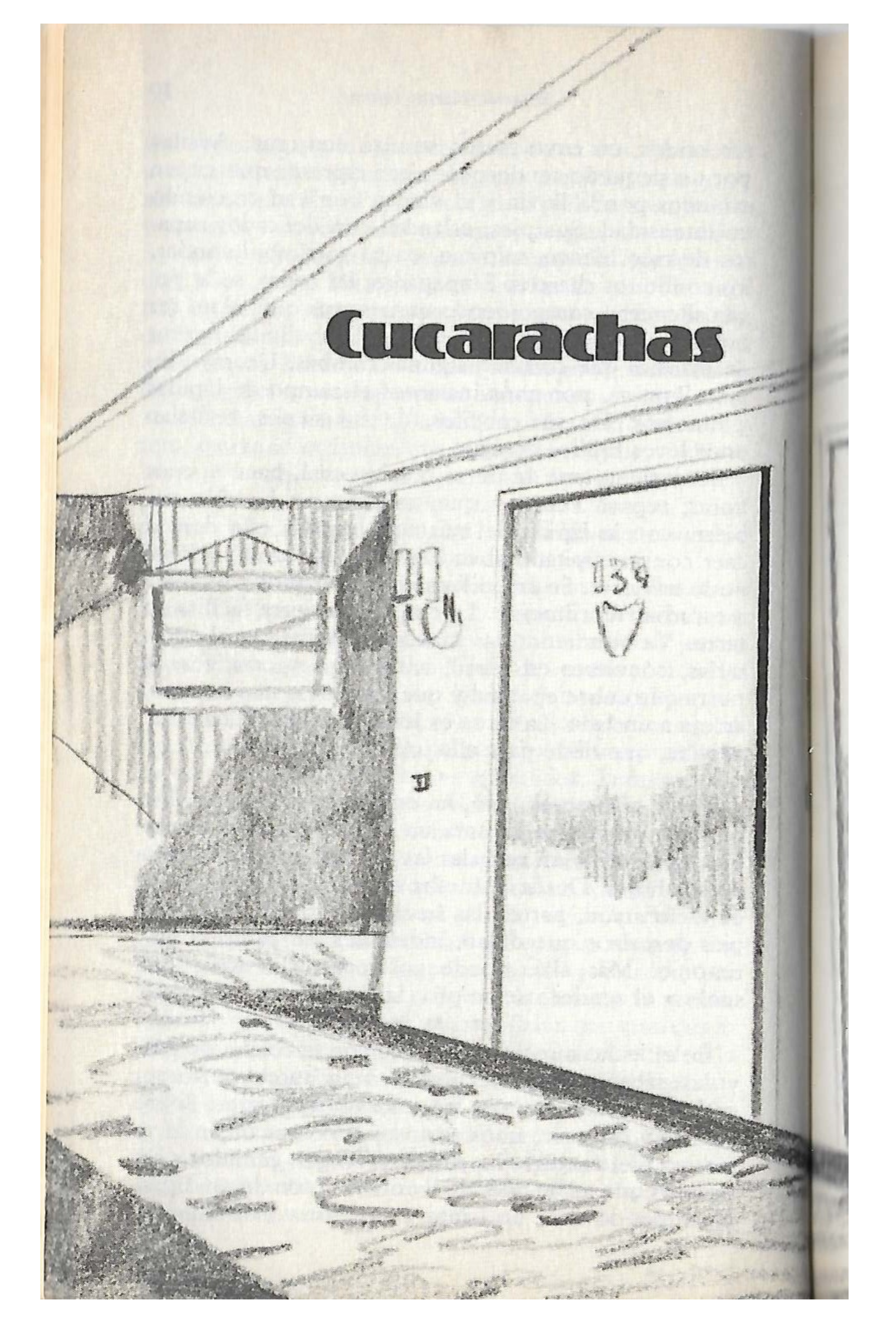
* * *

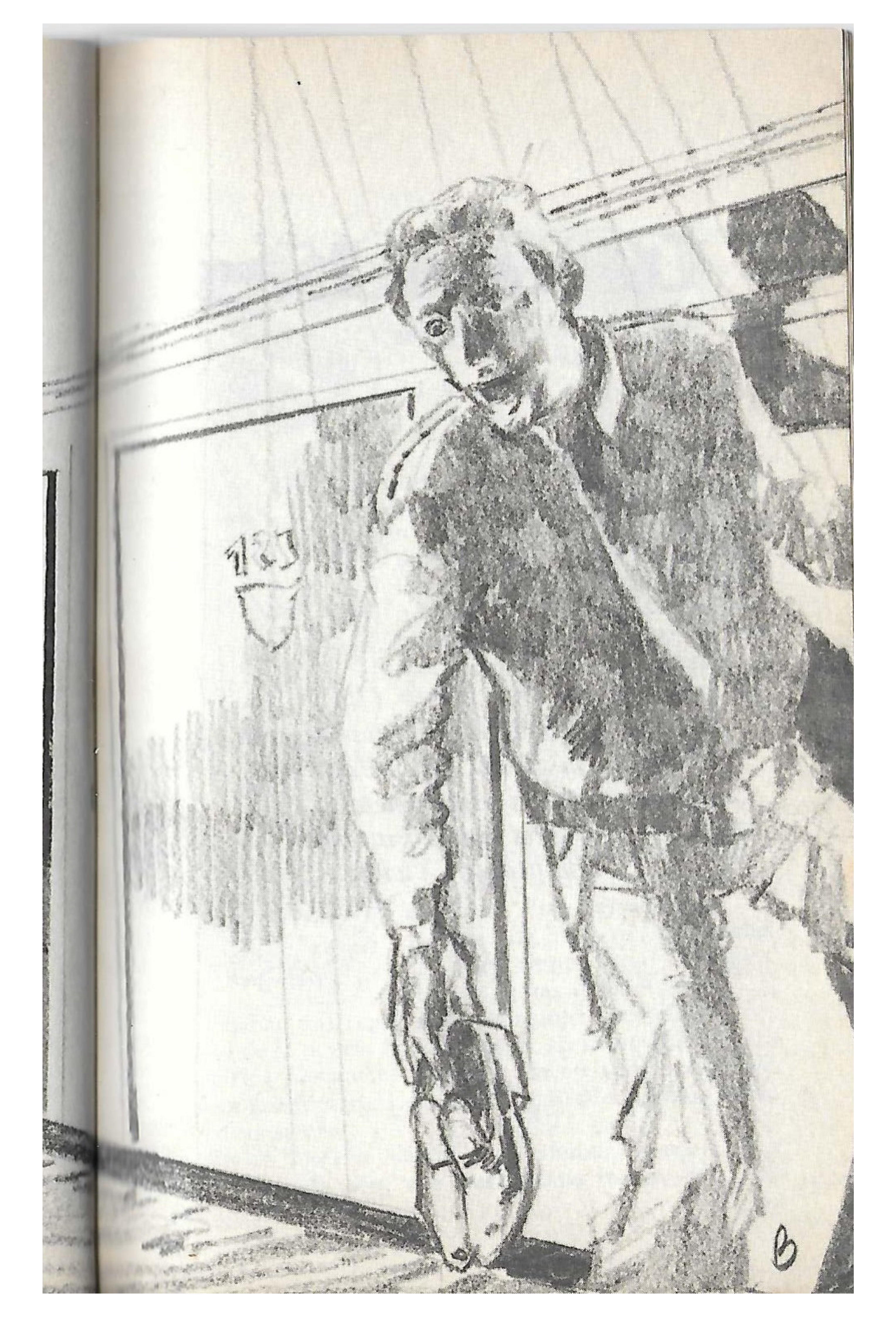
El sol, alto en el cielo, ha despejado las nubes. De la tierra mojada se levanta un hálito de madreselvas. Los cipreses dejan resbalar las últimas gotas de lluvia de sus hojas. Desde la tumba abierta de Peter, desde el vacío ataúd, parten las huellas profundas de unos pies descalzos que dejan, indelebles, su patético testimonio. Más allá, donde comienzan las losas del suelo y el sendero se amplía, las huellas se pierden...

* * *

En el lecho nupcial, revestido con la colcha de gala y las sábanas humedecidas con incitante perfume, está el desnudo, yerto y frío cadáver de Peter... Sobre él, una y otra vez, unos ansiosos labios recorren la ya terrosa piel mientras las paredes recogen gemidos y estertores que nadie podría identificar si son de un orgasmo repetido o de un llanto de angustia y de muerte.

Cucarachas

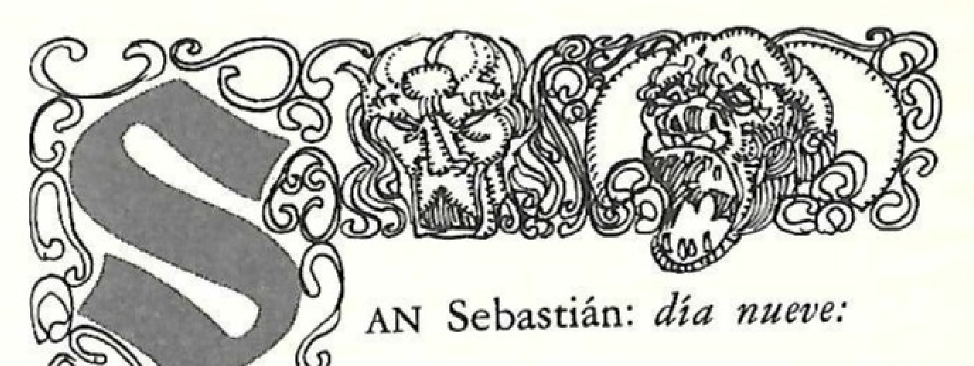




Cucarachas

Juan Tébar

Una multitud de insectos llegaron hasta su cuello. Su contacto era estremecedor y viscosamente dulce... Entonces sintió un temor espantable y vicioso...



SAN Sebastián: *día nueve:*

He vuelto tarde al hotel. Nos quedamos mucho tiempo comentando la película. En el hall se disolvió un conato de prolongar la tertulia en alguna habitación. Bárbara, con su vestido rosa, hundida en el sillón del pasillo, hizo un maravilloso gesto de cansancio con sus brazos infinitos, se levantó y se fue. Todos se han ido marchando poco a poco. Yo he sido el último. Subí solo las escaleras, arrastrando los pies por la suave alfombra escarlata. Al llegar al primer piso he dudado —como todos estos días— si ir hacia la derecha o hacia la izquierda. Esta vez acerté al decidirme. Lo malo de los hoteles es que tienes que dejarlos cuando ya has aprendido.

Estaban mis zapatos marrones recién cepillados delante de la puerta 137. Antes de abrir me agaché para cogerlos. Levanté el derecho y una cosa negra se movió sobre la alfombra. Levanté el izquierdo. Debajo había otra cucaracha.

En un hotel de lujo no puede haber cucarachas. Es una contradicción, una desarmonía inadmisible. Sin embargo allí estaban, dos repulsivos botones negros

sobre la alfombra. Cerré los ojos, pasé a una sola mano los zapatos, di vuelta a la llave y entré.

He dormido poco más de una hora. Me he levantado a fumar un cigarrillo. Era aún noche negra. Tuve una horrenda pesadilla de la que preferiría no hablar. Siempre he odiado a las cucarachas. No sería capaz de aplastar una y soportar la visión de la masa destripada y del líquido. Y el olor. Siempre tuve miedo a las cucarachas. Y cuando era niño recuerdo que pisé una. Fue horrible. No he podido olvidarlo. Ese fue posiblemente el momento más espantoso de mi infancia.

Del día diez al once:

Hemos dado paseos incansables por la ciudad y sus alrededores. El país vasco me recuerda a Galicia, pero es más brusco, más huraño. No tiene cara de buen humor.

Hablando de cine, como siempre, la noche nos cogió en la playa. Bárbara estaba hermosísima con su bañador verde. Cuando Bárbara se ríe, la doble hilera perfecta y aguda de sus dientes me hace pensar en Drácula. Bárbara es una vampira, por supuesto. A ella no le gusta que se lo digamos. Bárbara es una chica alegre y hasta un poco intelectual, que no cree en esas cosas. No quiere reconocer sus posibilidades.

Conseguí dormirme a las dos. Leí antes un poco de un libro de maravillosas fantasías. Cultivo mis demencias cada noche... Mis zapatos marrones estaban bajo el sillón. Aún no me los he puesto una sola vez. Por la ventana entraba olor a Norte.

La pesadilla ha sido terrible:

Una cucaracha subía por mis pies. Cuando llegó al vientre ya otras dos subían desde abajo.

Llegaron más de treinta al cuello. Su contacto era estremecedor y viscosamente dulce. Sentía un temblor espantable, vicioso. No diré aquí las emociones que había en mí cuando empezaron a devorarme la garganta —justo en el centro de las dos clavículas—. No deben decirse. Además, no sabría explicarlas.

Me mordían. Ya sé que las cucarachas no tienen

dientes. Sin embargo masticaban y rasgaban mi piel como fieras salvajes. Parecían dejarme desnudo —yo ya lo estaba—, y era una horrorosa sensación de placidez.

Hubo un momento de la pesadilla en que me rebelé. Sólo un instante. Moví un brazo, alargué la mano y fui a cogerlas, a separarlas de mi cuerpo. Pero al menor contacto, un terror invisible me paralizó y las dejé hacer. Las dejé devorarme. Pasivamente, con una laxitud de borracho...

A las cinco y media me desperté sobresaltado y cubierto de sudor. Ellas me habían dejado débil, incapaz de hacer un esfuerzo.

Recordé las dos cucarachas de la otra noche. Quizá debiera presentar una reclamación en el Hotel. Pero no he sido capaz de hablarlo con nadie. Ni creo que nunca lo sea.

Fui hasta el cuarto de baño. Casi no podía andar. Una vez frente al espejo observé que en el pijama había pequeñas manchas. Me pasé la mano por la cara, por el pecho. Estaba magullado, dolorido, exhausto.

Bárbara y los demás me llamaron a las ocho para citarnos en la playa. No les quise hacer esperar ni decirles que no podía. Hubiera dado lugar a comentarios que nada tenían que ver con la verdad.

Antes de salir me afeité, me di una ducha y no pude resistir la tentación de acercarme a la cama. (Notaba el madrugón en todo mi cuerpo. Y una cierta vergüenza de las pesadillas).

Levanté la almohada para colocar bien el embozo, y allí había dos cucarachas. Quizá se rieron al ver mi rostro aterrorizado. Aplasté una con la zapatilla y no me lo perdonaré jamás. Ha sido un error. No debí repetir eso. Ahora no podré olvidarlo. Estoy seguro de que no. Va a ser peor que el otro viejo recuerdo... Queda, además, quedará por siempre que yo mire, la mancha en la cama.

Día doce:

«LOS ANIMALES NO NOS QUIEREN». Lo había leído en un libro de ambiguas ilustraciones terro-

ríficas, un libro espantable y maravilloso que quemó muchas de mis horas.

Son ahora las cuatro de la tarde. Me vine al Hotel y ellos se quedaron en la playa —Bárbara con Rupert, creo que por hacerme sufrir—. Quiero estar solo algún rato. Nos vamos mañana a Madrid, y me gustaría despedirme de mis obsesiones sin testigos.

Los animales no nos quieren... Los pájaros de Daphne Du Maurier revividos y sublimados por Hitchcock... Mucha gente ha tomado conciencia de ello y de su peligro agazapado: Dámaso y los insectos; Kafka, el buitre y el insecto, Quiroga y el bicho del almohadón... Todo esto lo debo tener bien apuntado en algún sitio... Cómo he comprendido siempre, y cómo he amado a todos los que han tenido próxima la infernal pesadilla del animal hostil...

—Hay en todo esto un oscuro secreto de culpa. Yo lo sé. Y por eso me asusta más.

Una amiga de ojos preciosos, temía a las cucarachas. Las teme. Sueña también con ellas, pero no sé si será como lo mío.

He dormido la siesta. Con la ventana abierta. Entraba el sol invadiendo cuando cerré los ojos. Y ahora, despierto —¿qué hora es...?— un chubasco castiga el cristal. No he tenido pesadillas.

Prefiero no salir de mi cuarto. En el tocadiscos una canción negra —se rasga el aire con su sublime tristeza— y una pipa bien cargada. Mirando por la ventana —la lluvia de temporal y montes verdes— y así con mi cazoleta caliente, es fácil creerse que estamos en el hermoso invierno.

Cabeceé, voy a luchar otra vez con la caricia repugnante...

Pero no.

Llegó Bárbara. Se queda esta noche en mi cuarto. Bárbara vestida de negro, con las mangas caladas que hacen una colmena de sus brazos sin fin. Se queda. Nos besamos. Hemos pedido cena fría y algo bueno de beber. —Creo, de todos modos, que Bárbara me compadece un poco...

Quisiera tener absoluta certeza de que mis horrores van a quedarse aquí, en esta tierra oscura, y no me seguirán mañana, cuando coja el coche y me aleje del mar.

Bárbara se ha acostado. Y yo voy a hacerlo ahora. Pronto habrá luna.

Las cucarachas estaban con nosotros. Lo recuerdo vagamente, pero no dejaba de ser en su momento una patente sensación de realidad. Ella no las notaba, pero yo sabía que la cama estaba llena de cucarachas. Llena.

No había rincón en la cama libre de ellas. Ni siquiera el espacio que ocupábamos nosotros. Nuestros cuerpos estaban cubiertos de cucarachas. A veces se mantenían quietas. A veces iniciaban viajes lentos e interminables.

Yo las notaba, cálidas y estúpidas, pretendiendo algo.

Cuando Bárbara y yo nos amábamos, ellas estaban con nosotros.

(Bárbara no era consciente. Creo que dormía incluso durante el amor).

Ellas eran, son, una nube negra, una nube que no deja hueco ni rincón ni una esquina para la luz. Ellas nos poseen. Me poseen. Bárbara no parece advertirlo.

En el vértigo raro de todo aquello, yo pensaba a veces que era una pesadilla. Y cuando lo pensaba, era tranquilizador en cierto modo confiar que sería la última...

Pero las cucarachas alcanzaban posiciones, destilaban regueros de líquido viscoso, daban vueltas torpes sobre y entre nosotros. —Bárbara no lo sabía. Yo sí. Yo quizá tenía la seguridad a veces de no estar soñando—. Ellas ocultaban la vida. Había cucarachas en todos los sitios. Pesadilla o no, podía asegurar que eran mis íncubos.

Día trece:

Cuando Bárbara salió del lavabo se vistió delante de mí, volvió a peinarse y encendió un cigarrillo. Creo que estaba furiosa porque pensaba que yo dormía aún.

Qué hermosa está Bárbara así, sentada sobre el borde de la mesa, con las piernas cruzadas, libre, su-

perior y ajena a cualquier clase de repugnantes pesadillas. Con sus piernas maravillosas, largas, flexibles, capaces de todo.

Pero antes o después, de un momento a otro, tendrá que darse cuenta de que no estoy dormido.

Ahora se ha levantado. Mira por la ventana y hay un mohín en su cara de loca caprichosa porque la lluvia sigue, como un empeño inamovible, y ella quisiera, lo sé, ir a la playa por última vez.

Pero se acerca. Va a llamarme primero.

Lo hace. Yo no contesto, claro.

Duda un poco —y hasta golpea el suelo con el tacón del pie— antes de decidirse a zarandearme.

Tengo casi cubierta la cabeza por la sábana. Ahora va a levantarla.

Ya. No es difícil comprender en seguida que estoy muerto. Tengo el rostro descarnado y sangriento, comido por mil partes, deshecho como la tierra removida. Por la frente, dos brechas suben hasta más allá del nacimiento del cabello.

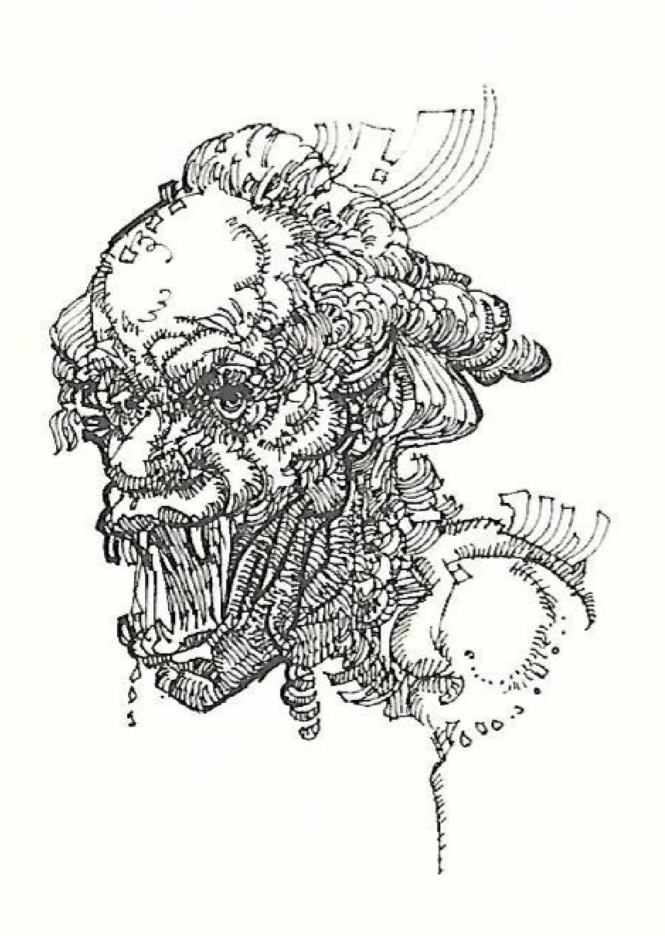
La boca sin labios debe ofrecer un aspecto repulsivo. Y sé que la sangre —la que han dejado ellas— forma cuajarones aquí y allá sin orden ni concierto.

Las cuencas vacías de los ojos han aterrorizado a Bárbara más que otra cosa. Retrocede, pálida, más pálida, más extraña, más hermosa que nunca.

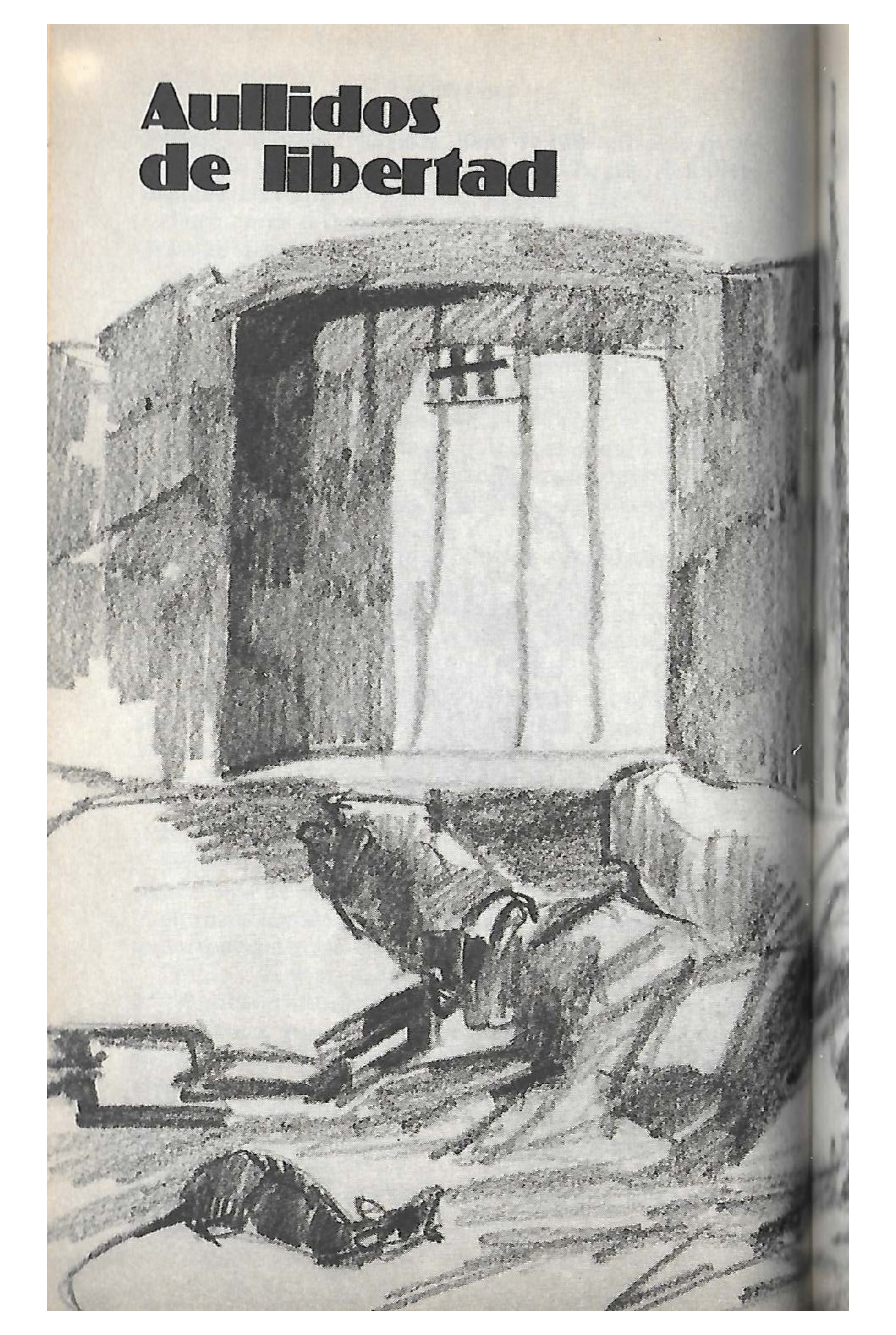
Bárbara, petrificada, divina, con un alarido que no puede salir de sus labios, se ha quedado a medias entre la ventana lamida por la lluvia y la cama donde reposa grotescamente mi cadáver.

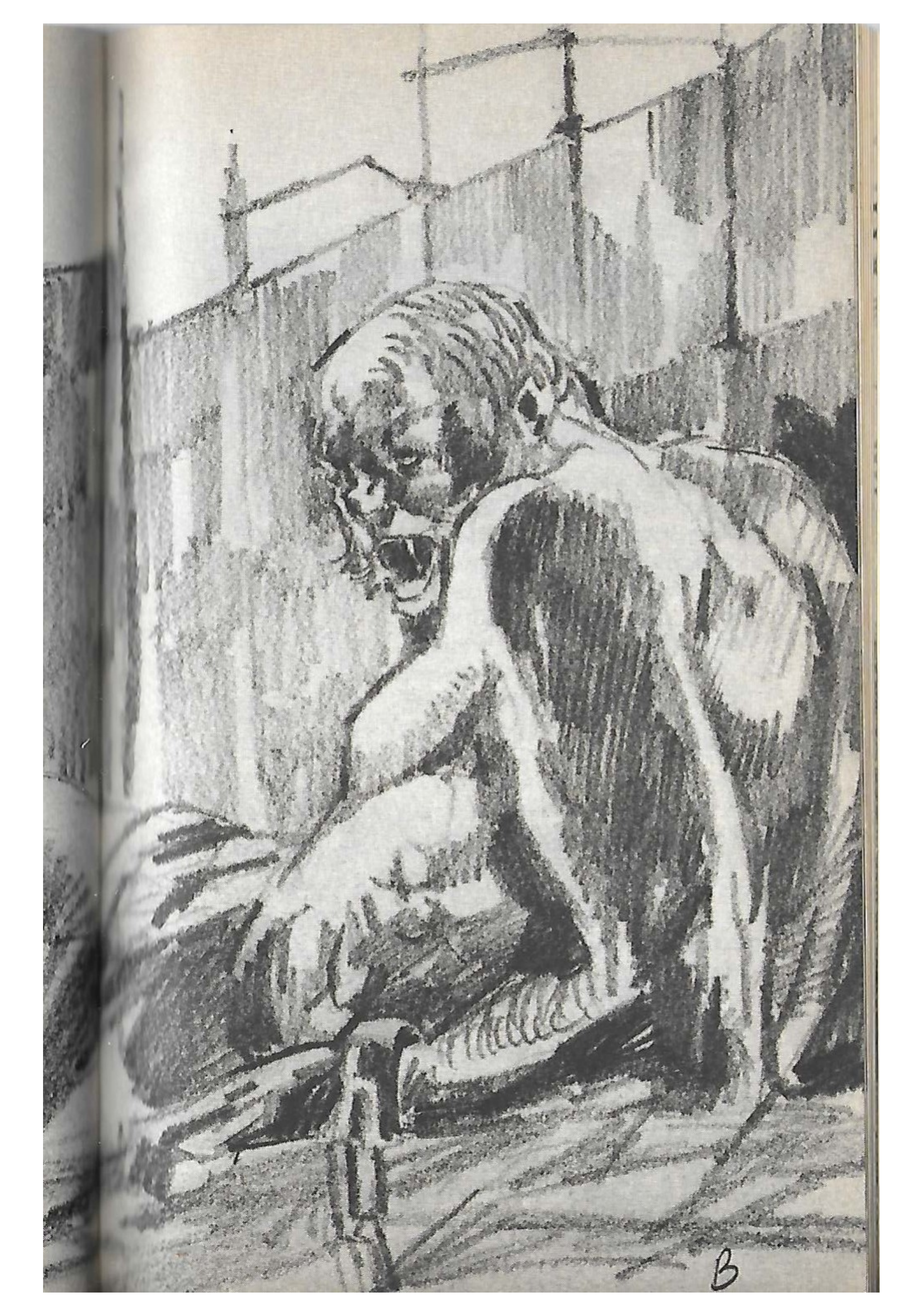
Por los huecos donde antes tuve ojos, parece que estos vuelven a salir. Bárbara los contempla hipnotizada. Parece que suben de un fondo, que surgen como corchos hundidos un instante. Llegan hasta las cuencas, vivos, oscuros, raros. Y salen más allá. Ella los ve. Y abandonan su sitio, cruzan el rostro, bajan hasta la sábana, dejando una marca sucia en su andar lento y atolondrado.

Dos cucarachas, Bárbara. No son mis ojos. O quizá mis ojos los lleven en su vientre.



Aullidos de libertad




B

Aullidos de libertad

Manuel Yáñez

Su mundo estaba delimitado por las húmedas paredes de aquel sótano, y su conocimiento de la libertad apenas sí alcanzaba al incontenible deseo de huir de los contundentes restallidos del látigo.



PESABA ciento cuarenta kilos, medía dos metros y treinta centímetros de estatura y se hallaba encadenado a la pared. Todo en él era odio y deseos de venganza. No sabía que los seres nacidos de mujer tienen un nombre propio. Le habían crecido en el rostro, especialmente sobre el labio superior, unos pelos que le parecían muy distintos a los que cubrían su cabeza. Vivía en la oscuridad aunque no era ciego. Sus recuerdos, escasos y primarios, se formaban de sonidos y emociones apenas sin imágenes y carentes de palabras. Había sabido hablar, de eso hacía mucho tiempo, pero terminó por perder la voz de tanto gritar que le sacaran de allí. Por eso actuaba como un instinto racional que espera la ocasión de descargar la hiel que almacena. Ignoraba la existencia del espejo, del peine y de la higiene personal. Sólo conocía aquel sótano, su reducido universo, aunque la imaginación le decía que tras aquella puerta, tan cercana e inalcanzable, debía encontrarse algo distinto, apetecible e invitador, cuyo conocimiento necesitaba más que su propia existencia. Por eso no cesaba de luchar para comprobarlo, sin importarle que sus medios resultasen muy

limitados y rudimentarios, y que siempre fuera a estrellarse contra el obstáculo, cada vez más violento, que se lo impedía de una forma despiadada. Hasta el punto que su empeño obsesivo bordeaba los límites del suicidio.

Realmente no hacía otra cosa que obedecer a ese impulso básico y ancestral, tan común a todas las criaturas que pueblan la Tierra, que se llama libertad.

Cuando las dos únicas personas que le trataban —sabía que eran Padre y Madre, pero no los sentía como algo suyo— entraban a traerle la comida y el agua, lo hacían abriendo la puerta, con lo que la oscuridad quedaba anulada, provocadoramente, gracias a la claridad del exterior. Y quizá fuese este cambio el origen de la convulsión enloquecida a la que se veían sometidos sus brazos y sus piernas, a la vez que se le nublaba el cerebro y se le reventaban todos los propósitos de mantenerse tranquilo. Porque, sumido en su lucha desesperada por librarse de las cadenas, olvidaba el bestial castigo al que se iba a hacer merecedor.

Luego, irremisiblemente, escuchaba los restallidos del látigo, le alcanzaban los impactos dolorosos, la carne se le abría en infinidad de heridas sangrientas, y no tardaba en sentirse dominado por un sentimiento de indefensión. Entonces, cuando antes había sido un brevísimo volcán en erupción o una epilepsia sobrehumana, su voluntad se transformaba en una necesidad de que el cuerpo consiguiera incrustarse en la pared y encogerse, para así escapar del martirio haciéndose lo más pequeño posible. Y con los mocos, las babas y los estertores, sordos y rabiosos pero sin lágrimas, le volvía a amansar el miedo y el convencimiento de que jamás le permitirían salir del sótano. Pero no le desaparecía el odio y el ansia de cobrarse la más despiadada represalia.

No siempre había alimentado los mismos sentimientos. Tiempo atrás, cuando era más pequeño y blando, no le mantenían encadenado, a pesar de que, en todo momento, quería rebasar la hipnótica frontera de la puerta. Nada más que ésta se abría, él co-

rría en busca del exterior, siempre impulsado por la catapulta de una obsesión cada vez más exacerbada, aunque no irracional. Al momento encontraba cerrándole el paso el corpachón de Padre, y las manos de éste le sujetaban, comunicándole toda su repulsión y una gran amenaza. Esto lograba detenerle, sin que se acallaran las quejas y se le secaran las lágrimas. Seguidamente, Madre venía a abrazarle, le devolvía a las sombras y, tranquilizándole con sus palabras, le empezaba a dar de comer utilizando un objeto metálico, cuyo nombre él había olvidado porque llevaba demasiado tiempo alimentándose con sus propias manos y hasta metiendo la boca en el mismo plato.

Cierto día, después de permanecer esperando junto a la puerta, estuvo a punto de conseguir escapar. Sólo fue un parpadeo de novedad: un amago que le abrió todas las esperanzas, porque, en el instante que la emoción le invitaba a reír, Padre le apresó por una pierna, como si quisiera rompérsela y, luego, le golpeó salvajemente con los puños hasta dejarle sin sentido.

Cuando volvió a la realidad, se encontró atado a la pared por medio de una cuerda. No pudo entender aquello. Quiso caminar por la reducida estancia y cayó de bruces sobre la paja del suelo al encontrar obstaculizados sus movimientos por lo que rodeaba uno de sus pies. Enloquecido, intentó quitárselo, pero sólo consiguió llagarse los tobillos y destrozarse los dedos de ambas manos...

¡Qué alivio sintió cuando Madre le curó las heridas!

No obstante, el dolor sufrido únicamente significó una tregua, ya que continuó luchando contra sus ataduras, hasta que consiguió romperlas. Nada más coronar la hazaña, advirtió que dentro de su cuerpo se había formado una emoción similar a la que conoció al superar la puerta por primera y única vez. La alegría fue muy corta, aunque nunca le arrebataron la esperanza, porque Padre le golpeó, más que nunca, sirviéndose de los puños y de los pies calzados con

botas provistas de suelas claveteadas; después, le volvió a atar con otra cuerda, de mayor grosor que la anterior, y le hizo probar el suplicio del látigo, mientras le gritaba:

—¡Jamás saldrás de aquí! ¡Este es tu único mundo! ¡Y da gracias a que te permitimos seguir vivo!

Puede decirse que él había aprendido a hablar escuchando las crueles amenazas de Padre y las ahogadas exclamaciones, los rezos y los susurros cariñosos de Madre. Y con este conocimiento le nacieron las preguntas, a las que faltaban unas respuestas que no fuesen las que nacían del castigo y del desprecio. También acabaron por brotar los aullidos de protesta, que él convirtió en un arma al comprobar que a su verdugo le enfurecían. Inútil esfuerzo. Con el tiempo enronqueció hasta dañarse incurablemente las cuerdas bucales, y se quedó sin voz después de un largo proceso de sufrimientos.

Más tarde, la imposibilidad de hablar le convirtió en una criatura intuitiva, en un animal casi irracional que aceptaba mantener un papel sumiso con el único propósito de encontrar una nueva oportunidad de escapar. Sin embargo cometió infinidad de errores, todos los cuales se debieron a un mal aprovechamiento de su fuerza descomunal. Y es que en varias ocasiones consiguió romper las gruesas cuerdas que le ataban a la pared más lóbrega del sótano, pero siempre le aturdió la emoción de su breve triunfo. Después, cegado por la claridad que había brotado al abrirse la puerta, quedaba convertido en una fácil presa de la violencia de Padre, y terminaba viéndose unido a la pared. Por último le colocaron las cadenas...

¿Cuánto tiempo hacía que las venía sufriendo?

No conocía el reloj ni el calendario, tampoco sabía cuándo era de día o de noche. Pero su mente había encontrado una forma de intuir en qué momento se iba a abrir la puerta, y sus ojos, así como la totalidad de su cuerpo y de su cerebro, se concentraban en ese suceso excepcional, en esa alteración emotiva, tantas veces dramática, que le cegaba la vista con el asalto

enloquecedor de la claridad, renovaba la acre atmósfera del sótano y le sometía, a él, a una convulsión nerviosa y esquizofrénica.

En algunas ocasiones, no recordaba cuántas por su reducido número, había estado más tiempo sin que ellos viniesen. Y hasta llegó a temer por su vida, debido a que el hambre y la sed le llevaron al borde del delirio. Entonces comenzó a buscar otros alimentos: esas cucarachas que habían pisado sin querer, por culpa de que estaba dormido o se hallaba cegado por la claridad que entraba por la puerta. No le desagradó el sabor, como tampoco le asqueó masticar la paja más húmeda del suelo y hasta sus secos excrementos.

Cuando ellos volvían a aparecer, a través de los llorosos susurros de Madre, sabía que Padre había estado enfermo o ausente: «ha caído malo» o «se tuvo que marchar de aquí», eran las únicas explicaciones que escuchaba de quien jamás se atrevía a entrar sola en aquel lugar. A él le costaba entender el significado de las palabras, acaso porque jamás había «caído malo» —en esas ocasiones que simulaba estar durmiendo, había llegado a escuchar algo parecido a esto: «pobre desgraciado, en ti todo es tan extraño que hasta las heridas que te produce el látigo cicatrizan de un día para otro...»; pero sí terminó por comprender el sentido de la frase «se tuvo que marchar de aquí»: era algo similar a poder rebasar la puerta para escapar de aquel maldito sótano.

En esos tiempos que era más pequeño y blando, por lo que no le tenían atado, y hasta cuando le mantuvieron sujeto a la pared con las cuerdas, Madre le cambiaba las ropas y le lavaba, pero adoptando siempre las mayores precauciones y suplicándole, a la vez, que no le devolviese «mal por bien». Ya que en algunas ocasiones él la había golpeado, dejándose arrastrar por la desesperación y olvidando que ella era su única aliada y el freno que había impedido, en infinidad de suplicios, que los latigazos llegasen a matarle.

También recordaba sus juegos con las ratas y con toda la variedad de insectos y lombrices que le acompañaban en su prisión. Sumido en la oscuridad a la que se había habituado, y pudiendo ver lo que se hallaba cerca de su cuerpo, sobre todo lo que se movía, le gustaba dejar que los animales le subiesen por las piernas y por los brazos, y no le importaba que esas peludas bestezuelas llegaran hasta su rostro para lamerle la grasa y los restos de comida que se habían resecado sobre su piel. Tampoco se negaba a compartir el contenido de los pucheros metálicos y de los baldes de dura madera.

Pero, al poco tiempo de verse encadenado, el odio comenzó a formar parte de cada una de sus acciones, a constituirse en un aliento de supervivencia, aunque no lo pudiese controlar en ese instante excepcional que se abría la puerta y la claridad le devolvía, brutal y enloquecedoramente, la obsesión de escapar de allí, por eso quedaba a merced de la epilepsia sobrehumana que le llevaba a ser reo de un castigo terrible y aniquilador. Así terminó volcando el odio sobre las pequeñas criaturas que vivían en el sótano. Fue empezando por recrearse dándoles caza, para después martirizarlas arrancándoles las patas, una a una, y gustando cruelmente de sus convulsiones de dolor, aplastándolas la cabeza y el cuerpo, y comiéndoselas con la lentitud del que desconoce las prisas porque sabe que no puede ir a ninguna parte.

Y de esta forma iba cultivando su sed de venganza, entrenando esa represalia con el martirio de los animalillos cuando su meta inconsciente, aún no aceptada de una forma externa, era el hombre que blandía el látigo y le comunicaba tan honda repulsión. Lo más emocionante lo encontraba al apresar a las ratas: las primeras se dejaron coger con facilidad porque eran sus amigas; pero, luego, en el momento que las nuevas le vieron como un rival muy peligroso, debió desarrollar una estrategia hecha de paciencia y de astucia, pues dejaba que sus víctimas se confiaran creyéndole dormido. Y descargaba el ataque definitivo,

fulminante, cuando sabía que ya era imposible el fracaso: las bestezuelas iban devorando los restos de comida que las aproximaba a la trampa, en la que caían sin contar con ninguna escapatoria. La mayoría le mordían las manos, y todas se agitaban enloquecidas hasta que les llegaba la muerte. No cedían en su protesta, mientras él las partía las patas, la cabeza y el cuerpo. Todo esto lo iba masticando con el mayor placer.

Su odio llegó a ser tan agresivo que ni siquiera toleraba el contacto de Madre cuando le lavaba o le cambiaba de ropa. Por eso recurrieron a echarle algo en la comida que le dejaba dormido. Esto lo descubrió una vez que se despertó cuando ella le estaba atendiendo. Su reacción fue de arrojarla lejos de su cuerpo, y lo realizó con un arrebato de furia animalesca. Acto seguido, a la vez que volvía a ser herido y martirizado por el látigo, pudo escuchar a Madre:

—Esta vez no has preparado la suficiente dosis... ¡Por favor, deja de golpearle! ¡Reconoce que él no tiene la culpa de que tú estés tan preocupado con esos experimentos...! ¡Acaso no quieres ver que ya es imposible que pueda alcanzarme... porque no da más de sí su cadena...? ¡Fíjate más en lo que haces, y no pagues en este pobre desgraciado tus errores!

Habían sido muy pocas las veces que ella protestaba de esa forma. Más tarde, abrazado por la oscuridad, él luchó por encontrar una respuesta sirviéndose de las palabras que acababa de escuchar. No estaba acostumbrado a deducir, pero los elementos a relacionar eran tan elementales: esas ganas insoportables de echarse a dormir que venía padeciendo últimamente al poco de terminar de comer y la primera frase que había pronunciado Madre. Le costó más de tres nuevas visitas de ellos dar con la respuesta: le obligaban a coger el sueño para así cambiarle de ropa y lavarle.

Su primera reacción fue la de aprovechar este conocimiento para tenderles una trampa similar a la que empleaba para cazar a las ratas. Sin embargo, el odio

y los juegos de astucia le habían desarrollado una inteligencia primaria, y así tuvo en cuenta la existencia de la cadena: «¿de qué le valdría matarlos y devorarlos si continuaba atado a la pared?» Además, ya había intentado romper repetidamente la dura sujección, y sabía que en un momento más o menos cercano lo conseguiría.

Pero comprobó sus posibilidades: dejó intacta la comida y el agua; después, simuló que se había quedado dormido. Ellos tardaron en aparecer, por lo que le martirizaba un hambre irresistible; también estuvo a punto de estropearlo todo los efectos de la claridad que invadía el sótano al abrirse la puerta... ¿Cómo pudo olvidarse de esta reacción? Gracias a que se hallaba de espaldas, y a que apretó con fuerza los párpados y contuvo a tiempo el arrebato nervioso. Al poco rato se dio cuenta de que había cometido otro error.

—¿Cómo se ha podido quedar dormido sin probar bocado? —preguntó Padre, muy cerca—. El balde de agua también está sin tocar. ¡Qué raro!

—¡Tú siempre con tus recelos! Estaría agotado... ¿Sabemos lo que hace cuando le dejamos solo? Si tanto miedo le tienes, quédate a mi lado y con ese maldito látigo levantado, pero déjame que le cuide...

Se silenciaron las palabras repletas de crispaciones, y fue atendido por unas manos que eran incapaces de ocultar la repugnancia por mucho que lo intentasen. Mientras tanto, le llegaba una nueva sensación, de la que disfrutó con un malévolo estímulo y sintiéndose, por primera vez, superior a ellos. Además, el hecho de permanecer inmóvil, con los ojos cerrados y manteniendo una respiración monocorde suponía un nuevo paso en su entrenamiento para la venganza. Sabía que ésta llegaría en su momento, no le importaba cuándo porque le habían «amaestrado» para que desconociese las prisas; por otra parte, la impaciencia era otra de las muchas palabras que carecían de significado para él debido a que nunca la había sufrido.

Después de la cuarta o quinta llegada de ellos, re-

pitió la experiencia, pero cuidándose de ocultar entre las pajas parte de la comida y de derramar el agua del balde en la proporción que acostumbraba a beber. Y la prueba funcionó a su plena satisfacción; sin embargo, no se conformó con este triunfo, y repitió el desafío emocionante en infinidad de ocasiones, porque ya lo veía como un juego mucho más interesante que cazar a las ratas, aunque a éstas no las olvidó en ningún instante. Y sometido a estos procesos de acumulación de astucias y crueldades, fue creciendo en su ánimo una seguridad que le permitió utilizar aún más su inteligencia.

¡Y por fin consiguió arrancar la larga cadena del punto de sujección en la pared!

No podía saber que la oxidación del metal, unido a su permanente forcejeo, había sido la causa de su conquista. Sólo tenía conciencia de la libertad que acababa de obtener, y de que todas las bazas le serían favorables si conseguía contener la borrachera de júbilo que le embargaba. Dispuso del tiempo suficiente para serenarse. Luego planeó su estrategia de ataque. No podía fallar. Rasgó un trozo de tela de los bajos de su camisa, pretendiendo conseguir un vendaje para sus ojos. Tuvo que repetir la acción tres veces porque le había fallado el cálculo de lo que realmente necesitaba; seguidamente, se encontró con el problema de conseguir que aquello se sujetara, porque no sabía lo que era un nudo. Lo logró después de múltiples intentos, aunque fue de una manera tosca pero segura.

De repente, ese «sexto sentido», la intuición, le permitió saber que ellos estaban a punto de llegar al sótano. Esperó pegado a la pared, levantando la cadena con la mano derecha en posición de golpear, y teniendo la mano izquierda dispuesta para cerrar la puerta en cuanto «sus enemigos» estuviesen dentro del sótano. No tardó en escuchar los pasos pausados, los susurros de Madre, las secas protestas de Padre, el tintineo del llavero y el chirrido de los cerrojos al ser desplazados, Cerró con fuerza los ojos, temiendo

que la claridad que iba a inundarlo todo fuese capaz de atravesar la defensa de tela. Debía evitar que se desatara la epilepsia sobrehumana que le dejaría indefenso...

El crujido de las bisagras y la renovación del aire, unido a esa sensación de erección gozosa que acusaba todo el vello abundante de su cuerpo, le dijeron que había llegado el instante crucial. El odio se convirtió en una frialdad inusitada, en una tranquilidad sobrenatural que no se dejaría traicionar por todo lo que iba a escuchar.

—¡¿Dónde estás...?! —gritó Padre al descubrir que el apresado no se hallaba donde siempre; pero ya había entrado en el sótano—. ¡Si ha roto la cadena...! ¡Yo le mato... Esta vez será la definitiva...!

—¡No, por favor...! ¡Es tu hijo, más que mío...! —suplicó Madre, llorando y con una voz desgarrada; pero también se hallaba en el interior de la lóbrega estancia.

Entonces, haciendo gala de la crueldad de un verdugo, el que acechaba cerró la puerta de golpe. Y el lugar quedó completamente a oscuras —tuvo esta certeza por medio de los ruidos y de las quejas intranquilas de ellos—. Ya todas las ventajas eran suyas porque conocía a la perfección cada palmo de aquella estancia.

—¡Ha sido él... quien ha cerrado la puerta...! —exclamó Padre, luchando por recuperar la seguridad—. ¿Por qué no ha intentado escapar... como en aquella ocasión...? ¡No puede ser más inteligente que yo! —Le estaba volviendo la repulsión y la violencia, como demostró al restallar el cuero y hacer que golpease al aire—. ¡Oye el sonido del látigo que va a arrancarte esa vida que no te pertenece! ¡Por mucho que te escondas, yo te encontraré para desollarte el cuerpo hasta que te deje muerto!

—¡No, no, te lo suplico...! —gritó Madre, asustada e indefensa—. ¡Es tuya la culpa de que él sea así...!

Mientras, el látigo no cesaba de buscar a su víctima; sin embargo, los continuos golpes al vacío pre-

cipitaron la frecuencia de los restallidos, evidenciando el gran nerviosismo que dominaba al verdugo fallido, al ser inteligente que se enfrentaba a una situación incomprensible, fuera de toda su lógica racional. Y tan preocupado se hallaba por la falta de una respuesta concreta y por la imposibilidad de ver en aquella oscuridad, que no escuchó los pasos del enemigo, ni tampoco percibió el chirrido de la cadena; pero sí sufrió el impacto de la misma: un golpe envolvente que le destrozó la nariz, las orejas y la zona del occipital. El dolor fue tan enorme, tan evidente de su derrota-ejecución, que aulló como la bestia que un día quiso ser —en la pretensión demencial de imitar al doctor Jekyll convirtiéndose en mister Hyde—, sin saber que así estaba consiguiendo que aumentase la sed homicida de su enemigo. Volvió a recibir un mayor castigo, mediante impactos que le destrozaban el cuerpo, las piernas y los brazos, sin brindarle la ocasión de suplicar y de encogerse, porque ya había perdido el control sobre sus músculos y nervios. Luego, en una destrucción de todo lo vivo que había existido en su humanidad, le llegó la nada de la muerte: ese error imperdonable para un científico por la imposibilidad de rectificarlo.

El vengador continuó descargando la cadena hasta que se le cansó el brazo. Ya hacía mucho tiempo que Padre había dejado de moverse. Acto seguido, respondiendo a un impulso ancestral, a esa fuerza que le obligaba a devorar gustosamente a los escarabajos, las cucarachas y las ratas, se arrodilló junto al cadáver y clavó sus dientes en la carnosidad y los huesos de la cabeza, que eran una pulpa sanguinolenta, y comenzó a devorar a su presa: desgarró, trituró y tragó con una voracidad en aumento, dejándose arrastrar por un impulso que era más poderoso que cualquier otro de los que le animaban.

Luego le nació una nueva reacción desconocida, y no la contuvo porque algo le decía que formaba parte de su auténtica personalidad: aulló a pesar de la rotura de sus cuerdas bucales, y con el fiero sonido

vomitado por su garganta supo que era el más fuerte. Por eso ya no retrasó el momento de ir al encuentro de la claridad. Se quitó la tela de los ojos y corrió hasta la puerta. La abrió con cierta lentitud, receloso. ¿Qué encontraría más allá?

La luz hirió sus ojos habituados a la oscuridad, y debió cerrar los párpados con fuerza. Pero no le asaltó el ataque de epilepsia sobrehumana debido a que la libertad se encontraba a su alcance. Se apoyó en la pared, conteniendo el ahogo de la excitación...

Repentinamente, volvió a sufrir el cruel azote del látigo. Se dio la vuelta y vio a su madre: más cruel que nunca y llena de repulsión.

—¡Tú no puedes escapar de aquí! ¡Debo matarte antes que dejarte en libertad... Porque harás a los demás lo que acabas de hacer a tu padre...! —gritó ella, rabiosa, y castigándole de nuevo con el cuero—. ¡Aprendí a amarte mientras estuviste en mi vientre...! ¿Por qué no aborté... o no te estranguló tu padre cuando te sacó de mí en el parto...? ¡Le has devorado... Esa sangre que cubre tus ropas... y rezuma de tu boca es de él...! Dios mío, ¿acaso es éste el castigo que nos merecemos?...

La mujer balbucía su protesta sin dejar de caminar hacia atrás. Porque los golpes del látigo no detenían al enemigo, a esa bestia a la que seguía considerando su hijo, sino que, al contrario, le impulsaba a avanzar blandiendo la cadena de una forma aterradora. Este acose se detuvo cuando su espalda encontró la pared. Le vio abrir los ojos, mirarla con odio, y...

Ya estaba muerta en el momento que la cadena se estrelló contra su cabeza. El corazón no había resistido tanto sufrimiento. Luego, él siguió golpeando con una furia que era la erupción de un odio acumulado durante muchísimo tiempo. Y siguiendo el ciclo de la experiencia anterior, también devoró una parte del cadáver. Tampoco faltó el aullido salvaje de su triunfo. Seguidamente, bañado en sangre y eructando de placer, atravesó el umbral de la puerta, precipitadamente. Como había dejado que la cadena arrastrase

unida a uno de sus pies, provocó que ésta golpease a un objeto, que nunca había visto, el cual se rompió con un pequeño estrépito, y su contenido cayó sobre la paja que cubría el suelo del sótano. Al instante se produjo un incendio...

Era la primera vez que contemplaba el fuego, ¡y sintió un terror insoportable, demencial, y le desapareció toda la seguridad! ¡Sólo quería huir de allí, lo más lejos posible!

Corrió por los escalones de piedra, resbalando multitud de veces por culpa de la precipitación y por la torpeza de unas piernas tan poco acostumbradas a caminar y mucho menos a desplazarse con tanta rapidez. Pero consiguió llegar arriba. La densa humareda le asfixiaba. Encontró su camino cerrado por otra puerta, más pequeña que la anterior y que estaba situada en el techo. Al principio se detuvo pensando que no podría abrirla.

Le obligó a reaccionar la proximidad de las llamas, el intenso calor, el humo y la necesidad de conseguir la libertad. Estrelló contra el obstáculo todas las fuerzas de su cuerpo gigantesco, y consiguió que saltara el pequeño cerrojo. Después salió a un jardín y a la noche, sin darse cuenta del cambio porque le enloquecía el miedo a morir bajo ese calor tan intenso. Apoyado en el tronco de un árbol, exhausto y con los ojos llenos de lágrimas y escozores, comenzó a adquirir la certeza de que había superado el peligro. Se sentía muy cansado, por lo que se echó sobre la hierba y no tardó en quedarse dormido.

Le despertó el frío de la naturaleza. Se incorporó con los ojos abiertos. Le asombraba la ausencia de esa claridad que él creía que siempre iba a encontrar al escapar del sótano. Se incorporó muy despacio e intentó caminar, pero se notó atado. Una rabia salvaje volvió a su mente, y aulló y se convulsionó desesperadamente. De pronto se dio cuenta de que ya no estaba sujeto a ninguna pared. Tardó en comprender que la cadena se enganchaba en los múltiples obstácu-

los del suelo, por eso se cuidó de llevarla recogida y sujeta con su mano izquierda.

Ya todo le asombraba y le sobrecogía. Cada sombra moviente de las ramas, los arbustos, el cloqueo de los buhos, el susurró del aire y... ¡la luna llena! Había llegado a una zona abierta del bosque, y allí arriba se encontraba un gran círculo blanco, mirándole. Sin entender por qué lo hacía, levantó la cabeza y aulló, repetidamente, en una especie de canto ancestral: aullidos de libertad de una criatura racional, que había nacido para encontrarse allí y no encerrada en un sótano. Sólo acalló la cantilena cuando desapareció la celeste provocación. Entonces siguió caminando, sin olvidarse de no dejar que arrastrase la cadena.

Cayó al suelo en varias ocasiones debido a la torpeza de sus andares y a las piedras y a las raíces. Y en un momento, cuando se había quedado quieto ante una barrera de agua, le dejó anonadado el amanecer. Se quedó sentado en la hierba, extasiado por aquel espectáculo que le revelaba que había merecido la pena escapar. Lentamente, con la emoción creciente del instante, supo que esa era la auténtica claridad, y no la que entraba por la puerta del sótano al aparecer ellos. No le dolían los ojos, ya que había dispuesto del suficiente tiempo para adaptarse a aquel cambio tan radical y excitante.

Tenía sed. Se incorporó con torpes movimientos, recogió la cadena y se acercó al agua. Con cierta dificultad se arrodilló en el suelo y acercó su boca al espejo del remansado líquido...

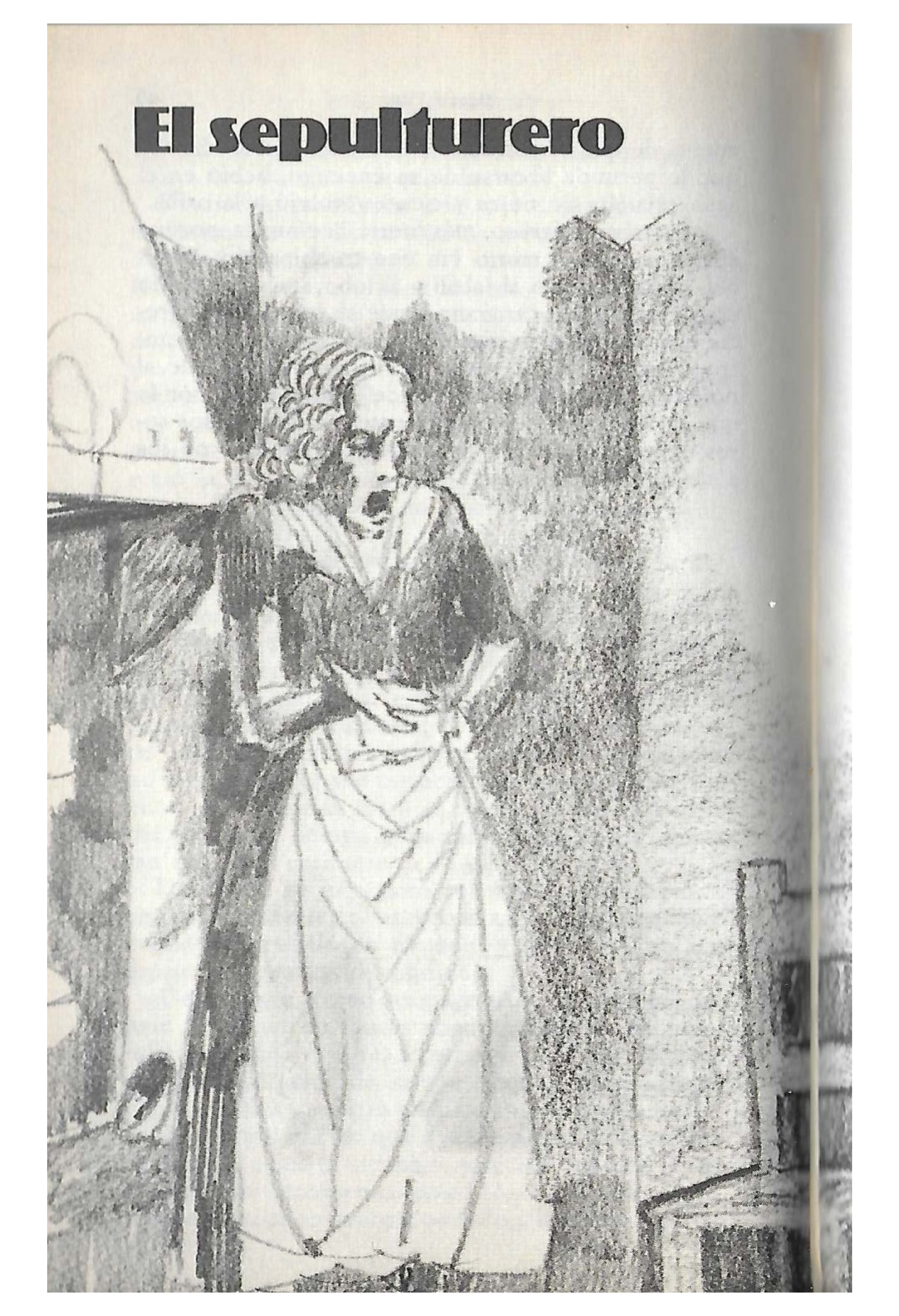
¡De repente, como una agresión desafiadora, vio ante él un ser de fauces abiertas, grandes colmillos salientes sobre el labio inferior y superior, ojos pequeños inyectados de sangre, narices aplastadas de negros orificios, rostro peludo y orejas afiladas!

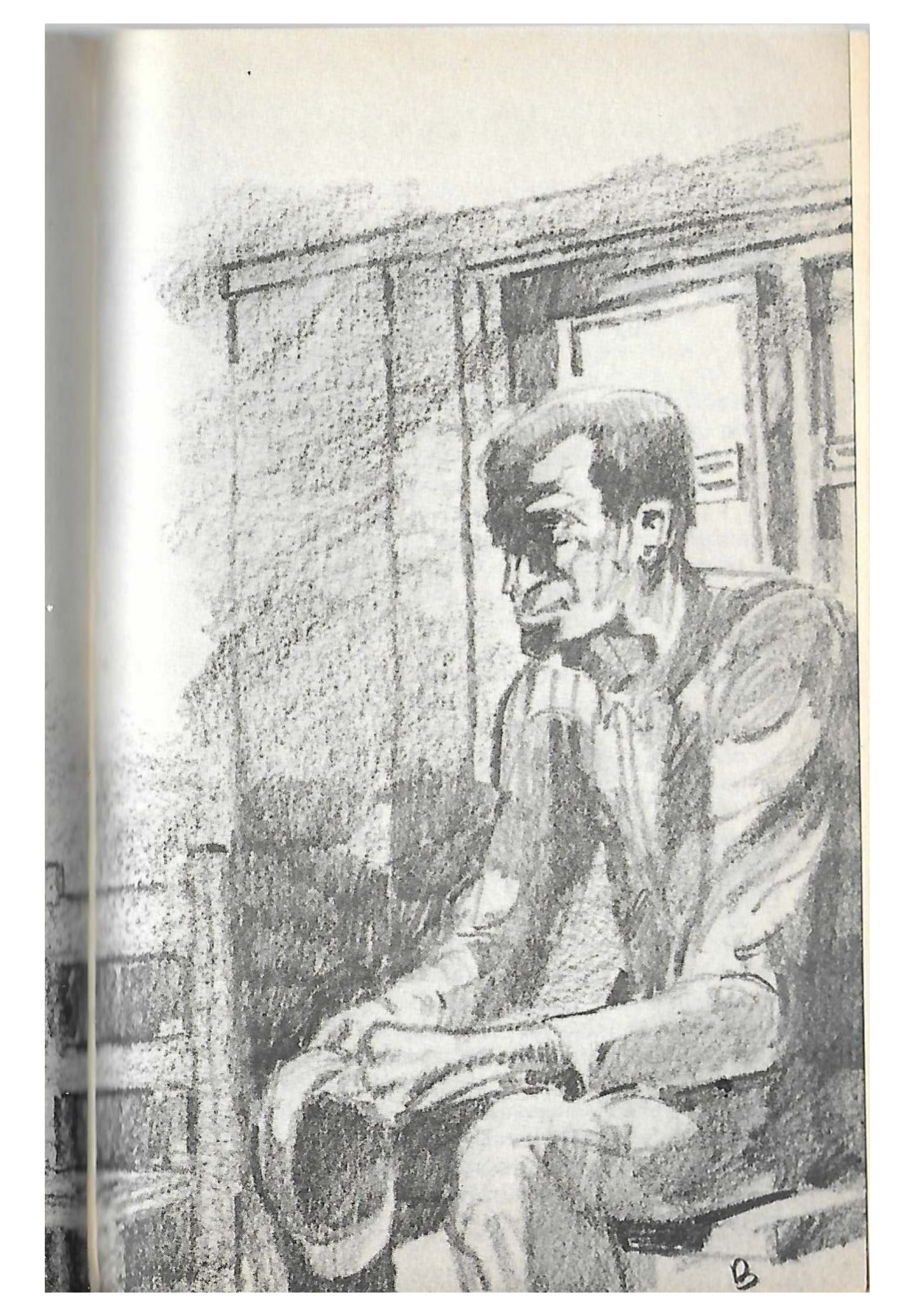
No soportó el reto que aquella aparición representaba. Saltó a por el enemigo, y se zambulló en el río. Durante unos momentos peleó contra la nada, chapoteando y aullando. Luego, cansado y satisfecho, se dio

cuenta de que estaba solo. Por eso aulló a la libertad que le permitía librarse de su enemigo, bebió en el agua revuelta de tierra y cieno y volvió a la orilla.

Se notaba poderoso, más fuerte que nunca, porque ignoraba que su rostro era una combinación de los que correspondían al jabalí y al lobo, que su instinto era de una bestia carnicera y que su humanidad ofrecía el aspecto de un gigante repulsivo: singular licántropo sin el don de recuperar el aspecto humano al no hallarse bajo la influencia de la luna llena, por lo que sería combatido hasta el exterminio por esos seres, parecidos a Padre y Madre, con los que no iba a tardar en tropezarse...

El sepulturero





El sepulturero

Carmen Morales

Sus vidas volvieron a cruzarse,
por una curiosa burla del destino,
entre los devastadores y terribles
efectos de la plaga implacable que
asoló vidas y haciendas.



EL destino es, en verdad, imprevisible y azaroso. Aún así, pocas veces un hombre habrá sido golpeado por él con tanta saña como lo fue Benito Céspedes.

Algunas de las circunstancias dramáticas que determinaron su vida o, diremos mejor, su muerte, se han dado a veces aisladas, pero nunca, que sepamos, acumulándose tan ferozmente sobre una sola víctima.

Esta historia proviene del recuerdo nostálgico que guardo de las noches de postguerra, cuando, después de cenar, se cerraban las puertas del comedor a fin de conservar el calor del brasero y, una vez todos sentados alrededor de la mesa, mi tía, o cualquier otro miembro de la familia, daba paso a alguna narración siniestra o maravillosa que nos dejaba embelesados; esas historias de crímenes y aparecidos que a veces han conmocionado a todo un pueblo, incluso a un país, cuando la cultura de la imagen todavía no había dispersado nuestra atención y, debido a eso, estaban inevitablemente abocadas a reproducirse por transmisión oral y sujetas a variantes e interpretaciones diversas.

Mi mente infantil no tuvo la menor vacilación en

identificar como cierto el suceso que voy a narrar, pero el tiempo fue debilitando mis seguridades y su ambigüedad hubiera persistido si un viaje de mi anciana tía en un recorrido quizá postrero para visitar a mi familia, instalada ya en otra ciudad, no me hubiera dado la ocasión de investigar su origen y su absoluta verosimilitud.

La circunstancia fatal y tenebrosa que envuelve esta historia y que ha contribuido decisivamente a destacarla sobre otras que conozco, es que transcurrió durante una epidemia de cólera que azotó, en la última década del siglo XIX, a un pequeño pueblo de apenas tres o cuatro mil habitantes, próximo a Toledo.

Benito Céspedes, el hijo menor de una familia humilde, era un muchacho corriente, cuyos ojos melancólicos y una sonrisa dulce le daban un aspecto de extraña delicadeza.

Juana Domínguez era, al parecer, una mujer bastante agraciada a la que no faltaron numerosos pretendientes, animados, además, por la nada despreciable tentación que suponía un patrimonio familiar saneado.

Los dos se enamoraron con la fogosidad propia de la juventud, pero la oposición de la familia Domínguez a unas relaciones de tan dispar condición social fue tajante. Los jóvenes enamorados fueron perseguidos y separados con tenacidad. Las dos familias se enfrentaron en una rivalidad tan enconada como sólo puede darse en un medio rural tosco e inculto. Las provocaciones y amenazas fueron tales que hicieron temer un desenlace dramático para alguno de sus miembros.

La pareja no consiguió vencer el peligroso desafío y, al cabo de algún tiempo, Juana se casó con otro pretendiente más acorde con su posición del que tuvo varios hijos. Benito, cansado de correr tras una mujer que no le estaba destinada, contrajo matrimonio con una chica de la vecindad.

Este hubiera sido el final de la historia si la apoca-

líptica epidemia de cólera no hubiera llegado para cruzar otra vez, trágicamente, sus vidas.

Es preciso imaginar todo el horror que un virus (el *vibrión colérico)* desencadenó en aquel pueblo apartado, donde las condiciones higiénicas y sanitarias eran muy deficientes. Si se añade que los síntomas iniciales de la fatídica enfermedad no eran demasiado alarmantes, se comprenderá que las primeras víctimas se las cobrase con la más perfecta impunidad.

Nadie dio importancia a los procesos diarréicos acompañados de calambres musculares y anuria que les afectaban. Sólo cuando las familias empezaron a diezmarse y se tuvo noticia de que aquello se estaba extendiendo por las tierras adyacentes, reaccionaron las autoridades tomando las medidas precisas para atajar aquel espanto. Demasiado tarde.

Un silencio sobrecogedor empezó a aplastar al pueblo. Sus habitantes vieron desfilar, uno tras otro, a sus seres más queridos. Envueltos en sudarios malolientes, los cadáveres de toda condición se iban acumulando sobre una carreta. En el cementerio eran arrojados a una fosa común, que el enterrador, exhausto, apenas sí cubría con unas paletadas de tierra, insuficientes para ocultar con decoro tan macabra carga.

Hubo familias enteras que perecieron en medio de un infernal aislamiento. Padres e hijos agonizaban juntos, impotentes para luchar contra aquel horror abominable.

Algunas casas, vacías ya de todo vestigio de vida, empezaron a denotar en sus fachadas las huellas delatoras de los espacios abandonados. Las paredes encaladas comenzaron a descascarillarse y las puertas chirriaban en la noche movidas por el viento, añadiendo los ruidos siniestros propios de un cuadro fantasmagórico y alucinante que parecía extraído de una pesadilla medieval.

De una manera u otra, toda la población quedó marcada por un estigma diabólico, y en el fondo de

sus retinas permanecieron impresas para siempre las escenas dantescas que habían contemplado.

El viento barría las calles solitarias y algunos ojos, furtivos y atemorizados, vigilaban tras las ventanas la espectral aparición de la carreta cargada de cadáveres que se movían impulsados por el traqueteo de las ruedas. Con frecuencia, el silencio quedaba roto por el lúgubre sonido de la campanilla que anunciaba el paso del viático.

El sepulturero, finalmente, contrajo también la enfermedad. Murió a los pocos días, dejando vacante un puesto que, en aquellas circunstancias, se hacía preciso cubrir con urgencia.

Benito Céspedes, a quien la guadaña asesina le había arrebatado a su mujer y a sus hijos, aceptó el trabajo con la resignada inercia que sucede a la pérdida de todo lo que amas, no encontrando justificación suficiente, por otra parte, para negarse al ruego de que todavía podía ser útil a la comunidad.

El ejercicio de su nueva ocupación fue muy duro durante los primeros días. Nadie sabe dónde está el límite de la tragedia para que un ser humano se sienta vencido, pero algunas de aquellas gentes, castigadas sin piedad, todavía se resistían a abandonar a sus muertos en manos del sepulturero, que se veía obligado a reclamar con insistencia cuerpos cerúleos y hediondos a fin de entregarlos al reposo eterno.

Las escenas eran pavorosas cuando, sobreponiéndose al llanto desgarrador de una madre, tenía que arrancarle al hijo muerto de sus brazos, sin que ella renunciara luego a seguirle por el camino del cementerio agarrada con desesperación a la carretera.

Juana Domínguez sufrió durante la epidemia unas circunstancias paralelas a las del nuevo sepulturero. Perdió a su marido y a los dos hijos que le quedaban en el pueblo. Ella quedó reservada para otro final, si cabe, aún más fatídico.

Acostumbrado ya a su oficio y a su desgracia, Benito Céspedes reflexionaba sobre la curiosa burla que el destino les había jugado. No dejaba de ser una

sangrienta ironía que los dos volvieran a quedar libres ahora, después de tantos esfuerzos inútiles por emparejarse. El espectral panorama que le rodeaba y la reconsideración melancólica del tiempo perdido sin haber conseguido lo único que en verdad había deseado, le hicieron sentirse más solo que nunca.

Empezó a cavilar con la persistencia que imponen los deseos largamente acariciados, en la posibilidad de unir sus vidas, ahora que la familia y los intereses no podrían interponerse entre los dos. La necesidad de acercarse de nuevo a Juana se hizo imperiosa e ineludible, ofreciéndosele como la única posibilidad de escamotearle a su memoria unos años que habían sido afectivamente estériles.

Una fría tarde de febrero, después de terminar su trabajó, se lavó y peinó cuidadosamente, y después de echarse una última mirada en el espejito de mano, se dirigió a casa de Juana. Iba esperanzado, sin notar el viento frío que atravesaba su chaqueta desgastada por el uso, ignorando que se encaminaba hacia la consumación de su espantoso final.

La encontró en una cocina sumida en la penumbra, iluminada tan sólo por los rojizos resplandores del fuego ante el que estaba sentada. La saludó tímidamente y, obediente a su invitación, se sentó en una silla baja, cerca de ella. Le daba vueltas a su gorra entre los dedos, sin saber cómo empezar, olvidado ya de las frases preparadas para la ocasión.

Recordaron, como era inevitable, la larga lista de amigos y familiares perdidos, y comentaron acongojados la trágica situación en que estaban sumidos. En ese punto, Benito encontró el valor necesario para exponer el motivo de su visita:

—Verás, Juana, me he decidido a venir para hablarte de un asunto que nos interesa a los dos.

—No sé que tengamos nada pendiente, pero tú dirás...

—Ahora que los dos nos hemos quedado solos, no hay nada que nos impida hacer lo que deseamos hace años. Ya sabes que nos separaron las circunstancias,

pero yo te he querido siempre. He pensado que podríamos casarnos y olvidar juntos nuestras desgracias. Ahora nadie puede evitar que unamos nuestras soledades para, al menos, vivir acompañados los últimos años de vida que nos queden. Todavía hay un resto de esperanza para nosotros.

Al principio, ella le escuchó en silencio, impasible; luego, un gesto huraño y frío fue dibujándose en su boca. Finalmente, poniéndose en pie, estalló con sorprendente ira:

—¿Cómo te atreves a hablar así? Es una vergüenza aprovechar la muerte de mis hijos para venir a proponerme eso ahora, después de veinte años. En el momento preciso, no tuviste el coraje suficiente para vencer la oposición de mi familia...

—Pero Juana...

—¡Cállate! Te repito que no tuviste valor entonces, cuando yo te propuse que huyéramos. Te esperé durante mucho tiempo, mucho, pero luego me convencí de que contigo sólo habría sido una desgraciada. ¡Mírate! ¿Y tienes todavía la vanidosa pretensión de que siga queriéndote? Vienes amparado como un cobarde en las sombras de la muerte para coger con alevosía lo que no supiste ganar a tiempo. ¡Vete! ¡Sal de mi casa ahora mismo!

Benito se quedó estupefacto. En sus apasionadas fantasías no había concebido ni la más remota posibilidad de que aquella reacción se produjese. Se sintió escarnecido y humillado. Burlado otra vez por aquel clan maldito que le golpeaba sin piedad. Toda la frustración y la miseria de su vida, se le agolparon de pronto en la cabeza. Culpó a la mujer que tenía enfrente del engaño en el que había vivido, recordando sus miradas alentadoras. Ahora le arrebataba de un plumazo, perversamente, todas sus esperanzas.

—¿No me has oído? ¡Sal de aquí y no vuelvas a hablarme jamás!

Maldiciéndola con furia, se abalanzó sobre ella presa de instintos homicidas. Con las dos manos abiertas como garras se aproximó hasta atenazarla por

el cuello. Forcejearon ferozmente. Juana intentó defenderse con desesperación. Cogió unas tijeras de la repisa de la chimenea dispuesta a utilizarlas. El fue más rápido: asió la badila que tenía a su lado y, cegado por la ira, le asestó repetidos golpes contundentes en la cabeza y la espalda. Ella se desplomó hasta quedar inerte sobre las losas de la cocina.

La mortecina luz de las llamas iluminaba ahora las dos figuras inmóviles proporcionándoles un aspecto irreal. Sólo la respiración débilmente jadeante de la agónica rompía el tétrico silencio. El homicida comprendió que él mismo había destruido lo único que amaba. Con un gesto desesperado arrojó lejos de sí el instrumento mortífero. El espanto de sí mismo le impulsó a correr despavorido, huyendo de un destino estigmatizador que sólo le deparaba abyección y fatalidad. Un viento helado soplaba por las calles desiertas. Anduvo errante durante muchas horas y vagó como una sombra espectral por los campos desolados.

Al amanecer, el instinto de conservación le hizo comprender la necesidad de ocultar su yerro. Por una sola vez el torvo azar iba a favorecerle. Nadie mejor que él podía aprovechar tan diabólica conjunción de circunstancias.

Los trámites burocráticos que habitualmente conlleva un enterramiento hacía ya tiempo que habían sido barridos por la voracidad insaciable de la muerte. Nadie, a estas alturas iba a realizar un inútil y macabro reconocimiento de los cadáveres.

A la mañana siguiente de unas noche poblada de alucinaciones fantasmales, con los hombros caídos bajo el peso del dolor y la constricción, unció a los animales y se dispuso a ejecutar su trabajo. Nadie vigilaba ya su recorrido por las calles desiertas, ni se sobrecogía al verle detenerse ante una puerta u otra. Paró la carreta y cruzó el dintel que sólo hacía unas horas había traspasado lleno de esperanzas. Se dirigió a la cocina y gimió abatido mientras contemplaba a su víctima. Después, tomó en los brazos aquel cuerpo yerto tantas veces deseado y lo depositó junto a los

otros cadáveres. Densos nubarrones ensombrecían el cielo amenazando lluvia y un viento desapacible arrastraba desde el campo cardos y ramas secas.

Cuando la arrojó a la fosa común, apenas se entretuvo en cubrir aquellos restos, ya sin sentido, y regresó al pueblo.

A la caída de la tarde volvía al cementerio para efectuar una nueva descarga. Estaba anocheciendo. Las nubes negras y pesadas que habían ensombrecido el día, descargaban ahora una lluvia fina y helada. El viento azotaba a ráfagas el rostro de Benito, que ansiaba ya el final de aquella jornada nefasta.

Cuando estuvo a unos cien metros del cementerio, le pareció ver, en el interior del recinto, una sombra junto a la cancela. Sobresaltado, paró en seco a los bueyes y se bajó de la carreta. Avanzó muy despacio, con la mirada clavada en aquella oscura visión. No sabía cómo explicársela: él cerraba siempre con llave al salir del Campo Santo y ningún ser vivo quedaba dentro. Poco después, mientras sujetaba a los animales inquietos, pudo comprobar de qué se trataba: aferrada a los hierros de la cancela, rígida por el *rigor mortis,* permanecía una mujer con las manos agarrotadas y sangrantes, cuyo rostro estremecedor aparecía cubierto de arañazos. En su actitud horrible se reflejaba una lucha desesperada por escapar del tétrico recinto, y sus ojos, pavorosamente abiertos, miraban ansiosos al camino.

A Benito Céspedes se le erizaron los cabellos, mientras se inclinaba lentamente hacia el suelo hasta que su cabeza quedó apoyada sobre la tierra. De su garganta, a la vez, comenzaron a brotar gemidos inarticulados y desgarradores que rompieron el silencio sepulcral de aquel paraje desierto.

Aquella mujer era Juana Domínguez. Si se puede razonar el horror diremos que había sido sepultada viva, cuando todavía conservaba un aliento postrero de vida. Al comprender, entre los estertores de su interminable agonía, que estaba siendo sepultada, consiguió salir de entre los muertos tras una lucha

desesperada anticipándose al Juicio Final. Después se arrastró basta la verja en demanda de un auxilio que nunca llegó. Allí exhaló por fin su último suspiro.

Traspasados ya los límites del pavor que un hombre puede soportar, Benito, sin fuerzas para recibir más peso sobre su alma, arrastró de nuevo aquel cuerpo rígido hasta la fosa y, empuñando la azada, cumplió su último y penoso deber sepultando a la mujer que había muerto ante la cancela aguardándole. Le esperó agonizante sólo a él, y de nuevo había llegado demasiado tarde.

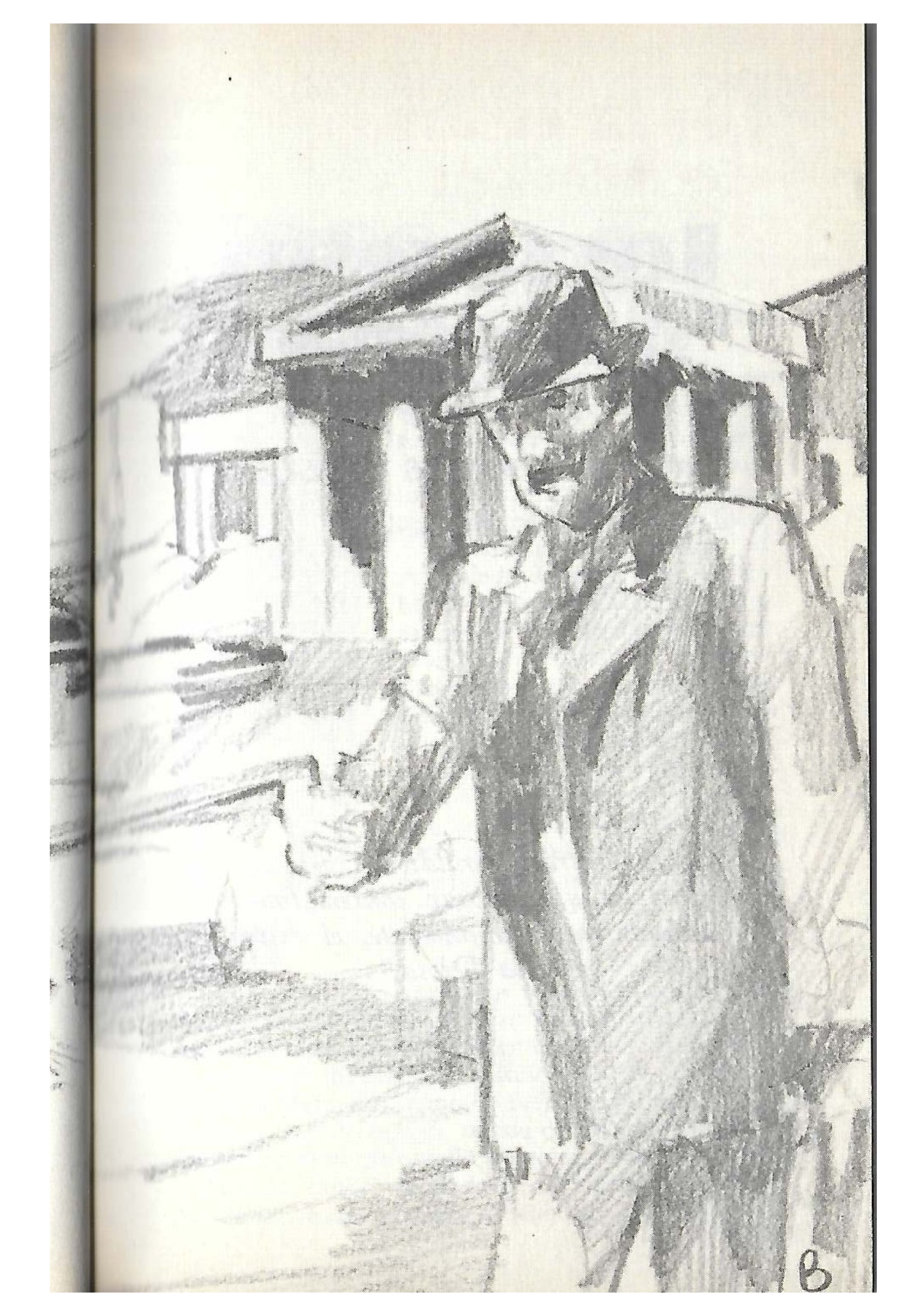
Nadie hubiera podido comprender la inmensa tristeza del llanto del sepulturero cuando, subido a su carreta, conducía mecánicamente a los bueyes camino de su casa. Las lágrimas se fundían con la lluvia que azotaba el rostro de aquel viajero solitario. Tenía la mirada vacía y el corazón aplastado por el peso aniquilador de un destino que le había obligado a matar a su amada y a enterrarla dos veces.

Cuando llegó a su domicilio, se metió en la cama ausente y vencido. Allí dejó de existir tres días después. No falleció de ninguna enfermedad conocida. El *vibrión colérico* le había respetado. Murió, sencillamente, porque lo deseaba. Benito Céspedes pereció machacado bajo los cascos de jinetes apocalípticos enviados contra él por la ira desencadenada de los antiguos dioses.



Los sucesos de Atenas

(3ª parte de
«Los Mendigos de Isis»)



Los sucesos de Atenas

(3ª parte de «Los Mendigos de Isis»)

Bruce G. Bancroft

¿Qué extraña maldición pesaba sobre los que habían contemplado, aunque fuese fugazmente, el rostro de la Diosa?



A los pocos días de haber sido testigo de los sucesos que acaecieron en la mansión Lenton, llegó a mis manos una carta certificada; un abultado sobre, en el interior del cual, hallé numerosos folios nerviosamente manuscritos. Mi malhadado amigo Víctor me había dirigido aquella misiva tras la primera e infructuosa visita que rendí a su casa. El destino, o quién sabe qué tortuosas potencias, habían sido causantes de que aquella carta tardara más de lo habitual en llegar a mis manos. De no haber sido así, es posible que no hubieran tenido lugar los espantosos sucesos de que fui horrorizado testigo la segunda vez que acudí a los dominios campestres de los Lenton.

Antes de pasar mi vista por los apretados renglones, acudió a mi mente el recuerdo de la catástrofe que redujo a cenizas la mansión de Víctor. Rememoré en un instante el acuciante mensaje de auxilio que me dirigió su hermana Mercedes, y me vi nuevamente ante la aristocrática casa de campo, teñida de matices sombríos, después que mi malogrado amigo regresara de Egipto.

Adriano, esposo de Mercedes, y cuñado, por tanto, de Víctor, había partido tiempo ha en dirección a

cierto lugar de Egipto, donde debería dedicarse a realizar tareas de investigación arqueológica en determinadas excavaciones. Tras algunos meses de silencio, Mercedes comenzó a inquietarse por su esposo. Rogó, y obtuvo, de su hermano Víctor que éste se trasladara a Egipto a fin de localizar a Adriano, si continuaba con vida, y lo hiciera regresar sano y salvo a Inglaterra.

La propia Mercedes, por medio de una carta, me hizo sabedor de las peripecias por las que pasó su hermano en el antiguo país de los faraones. Por ella supe que Adriano había sido subyugado por una misteriosa secta, los mendigos de Isis, y que, pese a los buenos oficios de Víctor, nada se pudo hacer para que el arqueólogo abandonara el nuevo género de vida que había elegido. Extrañas potencias, cuya existencia pasa desapercibida para la mayoría de los mortales, dominaban el espíritu de Adriano.

A poco de regresar de Egipto, el mismo Víctor se vio subyugado por aquellos antiquísimos poderes. Un espíritu infernal, o celestial quizá —a veces estos extremos se tocan—, se posesionó del hermano de Mercedes y le obligó a llevar a cabo acciones tan nefandas y atroces como el asesinato y posterior momificación de su propia hermana. Yo fui testigo de estos sucesos y todavía, algún tiempo después de que acaecieran, me estremezco al recordar la mastaba que Víctor hizo construir en su jardín y los horrorosos ritos a que se dedicaba ante el cadáver embalsamado de Mercedes, a la que, en su locura, llegó a hacer su esposa.

Es cierto que, cuando me encontraba con Víctor en presencia del cuerpo de Mercedes en el interior de aquel recinto sepulcral, creí reconocer, influenciado sin duda por el miedo, los rasgos de cierta divinidad egipcia superpuestos a los de la esposa de Adriano. No es menos verdad que, todavía hoy, no puedo explicarme de qué modo fui obnubilado por aquel clima de misterio; sólo bajo semejantes circunstancias pude imaginar que la momia resucitaba y se incorporaba en su ataúd. Pero, tras reflexionar detenida-

mente, una vez conocidos todos los extremos de la historia, no puedo por menos de pensar que no todas las cosas tienen una explicación satisfactoria y racional. En los avatares por los que pasaron los tres miembros de la familia Lenton, existen elementos inexplicados, situaciones no resueltas. Un misterioso aroma a incienso y una velada penumbra propia de los antiguos templos se enseñorea hoy de las ruinas, vestigio único de lo que fuera antaño la esplendorosa mansión de familia.

«Estimado y último amigo —comenzaba la misiva de Víctor—: Esta no es una carta de disculpa por no haberle recibido la tarde en que llamó usted a mi puerta. En modo alguno me arrepiento de lo que hice, y, si usted estuviera al corriente de las circunstancias por las que atraviesa mi vida, no podría por menos de agradecerme lo que, ignorante de estos extremos, habrá sin duda considerado una grosería impropia de una persona civilizada. Sepa que, al no haberle permitido el acceso a la mansión, seguramente he salvado su vida. No se pregunte de qué ni por qué motivo. Bástele saber que así ha sido, y, si no desea que su existencia se vea conturbada por sucesos que escapan a toda comprensión, y que quizá determinaran su desaparición de la faz de la tierra, le ruego, de rodillas, si es preciso, que no vuelva a acercarse a las proximidades de la mansión Lenton ni a recordar que en ella habitan —no me atrevo a escribir viven— dos personas a las que antaño llamó amigas».

«No es prudente que sepa por qué mi esp... (esta palabra aparecía tachada) mi hermana y yo permanecemos encerrados en estos dominios. Bástele con saber —mentía— que mi cuñado Adriano ha muerto en un alejado rincón de Egipto, y que yo seguiré su camino, más tarde o más temprano, en otro rincón de Inglaterra que he hecho modificar a fin de que adquiera cierta semejanza con determinado lugar, cuya existencia afortunadamente ignora usted, denominado Dar-el-Sakar. Mercedes, a veces reconozco todavía en ella los rasgos de mi querida hermana, per-

manecerá conmigo para siempre. Nada necesitamos; ninguna ayuda ni socorro nos es preciso, de manera que, se lo ruego encarecidamente, no vuelva a aproximarse a nuestra casa y considere que hemos dejado de existir».

«Se preguntará usted entonces si no habría sido suficiente un silencio continuado y un sistemático rechazo de sus intentos, si es que se produjeran nuevamente, para vernos. Es de suponer de su esmerada educación que una nueva negativa a franquearle nuestra puerta habría determinado el fin de nuestras relaciones. Es también seguro que, los principios británicos, que son la base de sus conocidas buenas maneras, le habrían aconsejado ignorarnos en adelante. Pese a todo lo dicho, y a fin de insistir de nuevo sobre lo que nunca se hará suficiente hincapié, es por lo que me dirijo a usted por medio de esta carta».

Al llegar a este punto, me detuve a reflexionar. El firmante de la misiva, mi amigo Víctor, había perecido en el incendio que siguió a mi segunda y última visita a la mansión Lenton. Su hermana Mercedes, a instancias de la cual volví una segunda vez a aquellos dominios campestres, había fallecido ya —me horroriza imaginarlo— antes de que yo pusiera los pies en la casa la última vez que lo hice. ¿Qué había movido entonces a Víctor a escribirme una carta rechazando mi amistad para lo sucesivo? Puesto que él lo confesaba en la carta, sabía que un silencio prolongado me habría hecho reconsiderar mis relaciones con los Lenton. ¿Acaso bajo aquellas palabras de rechazo se ocultaba una angustiosa llamada de socorro que las buenas formas, aun en semejantes circunstancias, no aconsejaban hacer más explícita?

«Se preguntará usted de todos modos —continuaban las letras de mi difunto amigo— si no habría bastado un prudente silencio para que nuestra amistad se fuera enfriando. Debo confesar inmediatamente, entonces, que existe otro propósito en el envío de esta carta. Un propósito egoísta, si usted quiere, pero, tan imperioso, que me mueve a comunicarme por última

vez con usted y descargar mi espíritu de una parte de los horrores que lo atormentan».

«Se trata de hacerle partícipe de un suceso que me acaeció durante el transcurso de mi viaje a Egipto —continuaba escribiendo Víctor— y de ponerle sobre aviso acerca de los peligros que pueden acechar a una persona, que como usted, es aficionada a hacer turismo y se precia de perderse en ciudades completamente desconocidas con la simple ayuda de un plano y una brújula».

«Bien sé que un británico no es extranjero en ningún sitio, y que la mayoría de los habitantes del continente se precian de hablar, de forma detestable, debo admitirlo, el idioma de Shakespeare. Pero sabedor, por una conversación que mantuvimos hace algunos meses, de que proyectaba usted visitar Grecia, es por lo que voy a hacerle partícipe de un suceso de extraordinarias características y de espantable memoria que me acaeció en Atenas».

Tras la lectura de estas últimas palabras, mi mano comenzó a temblar, y con ella, la hoja de papel que mantenía ante mis ojos. Recordé que, en la carta de auxilio que me enviara Mercedes, se hacía referencia a tales sucesos calificándolos de increíbles y espantosos. La propia Mercedes se confesaba incapacitada para repetirme el relato de aquellos hechos debido al pavor que tal rememoración le produciría.

Procuré serenarme a fin de continuar leyendo, pero mi pulso se había alterado de tal modo, que me vi forzado a depositar los folios sobre la mesa y a servirme una generosa dosis de whisky.

Mi espíritu, conturbado todavía por la catástrofe de la mansión Lenton, se vio alterado por un nuevo misterio, que estaba a punto de desvelar. Y, justamente, cuando, para procurar olvidar todo lo referente a los acontecimientos de que había sido testigo, estaba a punto de partir hacia Atenas.

¿Qué actitud me convenía tomar? ¿Debería seguir leyendo y enterarme de aquellos, al parecer, espantosos sucesos, o, por el contrario, me convenía mejor

suspender la lectura de la carta a fin de no sentirme influenciado por historias inventadas o exageradas quizá? Era el caso que, a la mañana siguiente, partía rumbo a Grecia con la intención de practicar el turismo, y me encontraba ahora con la amenaza, o quizá con el impagable servicio, de la revelación de ciertos hechos que, sin duda, habrían de conturbar mi espíritu y predisponerme hacia una intranquilidad que en modo alguno resultaba deseable.

A pesar de las reflexiones anteriores, me fue imposible apartar las hojas de mi vista. Busqué el punto en que había interrumpido la lectura de la carta y continué descifrando aquella nerviosa letra.

«No puedo por menos de pensar —seguía diciendo mi extinto camarada— que los sucesos de que fui protagonista en Atenas estaban de algún modo conexionados con los posteriores acontecimientos que había de vivir algún tiempo después en las riberas del Nilo. Se trataba, con toda certeza, de una especie de preparación física y espiritual, de un entrenamiento, que me permitiera enfrentarme, sin sucumbir de inmediato, con las extrañas potencias de las que en estos momentos —y para todo lo que me reste de vida— soy ya incondicional esclavo».

«Ahora se me aparece claro —dentro de la profunda oscuridad en que estos misterios están sumidos— que, al decidir, a instancias de mi hermana Mercedes, partir rumbo a Egipto con el fin de localizar a Adriano, se desencadenaron toda una serie de acontecimientos conducentes a someter mi alma y cuerpo a aquella cuyo nombre no me atrevo a pronunciar ni a poner por escrito. Pero, sin otros preámbulos, voy a narrarle la horrenda sucesión de hechos que me aconteció en la capital de Grecia. Considere, no obstante, que, si no el pavor al recordarlos, lo limitado de mi estilo y la pobreza de las expresiones de la lengua, aunque ésta sea la del cisne de Avon, impedirán que llegue hasta usted —lo que deberá considerar una suerte— un fiel relato de aquellos hechos. Bástele este pálido reflejo de la realidad para mantenerle sobre aviso si es que, tras la

lectura de esta carta, no ceja en su deseo de visitar la antigua Atenas».

«No bien puse el pie en suelo griego, cuando una extraña sensación de peligro me impidió gozar plenamente de la satisfacción de hallarme en un país en el que, naturalmente, cualquier turista debe experimentar un gozo singular. Apenas anduve unos pasos...».

Al llegar a este punto de la narración, me detuve a reconsiderar la actitud que me convenía tomar. Seguramente, el relato que seguía no era sino producto de la imaginación de mi desdichado amigo, pero, caso de que verdaderamente le hubiera sucedido algo extraordinario en aquella ciudad, de ello no había forzosamente deducirse que a mí me pasaría lo mismo. Atenas es visitada a diario por miles de personas que no buscan sino deleitarse en la contemplación de sus sugerentes restos arqueológicos, y no era otro mi caso. Yo no partía rumbo a Grecia con la intención de rescatar a nadie de las garras de las potencias del mal —suponiendo que aquellas hubieran sido las miras de Víctor— sino con la sana intención de solazarme con unos días de vacaciones. En vista de lo cual, y para evitar sugestionarme con temores que enturbiaran lo que no debería servir sino para serenar mi ánimo, decidí no continuar la lectura de la carta y guardarla a buen recaudo en uno de los cajones de mi escritorio.

Decidido a gozar plenamente de mi viaje, recorrí Europa evitando emplear medios de transporte excesivamente rápidos. El automóvil y el ferrocarril resultaron ser los vehículos más adecuados para contemplar el paisaje y detenerme aquí y allá durante algunas jornadas. El clima, en general, me fue favorable, lo que contribuyó a hacer de mi periplo algo en extremo agradable.

Finalmente, cierto día tomé el tren que debía conducirme hasta la capital griega. El convoy era ciertamente confortable, por lo que, sin tomar todavía contacto con los naturales del país, que seguramente viajarían en medios de transporte más modestos, me

mantuve ignorante de la realidad circundante hasta que puse pie en tierra. El gran número de ingleses que compartían conmigo el tren, contribuyó a que, enfrascado cada cual en la lectura de los diarios o en circunspectas conversaciones, me hiciera la ilusión de continuaba todavía en los dominios de Su Majestad.

Apenas descendí al andén, experimenté simultáneamente diferentes sensaciones, que, amalgamadas, tuvieron la virtud de hacer comprender a mi cuerpo y a mi espíritu, que me hallaba en un país mediterráneo y antiquísimo.

Bajo la marquesina de la estación, se agolpaba una multitud abigarrada que se agitaba incesantemente hablando a gritos estentóreos, los cuales, unidos a los que proferían los vendedores ambulantes y los empleados de los diferentes hoteles, intentando atraerse al mayor número posible de viajeros, constituían una algarabía tal que permanecí por unos momentos perplejo. La luz era radiante, y el cielo, por lo que se podía columbrar a través de los ahumados cristales, límpidamente azul. Una temperatura agobiante reinaba en los andenes, y desde la calle llegaba hasta el interior de la estación el sordo rumor de la circulación rodada y un estrepitoso concierto de las bocinas de los automóviles, que parecían circular, a juzgar por el bullicio, de la forma más anárquica y desordenada.

Despreciando los ofrecimientos de los mozos, me dirigí hacia el exterior con la intención de tomar un taxi que me condujera hasta el Hotel de Londres, donde había tenido la precaución de reservar previamente habitaciones. Sorteando la multitud, atravesaba decididamente el vestíbulo, cuando un pordiosero se cruzó en mi camino solicitándome unas monedas. Su aspecto era tan repulsivo que, utilizando con suavidad el extremo de mi bastón, intenté apartarle con delicadeza, pero el mendigo, que parecía ciego, aunque por la forma en que me asediaba no debía de serlo, continuó insistiendo sin decir palabra. Molesto por su pertinacia, le propiné un empujón y

descendí calmadamente la escalinata que conducía hasta la calzada. Una multitud de personas asaltaba de forma desordenada los taxímetros y coches de punto que acudían a las inmediaciones de la estación. Afortunadamente, y seguramente debido a mi porte británico, uno de los conductores, se aproximó adonde me encontraba y, saludándome en un horrendo galimatías, que el pobre hombre debía de tomar por correcto inglés, cogió mi maleta y me condujo hasta su coche, una vez instalado en el cual, y tras darle la dirección del hotel, intenté aislarme de la realidad circundante, en la que tan repentinamente me había visto inmerso. Minutos más tarde, mientras el taxi en que viajaba recorría las calles de Atenas, comprendí que, lo que deseaba apartar de mi mente no era la sensación de anárquico bullicio, y, repentinamente, volví a contemplar en mi imaginación al mendigo que me había solicitado una limosna en la estación.

Un abundante sudor cubrió mi cuerpo mientras rememoraba la desfigurada faz y el lamentable porte del mendigo, y, aunque me había propuesto olvidar por completo horribles sucesos ocurridos semanas atrás, comprendí que aquellos acontecimientos pesaban en mi ánimo más de lo que había supuesto. Porque en aquel desarrapado pordiosero creí reconocer alguno de los rasgos del infeliz Adriano.

Luché unos momentos conmigo mismo, al cabo de los cuales, pretextando haber olvidado algo, di orden al taxista de que se dirigiera de nuevo a la estación. Subí de dos en dos las escaleras que conducían al amplio vestíbulo, repleto de público, y lo recorrí en todas direcciones intentando localizar al mendigo, pero todo resultó inútil. Seguramente, el pordiosero, en el que mi obnubilada mente había creído reconocer a Adriano, continuaría su recorrido diario por otra zona de la ciudad.

Cuando regresaba hacia el taxi, me volví dos veces creyendo que alguien me espiaba tras las columnas, imitación de estilo dórico, que daban paso al vestíbulo, pero no pude ver a nadie. Maldiciendo por ha-

ber cedido tan pronto a obsesiones que creía ya desaparecidas, subí al coche y ordené a su conductor que tomara el camino del hotel. Ni siquiera me digné responderle cuando me preguntó si había recuperado el objeto olvidado.

Una vez instalado en el hotel, inspeccioné detenidamente las habitaciones encontrándolas en extremo confortables. En el interior de aquel establecimiento, experimentaba la sensación, de igual manera que me ocurrió en el tren, de hallarme todavía en territorio británico. Sin duda alguna, la visita a la ciudad y a sus alrededores me devolvería a la realidad.

Tras haberme aseado convenientemente, vestí un traje adecuado al clima reinante y me dispuse a dejar el hotel para realizar una primera visita a la ciudad. Desde la ventana de mi habitación se divisaba la Acrópolis, distante tres o cuatro kilómetros, pero mi intención era dirigirme hacia cierto barrio donde, según mis noticias, no era en exceso difícil encontrar tiendas en las que los objetos antiguos resultaban relativamente fáciles de adquirir, aunque a precios desde luego exorbitantes.

En el hall del hotel reinaba en aquel momento una confusión insólita. Varios empleados hablaban entre ellos en su lengua, y algunas damas de aspecto británico comentaban indignadas algún suceso que, seguramente, había sido el causante del alboroto. Un hombre con el inequívoco aspecto de ser el detective del hotel, regresaba acalorado de la calle. Al entregar mi llave en la recepción, me interesé por la clase de incidente que había ocasionado tal confusión. «Realmente extravagante», dijo alguien a mi lado. Me volví con presteza y pude ver que quien se había dirigido a mí era un caballero que lucía un hermoso mostacho y se servía de un monóculo de montura dorada. «Si no fuera por lo desagradable podría resultar pintoresco», añadió. Y, acto seguido, me informó de que un repugnante mendigo había intentado introducirse en el hotel a través de la puerta principal y había

sido expulsado por los empleados tras un violento forcejeo.

Experimenté al instante una extrema debilidad, y un sudor frío cubrió mi cuerpo. Sin duda, mi rostro delataba el estado en que me había sumido el relato del incidente, porque mi compañero de alojamiento se interesó por mi salud y se permitió preguntarme si me encontraba mal. «No es nada», repuse, «Seguramente el calor». «Resulta singular la capacidad de estas gentes para soportar este clima excepcional», comentó el caballero, corrigiendo así el hecho de haberse dirigido a mí en términos tan familiares y haberse permitido observaciones de carácter personal.

Despidiéndome de él, me senté en uno de los sillones del hall y, tomando uno de los periódicos, fingí interesarme en sus páginas, pero, en realidad, mis ojos escrutaban la porción de calle visible desde donde me encontraba. Cuando me repuse de la impresión que la narración del incidente me había causado, me irrité conmigo mismo por permitir que un hecho de escasa importancia, como aquel, influyera tan decisivamente en mi ánimo. Sin ningún género de dudas, los sucesos que me tocó vivir en la mansión Lenton habían dejado honda huella en mi espíritu.

Salí al exterior del hotel. La luminosidad del cielo, los ruidos del tráfico y el ir y venir de las gentes de una ciudad tan densamente poblada como Atenas, me reconfortaron un tanto esta vez. Necesitaba expansionarme y tomar contacto con las maravillas que encerraban los museos y los derruidos templos. Abrí el plano, y, tomando una pequeña brújula que siempre llevo conmigo, me lancé a recorrer calles y más calles en dirección al barrio de los orfebres y anticuarios.

De vez en cuando, me detenía frente a un escaparate y me sorprendía a mí mismo contemplando a los transeúntes reflejados en el cristal. No conseguía apartar de mi imaginación los ojos de aquel mendigo que me había abordado en la estación hacía unas horas.

Mientras caminaba indolentemente, me hacía re-

flexiones procurando razonar lo más cartesianamente. ¿Cómo era posible que la faz de un harapiento mendigo me recordara tan vívidamente la de Adriano? El marido de la infeliz Mercedes, si todavía continuaba con vida, debería de hallarse pidiendo limosna en los arrabales de El Cairo, suponiendo que aquella historia de los mendigos de Isis fuera completamente verídica. En pleno bullicio, en mitad de una calle de Atenas, resultaba difícil de creer que no era una pesadilla lo ocurrido en la mansión Lenton. El pulular de las gentes, los murmullos de vida, el clima mediterráneo, hacían que me inclinara a pensar, lejos de las brumas de las islas Británicas, que todo aquello tenía una explicación racional: Adriano había perecido o se había enamorado de otra mujer; Víctor había enloquecido debido a sus aficiones esotéricas; Mercedes había sido víctima inocente del abandono de su marido y de la vesanía de su hermano. Pero, en medio de aquellos pensamientos, una congoja secreta se iba apoderando de mí. ¿Por qué no había leído por completo la carta de Víctor? ¿Qué clase de sucesos eran aquellos que le habían acaecido en la ciudad en que a la sazón yo me encontraba? ¿Por qué el miedo me había forzado a guardar la carta en uno de los cajones de mi escritorio, en vez de impelerme a leerla enteramente?

De pronto, sentí un pequeño toque en el hombro. Me volví sorprendido, y contemplé aterrado unos ojos que se fijaban en mis ojos; unos labios que murmuraban unas palabras que no conseguí entender; unas manos temblorosas que asían mis ropas con increíble fuerza.

Perdiendo por completo el control de mí mismo, emprendí una loca carrera cruzando la calle con evidente riesgo para mi integridad física (de la mental comenzaba ya a dudar) y me alejé con toda la velocidad que mis piernas me permitieron de aquella zona. Me detuve a considerable distancia, y entré en un cafetín donde, con dificultades, hice comprender que deseaba un brandy. Una vez que lo hube ingerido y

me sentí reconfortado por el alcohol, me pregunté si comenzaba a ser presa de alucinaciones o, por el contrario, había visto a Adriano, terriblemente desfigurado, bajo aquel repulsivo disfraz de mendigo. Lo más lógico —me decía— hubiera sido no perder la calma y enfrentarme con el pordiosero, que parecía presentárseme demasiadas veces desde mi llegada para que pudiera ser considerado un hecho fortuito. Sólo de aquella forma me habría visto libre del terror que me inspiraba. Si se trataba de un mendigo vulgar, me bastaría darle una limosna para alejarle, pero, ¿y si acaso fuera Adriano? La lógica más elemental me dictaba que, caso de tratarse del marido de Mercedes, mi comportamiento había resultado del todo inadecuado. Lo más indicado hubiera sido darme a conocer, si el infeliz no era ya capaz de hacerlo por sí mismo, y prestarle toda la ayuda posible. Eso sin contar que, de aquel modo, estaría en condiciones de enterarme de lo que en realidad había ocurrido.

Tras un provechoso paseo por algunas tiendas de antigüedades, regresé al hotel. Había realizado algunas compras, la mayoría objetos sin valor, meras reproducciones, que pensaba regalar entre mis amistades. Pero, entre aquellos recuerdos, había uno que me llamó poderosamente la atención, no por su valor intrínseco —había comprobado ya que todo lo genuino se encontraba en museos o en casas particulares— sino debido a ciertas coincidencias que no dejaron de sorprenderme.

Se trataba de una estatuilla de pocos centímetros de altura, un juguete quizá, que representaba a una divinidad de la mitología helénica, a pesar de lo cual, presentaba un hieratismo y una solemnidad poco acordes con el arte griego. El comerciante me aseguró que se trataba de algo valioso y yo, subyugado por el singular sincretismo que creía percibir, lo adquirí sin molestarme en desmentir las argumentaciones del astuto anticuario.

El porte y la actitud de la figurilla, así como algunos atributos representados, podían hacer pensar en

una representación Deméter, pero, ciertos detalles ponían de manifiesto influencias de otras civilizaciones, singularmente de la egipcia.

Aquello, no obstante, no tenía nada de extraño a primera vista. De sobra sabía yo que la mitología griega se vio influenciada por la egipcia en algunos aspectos. Los trasvases y paralelismos en las religiones antiguas no resultan en absoluto sorprendentes. Pero el singular adorno que remataba la cabeza de la estatuilla me inquietó. ¿Qué cosa eran aquella especie de cuernos que se elevaban sobre la frente de la diosa? ¿Qué era aquel círculo incluido entre los dos apéndices?

Vinieron a mi memoria, entremezclándose, los mitos de Deméter y de Io. La transformación en vaca de la ninfa; los cien ojos de Argos... Y todo ello se amalgamó con la representación de la diosa Isis en la mitología egipcia. Indudablemente, existían semejanzas formales en cuanto a los atributos, pero, lo que no resultaba en absoluto desconcertante bajo el punto de vista arqueológico, comenzó, sin embargo, a desazonarme y a producirme una extraña inquietud.

Agotado, finalmente, por el largo viaje y por las emociones suplementarias, ya fueran reales o imaginadas, decidí acostarme con la esperanza de que un sueño reparador borrara de mi mente los residuos de acontecimientos desagradables de los cuales había sido testigo en mi país.

Durante la noche, fui despertado por un rumor monótono y obsesivo; un sordo cántico que no supe a qué atribuir. Me revolví inquieto en el lecho, y, al poco tiempo, escuché un cascabeleo rítmico que tuvo la virtud de erizar mis cabellos. Parecía provenir de algún rincón de la habitación, y, al pronto, temí que alguna serpiente venenosa hubiera llegado de algún modo hasta allí. Después, tuve la impresión de que aquel sonido se debía al entrechocar de pulseras metálicas.

Me incorporé en el lecho haciendo un esfuerzo para despejarme. La estatuilla, que había depositado

sobre una mesa cercana a la ventana, recibía la luz de la luna de forma tal que semejaba fosforescer en la oscuridad. Entre la luz procedente del astro nocturno y la que parecía emitir la propia estatua, se estableció —o al menos eso me pareció a mí— una especie de silencioso diálogo, una comunicación tan tenue como lo es el brillo de la luna llena.

Esforzándome por actuar con tranquilidad, abrí uno de los cajones de un armario y guardé en él la pequeña escultura. Después me aproximé a la ventana con la intención de echar completamente las cortinas. El estaba allí.

Inmóvil, asiendo las cortinas con una mano, permanecí unos instantes contemplando la calle. El mendigo que me había asediado repetidas veces, aquel cuyos degenerados rasgos me recordaban a Adriano, miraba hacia mi ventana con sus ojos de ciego.

Decidido de una vez por todas a terminar con aquel misterio, me vestí con rapidez y, con mano nerviosa, redacté un cable en una hoja de papel. Al entregar la llave en la recepción, rogué que lo transmitieran inmediatamente y di el nombre de mi sobrino Arthur como destinatario de mi mensaje en Londres.

El mendigo había desaparecido.

Seguí la calle en una dirección y, volviendo después sobre mis pasos, me encaminé hacia el norte. A lo lejos, la claridad de la luna bañaba espectralmente las ruinas de la Acrópolis. Finalmente lo vi. Caminaba dificultosamente unos cien metros delante de mí. Me mantuve a una distancia prudencial y me determiné a seguirle hasta donde fuera preciso.

Ocultándome tras los árboles, tomaba toda clase de precauciones para evitar ser visto. La primera vez que contemplé los ojos de aquel pordiosero me pareció que era ciego, más tarde intuí que me miraban sin verme; daba la impresión de conservar la facultad de la visión, aunque —si así pudiera explicarse— «vuelta hacia dentro».

Por su forma de andar, parecía dirigirse hacia algún lugar determinado. Se internó en barrios que yo no conocía, y maldije la precipitación que me había impedido tomar el plano y la brújula. Al cabo de media hora estaba completamente desorientado. Tan sólo la proximidad de la altura de la Acrópolis me hizo comprender que aquella zona estaba muy alejada del centro.

Al llegar a una callejuela especialmente siniestra —Adriano porque a la sazón estaba convencido de que lo era— volvió la cabeza ligeramente, aunque no podría decir si fijó en mí sus ojos, entró en uno de los portales y desapareció de mi vista.

Yo, al verme solo en un paraje desconocido, fui asaltado por un temor irracional y, sin poder evitarlo, eché a correr precipitadamente sin saber hacia dónde.

Al cabo de más de dos horas, regresé a mi hotel. Los primeros rayos del sol naciente comenzaban a iluminar los restos del Partenón cuando dejé la calle y entré en el vestíbulo. Debía de presentar un aspecto lamentable, porque el empleado de recepción me miró con extrañeza cuando me entregó la llave y un pequeño sobre dirigido a mi nombre.

Una vez en mi habitación, me desnudé y tomé un baño reparador. Más tarde me eché sobre la cama, quedándome dormido casi al instante.

Eran más de las dos de la tarde cuando me desperté sobresaltado. Sobre la mesilla de noche permanecía el sobre dirigido a mi nombre. El agotamiento en que mi periplo nocturno me había sumido y el sueño posterior habían hecho que me olvidara por completo de aquella carta.

Examiné detenidamente el sobre. Estaba cerrado, y en el exterior no había ningún sello, lo que parecía indicar que había sido entregado en propia mano. Mi nombre y apellido aparecían escritos con letra vacilante, como si el remitente fuera un anciano o una persona enferma y sin fuerzas.

En el interior, hallé una hoja de papel con unas palabras escritas en griego. Mi casi absoluto descono-

cimiento de la lengua helena me impidió comprender el significado de aquel mensaje, por lo que, sin pérdida de tiempo, me dirigí a recepción y solicité de uno de los empleados que lo tradujera a mi idioma, cosa que él hizo con presteza.

De nuevo en mi habitación, me dispuse a leer la cuartilla en la cual el recepcionista había anotado la versión inglesa del mensaje, pero un extraño ruido atrajo mi atención antes de que pudiera poner los ojos sobre el texto.

Me dirigí hacia el armario, lugar del que parecían provenir los ruidos, y me detuve un instante al advertir que el punto exacto de donde surgían era el cajón donde había guardado la extraña estatuilla. Al abrirlo, me quedé paralizado por el terror; una pequeña serpiente se irguió hacia mí, amenazadora, surgiendo de entre los restos destrozados de la escultura. Unos segundos después, cerré las puertas precipitadamente y, sin perder un instante, telefoneé a recepción. Cuando los empleados del hotel abrieron el armario con toda clase de precauciones, tan sólo pudieron hallar los fragmentos de la pequeña figura. Un cinturón de cuero de mi propiedad yacía sobre el fondo del mueble.

Al quedarme solo en la habitación, me sumí en una profunda depresión. ¿Estaba comenzando a volverme loco? ¿Cómo había podido tomar un inofensivo cinturón por una serpiente venenosa? ¿Acaso no sería capaz en el resto de mi vida de olvidar los sucesos de la mansión Lenton y los desvaríos narrados por Víctor?

La oscuridad del mensaje que había mandado traducir no contribuyó en modo alguno a devolverme la tranquilidad perdida.

«Has visto el rostro de la diosa —rezaba el contenido de la anónima carta—. Surcarás el piélago en tu última cuna camino de la tierra, a tu pesar, fatalmente prometida. Moisés es rescatado nuevamente de las aguas por la hija del Nilo».

A pesar de haberlo leído varias veces, no conseguí

aprehender en absoluto el sentido de aquel extraño mensaje. ¿Acaso el empleado de recepción había realizado, cosa perfectamente posible, una deficiente traducción? —me preguntaba. De todas formas, aquello tenía todo el aspecto de parecerse a las respuestas de los antiguos oráculos. Sólo a posteriori— lo que no dejaba de ser preocupante —estaría en condiciones de comprender la verdad, si la había, en aquellas enigmáticas palabras.

El resto de día lo dediqué, infructuosamente, a intentar localizar el barrio y la casa donde había perdido la pista del mendigo que se parecía a Adriano.

Por más vueltas que di, provisto esta vez del plano y de la brújula, no conseguí en absoluto identificar la zona. Con toda seguridad, las cosas adquieren un aspecto distinto en la oscuridad de la noche, y este particular, unido a la similitud de las diferentes y numerosas callejuelas, hacían mis pesquisas más difíciles.

Había ya oscurecido, cuando vi de lejos la figura de un mendigo. Apresuré el paso, pero enseguida me di cuenta de que no se trataba del que yo había tomado por Adriano. Aun visto de espaldas, su aspecto y contextura eran diferentes por completo. Tan sólo tenía de común con aquel al que yo intentaba localizar el harapiento atuendo y el mugriento morral. A pesar de lo cual, me decidí a seguirle.

Comprobé sorprendido, al poco rato, que el barrio y las calles por donde íbamos entrando, me resultaban familiares. ¿Acaso existía por aquella zona un albergue donde pernoctaban los mendigos o, al menos, una parte de ellos? Los latidos de mi corazón se fueron acelerando conforme nos aproximábamos a la casa en la que había perdido de vista a Adriano. Apenas faltaban ya veinte metros para que el pordiosero llegara al portal, cuando, repentinamente, se detuvo. Yo, presintiendo que no debería permitir que me viera, me oculté tras los tablones de unas obras y, desde allí, atisbé por entre las rendijas. El mendigo fue volviendo lentamente la cabeza hacia donde yo me encontraba, aunque obviamente no podía verme,

y, cuando pude contemplar enteramente su rostro, tuve que asirme fuertemente a algunas tablas para conservar el equilibrio. El rostro de aquel pordiosero, aunque desfigurado por las privaciones, me recordó vivamente al de mi difunto amigo Víctor.

No sé cuánto tiempo después, recobré el conocimiento. Me hallaba postrado sobre los materiales de la obra, por lo que comprendí al poco que me había desmayado. Casi al instante rememoré el rostro de aquel pordiosero al que había seguido, y, cuanto mejor lo recordaba, más convencido estaba de que aquel era Víctor.

Comencé a temblar de pavor temiendo haber perdido el juicio.

¿Cómo era posible que se tratara de mi amigo, si había perecido en el espantoso incendio que siguió a mi última visita a la mensión Lenton? ¿Acaso no eran suyos aquellos espantosos y calcinados restos que se hallaron, firmemente abrazados al cuerpo momificado, y asimismo destruido, de su hermana Mercedes?

Considerablemente debilitado por el sobresalto, me incorporé y recompuse, lo mejor que pude, mi atavío. Mi reloj de pulsera señalaba las doce y media, pero debía de ser más tarde, porque las manecillas permanecían inmóviles, lo que me indicó que, seguramente, se había dañado en mi caída.

Fui encaminándome lentamente hacia el portal donde habían desaparecido los mendigos, y, decidido de una vez por todas a averiguar si mi mente permanecía o no en su sano juicio, entré en la casa. Avancé a tientas por un largo pasillo al fondo del cual creí percibir una luz.

Al llegar al punto aquel, comprobé que, en efecto, una lamparilla de aceite situada a media altura, en una repisa, iluminaba tenuemente el corredor, que en aquel punto se doblaba en ángulo recto. Algunos metros más allá, fuera ya de la zona iluminada, creí vislumbrar los primeros peldaños de una escalera que

descendía hacia lo que no podía por menos de ser el sótano.

Con mucho tiento, apoyándome en las paredes, fui descendiendo procurando hacer el menor ruido. Al cabo de un descenso considerable, llegó a mis oídos un murmullo de preces repetidas con voz monótona. De vez en cuando, se oía un sonido tintineante y metálico como de pulseras que se entrechocaran. Una pesada puerta de madera me cerró súbitamente el paso, y, deseoso de escuchar con más nitidez los rumores procedentes del interior, me apoyé contra el batiente y apliqué el oído sobre la madera. No bien lo hube hecho, cuando la puerta fue abierta de improviso y me precipité dando tumbos en la estancia situada tras ella.

Desde el suelo, contemplé una extraña asamblea. Cinco o seis mendigos, totalmente repugnantes, yacían arrodillados en círculo alrededor de una estatuilla que, a pesar de mi estado, identifiqué rápidamente como una réplica de la que yo había adquirido el día de mi llegada.

Al instante, otros dos pordioseros que yo no había visto, y que sin duda se encontraban expectantes junto a la puerta, asieron mis brazos con fuerzas que no se correspondían con su aspecto, y me obligaron a incorporarme. Entonces, con los ojos desorbitados por el horror, vi a Adriano, perfectamente reconocible bajo sus harapos de pordiosero, y, a su derecha, aunque mi mente se negaba a creerlo pude contemplar a Víctor.

Incapaz de pronunciar palabra, contemplé aterrado cómo aquellos dos espectros vivientes, pues tal era su apariencia, se encaminaban hacia mí sonriendo siniestramente. Un momento antes de perder el conocimiento, sentí que me arrastraban hacia una mesa oscura situada en un ángulo de la estancia. Aquello, comprendí aterrado, era un sarcófago egipcio.

Cuando desperté, había perdido la noción del tiempo. Me encontraba en un estado de extrema debilidad y yacía sobre una superficie muy dura. Al ins-

tante comprendí, a causa del bamboleo, que me encontraba a bordo de una embarcación de pequeño calado. Quise moverme, pero, al intentarlo, mis brazos tropezaron contra unas paredes que me rodeaban muy de cerca. Tanteé con mis manos aquella superficie hasta que, empavorecido, comprendí que me hallaba en el interior del ataúd.

Casi al instante, alguien retiró la tapa, y las cabezas de los mendigos aparecieron sobre mí recortadas en el cielo estrellado. En seguida, me ataron de pies y manos, a lo que no pude oponer resistencia, y acercaron el ataúd a la borda de aquella embarcación.

De aquella guisa permanecí, mudo de aspanto, por espacio de más de una hora, al cabo de la cual, comencé a escuchar un murmullo que fue subiendo de tono y que parecía proceder de tierra. Sin duda, nos hallábamos cerca de la orilla, próximos a la costa... o a la ribera de un río.

A pesar de que la noche era estrellada, un fulminante relámpago recorrió de pronto el cielo, tras lo cual, la luz de la luna se intensificó de tal modo que creí que un fenómeno cósmico de naturaleza desconocida iba a producirse.

A continuación, mis secuestradores me incorporaron en mi ataúd, lo que me permitió ver que nos hallábamos a escasos metros de uno de los márgenes de un caudaloso río. Las ruinas de un templo, bañadas por la claridad lunar, se ubicaban muy cerca de la orilla.

Con los ojos desorbitados por el miedo, pude ver una inmensa multitud de gentes que se apiñaban en las proximidades del templo... de Dar-el-Sakar, pues no podía ser otro. Así pues, había sido trasladado en un navío hasta la costa africana y, desde allí, remontando el Nilo, me habían conducido hasta aquel infame lugar.

¿Qué iba a ocurrirme? ¿Por qué había sido apresado de aquella forma? ¿Era aquel mendigo mi desgraciado y, según creía, difunto amigo Víctor? ¿Qué extraña maldición pesaba sobre los que habían con-

templado, aunque fugazmente, como era mi caso, el rostro de la diosa? Pronto iba a saberlo.

Aquel murmullo procedente de tierra fue cediendo el paso a un general quejido que, igual que una plegaria suplicante, se elevó desde cientos de gargantas, incluidas las de mis raptores, hacia el astro nocturno, en el que parecía resumirse todo el amor y todo el horror del mundo.

De pronto se escuchó un ruido subterráneo semejante al que se produce con ocasión de un seismo, y, a continuación, se hizo un silencio absoluto.

Muy poco a poco, emergiendo desde las profundidades de la tierra, comenzó a escucharse un cascabeleo metálico. Se trataba de un sistro. Su sonido se fue haciendo más nítido, y sentí que, al conjuro de aquella vibración, se helaba la sangre de mis venas.

Surgiendo como sombras demoníacas por una de las derruidas puertas, aparecieron cuatro siluetas que al instante identifiqué como sacerdotes del antiguo Egipto, debido a los atuendos con que se ataviaban.

En aquel momento hizo su aparición la hija de Isis.

Apareció hierática en la puerta de una cámara. La luz de la luna la envolvía en un halo al incidir sobre los sutiles velos con que cubría su cuerpo. Sus ojos, perfilados con negrísimo khol, destelleaban en la penumbra en que los sumía su peluca de azabache. Sus labios, ligeramente entreabiertos, eran una ardiente invitación al amor más desesperado. Sus breves senos se adivinaban bajo la gasa transparente, que caía hasta inundar sus muslos. Sus pies desnudos eran como dos palomas en tierra blanqueadas por el resplandor lunar. Uno de sus brazos se desmayaba lánguido a lo largo del cuerpo, y el otro, doblado en ángulo recto, adoptaba una postura ceremonial. El metálico sistro temblaba en su mano de nácar, y, al agitarse, era como si ríos de plata inundaran la noche.

La hija de la luna dio un paso hacia delante, y sus ojos negrísimos se clavaron en la multitud de aquellos, que por permanecer para siempre a su servicio

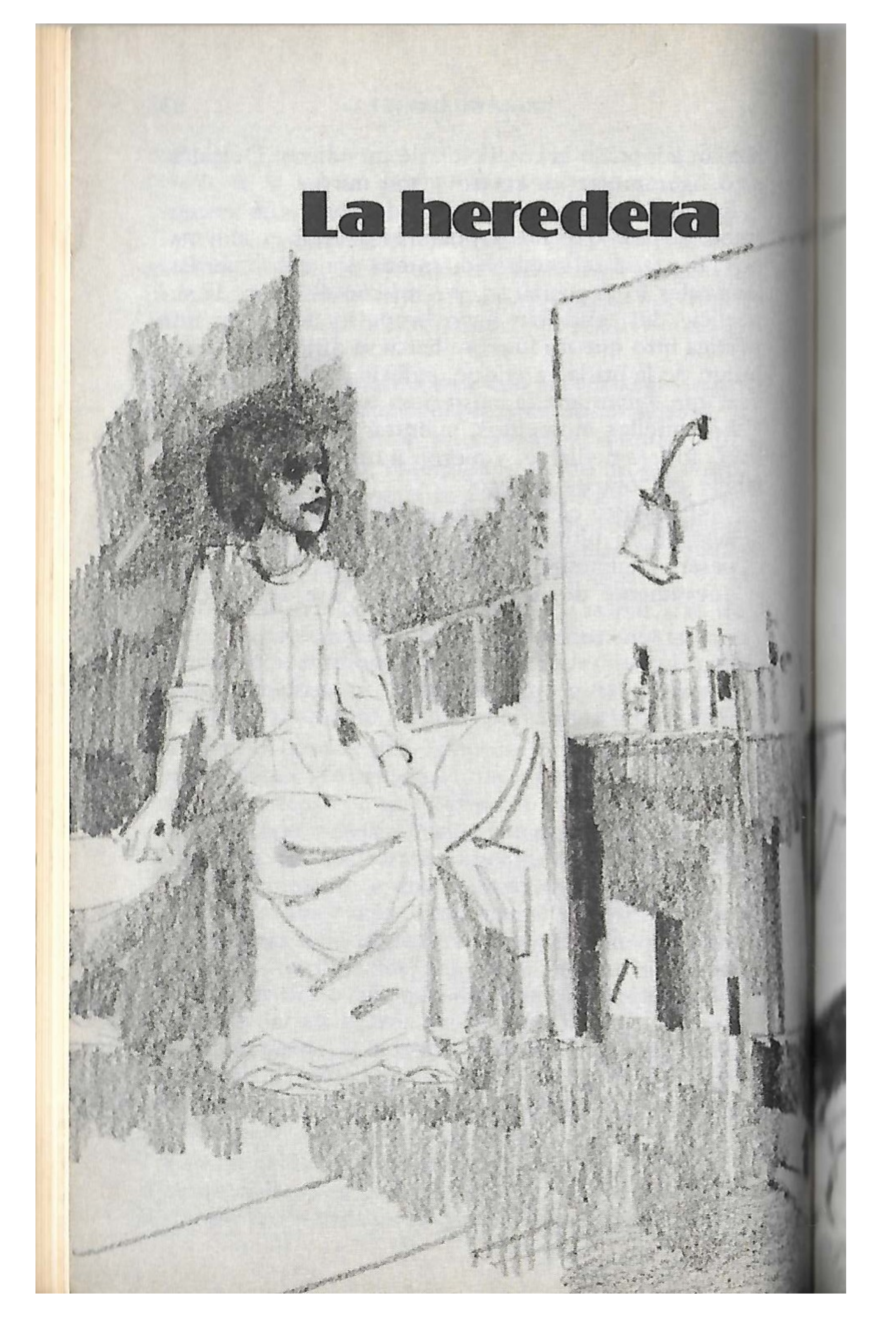
habían adoptado la condición de mendigos. Después, alzó ligeramente su rostro y me miró.

En aquel momento, petrificado como me encontraba, advertí que mis raptadores desataban mis manos. El ataúd se bamboleó, sujeto por unas cuerdas, las cuales lo depositaron, y a mí con él, sobre la superficie del agua. Un ligero impulso dado con una pértiga hizo que mi fúnebre barca se dirigiera hacia el punto de la orilla en el que, bellísima y horrenda a la vez, me aguardaba la misteriosa aparición.

En aquellos momentos, mientras surcaba las aguas hacia lo irremediable, vinieron a mi memoria las palabras del oráculo griego:

«Has visto el rostro de la diosa. Surcarás el piélago en tu última cuna camino de la tierra, a tu pesar, fatalmente prometida. Moisés es rescatado nuevamente de las aguas por la hija del Nilo».

La heredera





La heredera

Concha Hombría

«No es posible que oscurezca... Todavía es pronto». Y la soledad se le hizo insoportable. Pronto volverían las ratas...



SEGUÍA con la cabeza arrebujada entre las sábanas, esperando que se hiciera de día, y cuando a través de la tela creyó adivinar las primeras luces del alba, lanzó un suspiro: ya pronto se irían las ratas y ella podría volver a respirar libremente.

Había pasado otra noche en vela, oyéndolas ir y venir por el cuarto, royendo Dios sabe qué. A ratos, las voraces mandíbulas descansaban, y entonces ella se quedaba quieta, aguantando la respiración para mejor oírlas, porque se las imaginaba acercándose a la cama, con sus colas largas, serpenteantes y desnudas como gruesos gusanos, las aterciopeladas panzas grises rozando sin ruido la alfombra del dormitorio. La idea de que pudieran trepar por las sábanas hasta el colchón la llenaba de espanto. El corazón se le alocaba, bombeando con tal fuerza que se le antojaba que sus latidos acabarían por destrozarle los tímpanos, y la sangre inundaría la almohada con grandes oleadas rojas.

¡Las ratas! Cuando vio la primera, se apresuró a encerrar todos los víveres bajo llave. En toda la casa no había una sola miga de pan al alcance de ellas, y

sin embargo proliferaban. Cada noche venían más.

«¿Existen en realidad... o me las imagino yo? Estoy loca». Pensó desmayadamente en su madre y el recuerdo no le gustó: un año había sobrevivido desde que se refugiara en una pequeña pieza interior, a oscuras las veinticuatro horas del día, huyendo del enjambre de moscas, peludas y zumbadoras, que su mente desequilibrada le hacía ver. Sólo en la total oscuridad de la noche consentía en abrir la puerta para que le entraran alguna comida y un orinal limpio. Y cuando padre, ya en última instancia, se decidió a traer a un especialista, la loca se pasó toda la tarde gritando porque una nube de moscas —decía ella— había entrado en el cuartito a caballo en el chorro de luz que acompañó la visita del doctor. El médico le había dicho a padre que habría que internarla; pero no fue necesario. La oyeron aullar hasta bien entrada la noche, y cuando reinó la calma y se atrevieron a llevarle el cántaro de agua y la bacinilla, tropezaron con su cuerpo que ya debía llevar varias horas colgando del techo. Se había ahorcado con su espléndida trenza. A la mañana, con la llegada de los del juzgado, fue preciso prender luces para descolgarla y, al instante, el cuarto se llenó de zumbidos: nadie había visto nunca tantas moscas juntas.

El reloj del salón cantó las siete y su campanilleo la trajo bruscamente a la realidad. Escuchó unos momentos y se atrevió a levantar la sábana. Por el pequeño resquicio miró a la ventana donde la oscura silueta de la yedra pintaba ya de azul violáceo. Asomó la cabeza entera: las ratas habían desaparecido.

Todavía permaneció inmóvil un buen rato, escuchando, y cuando se convenció de que por hoy no volverían, empezó a sollozar suavemente, sin fuerzas. Con las lágrimas fue cediendo la tensión del cuerpo y acabó por dormirse amparada por la claridad de un día triste y apagado, color panza de rata.

Abrió los ojos sobresaltada; la luz que llegaba del

exterior seguía teniendo la misma calidad desvaída del amanecer y no pudo calcular cuánto tiempo habría estado durmiendo. Se pasó la lengua por los labios resecos y una imperiosa necesidad de beber le hizo alzar la voz pidiendo ayuda:

—Irene...

El vello se le erizó cuando, allí mismo, a sus espaldas, sonó inesperadamente la contestación de la niña. Temblaba con violencia y su voz, atascada en la garganta, no pudo ir más allá de un par de palabras:

—¿Estabas ahí?

Seguramente la pequeña notó el tono de reproche, porque se excusó.

—¿Te he asustado...? Ha sido sin querer.

Pero debía estar acostumbrada a los inmotivados sobresaltos de su madre, ya que siguió tranquilamente con sus juegos, extendiendo sobre la alfombra en primoroso triángulo, toda una serie de variopintos objetos que había sacado de su caja de cosas. Al lado, un osito de trapo escoraba sobre la pintoresca exposición, mirándolo todo con su único ojo de botón de bota.

—¿Te traigo la tila? —y como su madre no contestara, insistió—. ¿No me oyes?

No, no la había oído. Estaba sumida en su mundo de terrores, la mirada ausente, prendido el labio inferior entre las dos ringleras de dientes.

—En esta casa hay ratas —gimió—. Te digo que las oigo y las veo cada noche.

Irene la miraba con sus grandes ojos graves de niña vieja, de niña sabia; pero no parecía compartir en absoluto sus temores.

—Tengo sed... —y miró distraídamente a la pequeña—: ¿Qué estás haciendo?

—Nada.

Y se apresuró a guardar sus tesoros en la caja de cosas, fuera de la mirada materna, intuyendo que todo aquello podría acabar en la basura cualquier día de limpieza general. Cerró la tapa y volvió a preguntar:

—¿Quieres ya la tila?

Y cuando la mujer asintió, salió del cuarto, llevándose su osito y su caja de cosas.

Sabía perfectamente lo que había que hacer y aguardó con paciencia a que el agua hirviera. Puso en la taza el saquito de tila y dos cucharadas rasadas de azúcar; después escaldó la tisana y añadió diez gotas del frasquito que estaba en el vasar, tal y como había ordenado padrino. Revolvió la mezcla concienzudamente y acercó la nariz al vapor. Lo probó: no sabía mal, no sabía a nada.

Oyó gemir a su madre allá en el cuarto. «Es más quejica que yo qué sé qué. Si se la llevo ahora va a decir que está muy caliente». Sopló un poco sobre el líquido y echó a andar con la tisana, muy despacito, para no derramar ni una gota.

La tila fue rechazada nada más verla:

—Eso está hirviendo...

Irene dejó la taza en la mesilla y fue a buscar un vaso de agua.

* * *

Cuando la niña oyó la llave en la cerradura, corrió alegremente al vestíbulo para recibir a su padrino. Había prometido traerle un regalo.

Desde la cama, la mujer les oyó cuchichear en la entrada, sus risas mezcladas a un desapacible chirrido que no fue capaz de identificar hasta que el médico entró en el cuarto. Detrás venía Irene, muy contenta, con una jaula dorada donde brincaban dos periquitos.

La mujer se descompuso al ver los pájaros y tuvo que volver el rostro hacia otro lado para ocultar su enojo; pero se le notó el despecho en la voz:

—Te pedí que no le trajeras más animales.

—Si sólo son dos periquitos —protestó el médico— verás cómo no se mueven de la jaula, ¿verdad Irene?

—¿Cómo tengo que decir que no le gustan los bichos?

Irene, alarmada, alzó la cabeza y miró de frente a su padrino:

—Di que sí... di que me gustan mucho.

El médico le guiñó un ojo; eso quería decir: «luego hablaremos tú y yo». Se sentó en la cama y apartó de la frente el cabello sudoroso de la enferma.

—¿Cómo te encuentras?

Con las lamentaciones, el tono de la mujer volvió a ser débil, plañidero:

—No he podido dormir...

Para estar más cerca de él, se reclinaba clavando un codo en la almohada. Era preciso guardar calma si quería que la creyesen. Nadie la tomaría en serio si se abandonaba a una crisis nerviosa.

Los ojos del médico paseaban distraídamente por la habitación mientras le tomaba el pulso. Un rosario de oscuras pastillas circundaba la cama. «Matarratas —pensó— muy apropiado». No hizo ningún comentario.

—¿Has vuelto a tener pesadillas?

—¡Son ratas de verdad, y tú no me crees! —se desesperaba y los ojos enrojecidos miraban al médico esperando algún gesto de comprensión.

—Ya... ¿Cuántas calculas tú que vienen?

Aquello no era comprensión; su voz sonaba aburrida, rutinaria. «Me está llevando la corriente como a los maníacos... Tal vez piense que he heredado la enfermedad de mamá». Le buscó la mirada, con desconfianza; pero él andaba hurgando en el maletín y le fue imposible leer nada en sus ojos.

—¿Crees que estoy loca?

Súbitamente irritado, el hombre levantó la cabeza y miró a la niña. Irene estaba distraída, en cuclillas frente a la jaula, con un dedo entre los barrotes. Los periquitos venían a picotear el engaño. A pesar de todo, el médico murmuró de mal humor:

—Deberías tener más cuidado con lo que dices y delante de quién lo dices.

Ella abrió la boca para protestar, pero no dijo nada porque estaba a punto de llorar y se había propuesto

no hacer escenas. Fue entonces cuando Irene se echó a reír:

—Mira cómo me pican, padrino. Se creen que es azúcar.

La interrupción irritó tanto a la enferma que, olvidando su congoja, se revolvió irritada:

—No te importa lo que estoy diciendo... no me escuchas. ¿Sabes que no me atrevo a quedarme dormida, a sacar las manos fuera de la cama para encender la luz...?

Qué sabía él lo que era pasarse toda la noche padeciendo sed, terror y angustia.

Los picotazos arreciaban en el dedo de Irene.

—¡Mira, mira, padrino...!

Chilló de rabia y frustración:

—¡Ya te hemos oído, Irene! ¡Cállate!

Fingió no ver la mirada de reproche que le dirigía su hermano, y añadió:

—Esos pájaros no le durarán ni un día; se le escaparán, como se le escaparon los otros animales, porque no sabe cuidarlos.

Irene retiró vivamente el dedo de los barrotes y protestó:

—Di que no, di que no se me escapan, padrino.

El médico se volvió rápidamente hacia ella y se llevó un dedo a los labios.

—Irenica, mamá no se encuentra bien. Sé buena y llévate esos periquitos donde no la molesten.

La pequeña cogió la jaula y se levantó dócilmente; pero en lugar de irse, buscaba los ojos de su madre. Cuando sus miradas se encontraron, murmuró con rencor:

—Mentira, no se me han escapado.

Sólo entonces dio media vuelta y salió de la habitación. Pasos y chillidos se alejaron por el pasillo. El médico aguardó un instante, y cuando calculó que Irene no podría oírle, dijo en voz baja:

—Esta niña no puede seguir aquí. Sería bueno llevarla al campo.

De pronto, la habitación se oscureció. Las gruesas

nubes de aquel día tristón corrían cortinas grises en el cielo.

Sinceramente alarmada, la mujer suplicó:

—No iréis a dejarme así...

—Nadie va a dejarte hasta que no estés bien... Pero habrá que hacer algo con Irene —miraba el matarratas— este ambiente es malsano.

Las manos de la mujer eran piel y huesos agarrotados en el embozo. A lo lejos sonaba muy débil el chirrido impertinente de los periquitos. Volvió a insistir:

—No le gustan los animales... A saber dónde han ido a parar el perro y el gato... ¿Y la tortuguita...?

El la miró fijamente, inexpresivamente. La mujer se sintió incómoda sin saber por qué y acabó ocultando el rostro entre las manos. Así estuvieron un momento, envueltos en el tic-tac del reloj, arropados por el ambiente dulzón del cuarto, que olía a perfume, a farmacia y a sudor. Se puso en pie para marcharse, pero ella le agarró una mano:

—¿Me estaré volviendo loca como la pobre mamá...?

Volvió a sentarse sobre la cama, mirándola, pero viendo a través de ella otro cuerpo que se balanceaba en el vacío (suave rotación y translación), la trenza encastrada en el cuello, los pies bien apuntados hacia el suelo, como si en el último momento hubieran querido pisar tierra firme para liberar a la garganta del intolerable peso del cuerpo. «Ya estás loca, pobre desgraciada, y acabarás por volvernos locos a los demás. Para tí son ratas lo que para madre eran moscas. Pero ella se limitaba a encerrarse en su noche eterna, sin molestar, sin pedirle nada a nadie: sólo oscuridad. Tú, en cambio, acabarás por arrastrar con tus delirios a una niña que debería estar jugando al aire libre con esos mismos animalitos que tu zoofobia te empuja a eliminar».

Al notar que su hermano pensaba en otra cosa, rompió a sollozar desconsoladamente, sin hacer ya

nada por contener el llanto, sintiéndose infinitamente sola y desvalida.

Antes de que se marchara, insistió:

—La locura se hereda, ¿verdad?

El suspiró y, viendo que no le dejaría irse, la zarandeó con suavidad:

—No necesariamente... yo no estoy loco.

La tila bañaba los nomeolvides del fondo de la taza.

—Mira, no te has tomado la infusión y ahora estará helada.

—No importa —dijo para congraciarse. Cogió torpemente la taza y se bebió la tisana de un tirón. El líquido se le escurría por la comisura de los labios.

La docilidad de su hermana le conmovió. Sonrió y le besó la frente.

—Voy a decirle a Irene que esta noche te doble la dosis. Verás qué bien duermes sin pesadillas.

Estaba tan agradecida que, antes de reclinarse de nuevo en la cama, le tiró un beso y le hizo adiós con la mano. Ahora se sentía mucho mejor.

Luz verde. Ya podía marcharse tranquilo. Camino de la puerta, entró en el cuarto de Irene. Estaba muy entretenida con su jaula y sus juegos de niña solitaria; pero lo dejó todo para escuchar con atención las instrucciones de su padrino. Era una niña muy inteligente y hacía todo al pie de la letra.

—Veinte gotas, pero no más, aunque ella te lo pida. Si le diéramos mayor cantidad, podría dormirse para siempre. ¿Lo comprendes?

Irene asentía vigorosamente con la cabeza. En la jaula los periquitos chillaban a placer. No habían callado un solo momento desde que los trajo. El doctor casi se arrepentía de su compra: verdaderamente eran unos animalillos inaguantables.

—Cantan muy bien, ¿verdad padrino?

—Eso mismo estaba pensando yo, Irenica —y se echó a reír. Al besarla sintió la carne enfermiza y tumefacta. «Igual que las mejillas de una vieja alcohó-

lica» pensó. Estrechó a su ahijada y secreteó a su oído:

—Nos vamos a ir al campo, tú y yo.

—¿Cuándo, padrino?

—Ya pronto.

* * *

Al oír las campanadas del reloj, la mujer se sentó de golpe en la cama, espantada de lo corto que se le había hecho el día. «Ahora, con la noche, las ratas volverán». Se retorció las manos. «No, no hay ratas; son figuraciones mías...». Estaba desesperada y, en su confusión, buscó ayuda:

—Irene...

Escuchó... Sobre el galope furioso de su propia sangre, sólo alcanzó a oír el ritmo acompasado del reloj. Las rodillas, temblonas, pudieron sostenerla hasta la ventana. Descorrió al máximo las cortinas para aprovechar hasta lo último la luz del día. Gesto inútil: la manta tupida de la lluvia precipitaba la llegada de la noche. «No es posible que oscurezca... todavía es pronto». Y la soledad se le hizo insoportable.

—¡Irene!

La lluvia y el reloj, el reloj y la lluvia. Deseó con vehemencia oír algún ruido familiar, aunque sólo fuera el chillido de los periquitos... La lluvia y el reloj.

La habían abandonado, ¡eso era! Aturdida, dio dos pasos hacia la puerta y su pie rozó algo oscuro, blando y suave. Una sombra confusa se desplazó hacia el rincón y allí permaneció quieta, como agazapada. Lanzó un alarido interminable y se precipitó en las tinieblas, palpando atropelladamente la pared en busca del conmutador eléctrico... que no estaba... que no aparecía... ¡que se lo habían llevado de su sitio...! Se golpeó el codo contra el picaporte y una uña se le quebró dolorosamente prendida en el plástico del interruptor y la pared. Gritaba tanto que no pudo

oír el clic de la palanquita al tiempo que se encendía la lámpara. Desde la esquina del cuarto, visible bajo la luz eléctrica, el osito de peluche la miraba fijamente con su único ojo de botón de bota. Tampoco ella podía separar la mirada del muñeco, oscuro, blando y suave. Era un viejo osito de peluche lo que le había aterrorizado, sólo eso. Ahora lo veía con claridad y, a pesar de todo, tuvo que seguir gritando, porque los nervios la habían abandonado y no valían razonamientos serenos cuando el pánico se desboca.

A trompicones enfiló el pasillo. Hubiera querido correr, y apenas conseguía arrastrar los pies, como una anciana. La puerta del cuarto de Irena, solamente entornada, se abrió cuando la mujer apoyó su cuerpo desfallecido en ella. El agrio chirrido de los periquitos, que tanto había deseado escuchar antes, le hirió ahora los oídos como una intolerable ofensa personal.

Ante el armario abierto, la imagen congelada de Irene, sostenía en vilo la jaula dorada. Había vuelto el rostro hacia la puerta del cuarto, alarmada ante la insólita aparición de su madre. Con gesto inútil y pueril, se volvió de cara a ella, manteniendo la jaula a sus espaldas, como si quisiera ocultarla... Imposible que aquel cuerpo, seco y huesudo, apenas adivinado bajo el fino camisón, pudiera inspirar algo que no fuera lástima o hastío. Y, sin embargo, Irene estaba asustada, en guardia, vigilando cualquier posible movimiento de la mujer que, agitada todavía por lo que para ella había sido un terrible esfuerzo físico, seguía reclinada contra la jamba de la puerta —la boca abierta, los músculos del cuello como trallas— atenta sólo a recuperar alientos.

—¿Por qué escondes la jaula? —jadeó.

La respuesta llegó, intempestiva y absurda:

—Los periquitos son míos.

No comprendió muy bien lo que la niña había querido decir con eso, pero sintió un odio celoso y violento hacia aquellos animalejos que acaparaban la atención de su hija.

—Les has cambiado el agua, y a mí no has ido para traerme las gotas, como te ha mandado padrino.

Los ojos sabios de la niña vieja variaron de trayectoria. Ya no ocultaba la jaula; la agarraba con fuerza, como en evitación de una improbable huida de los pajaritos. Con gesto rápido, inesperado, metió la jaula dentro del armario y, deliberadamente, dio dos vueltas a la llave. La mujer la miraba, pasmada. Se había recuperado del todo y ya no era el prototipo de fémina asustada que hace unos momentos huía de una amenaza inexistente. Incluso su voz sonaba normal.

—Ahí dentro se van a ahogar...

—No.

Retiró la llave de la cerradura, la apretó con fuerza, y escondió el puño en el bolsillo del delantalito. Pero no se movía, espiando la reacción de su madre. Dentro del armario los periquitos revoloteaban a ciegas, batiendo furiosamente los barrotes de la jaula.

—Se van a hacer daño... ¡Sácalos de ahí!

La niña evitaba mirarla de frente. Sin sacar del bolsillo la mano que retenía la llave, dio un paso hacia la puerta.

—Voy a prepararte las gotas.

Y logró escurrirse fuera del cuarto, antes de que pudiera detenerla el brazo que su madre alargaba. Al quedarse sola, el ánimo de la mujer flaqueó de nuevo. Parecía resignada a volver a su habitación pero, cambiando de parecer, arrastró los pies hasta el armario e intentó abrir la puerta. Estaba bien cerrada y no supo qué hacer. Arrimó el oído y se quedó escuchando... Los periquitos se habrían dormido —no se les oía. Sus dedos huesudos acariciaban pensativamente el ojo de la cerradura.

* * *

Había estado lloviendo toda la noche, ininterrumpidamente, pero al amanecer escampó. Todavía goteaban los árboles cuando sonaron los pasos del doc-

tor en la acera. Caminaba sin prisas, rebuscando en el llavero. Dos veces apretó el botón del portal sin conseguir que la luz se encendiera. Agarrado al pasamanos subía despacio los peldaños, procurando no tropezar. Al llegar al rellano, sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad relativa de la escalera y, a la primera, pudo meter el llavín en la cerradura del piso: el vestíbulo también estaba en tinieblas. Nada más entrar echó de menos la presencia de Irene, que cada mañana corría a recibirle cuando le sentía llegar. Se detuvo un momento en la entrada y silbó suavemente... Todo seguía en silencio. Por un momento pensó que la niña se habría dormido; pero rechazó la idea por absurda: Irene era siempre la primera en levantarse. Tal vez estaría, como otras veces, en el cuarto de su madre, jugando sin ruido, en espera de que despertase. Echó a andar hacia allá. Al doblar la esquina del pasillo estuvo a punto de pisar algo que a duras penas identificó: el osito de Irene. Estaba casi irreconocible. La cabeza roída, medio arrancada del tronco, colgaba en un escorzo imposible. Tenía la panza rasgada y por el terrible ojal se vaciaban en el suelo las entrañas de borra. Se estremeció al verlo: allí estaban bien patentes las huellas inconfundibles de las ratas.

Una extraña premonición le hizo detenerse en seco. Su instinto le decía que no siguiera adelante, y tuvo que violentarse para dar dos pasos más: los suficientes para ver entre dos luces lo que sólo podía ser una visión de pesadilla, algo tan ferozmente macabro, que se quedó clavado en el sitio, mudo, alucinado, incapaz de apartar los ojos del repulsivo cuadro, esperando que alguna especie de milagro viniera a poner fin a tanto horror. Sintiéndose desfallecer, quiso engañarse: «Ahora voy a despertarme en mi propia cama, sudado de fiebre». Pero pasaban los segundos y él seguía con los ojos prendidos en el hervidero de la cama, en el ir y venir de aquellas siluetas grises —suave piel y larga cola desnuda, como un gusano redondo, le había dicho ella— que apenas se movían

si no era para hincar mejor los dientes en aquella carne inmóvil y ya insensible, réplica exacta en versión humana del muñeco eventrado en el suelo del pasillo. Hubiera seguido allí eternamente, incapaz de reaccionar, si las arcadas, resueltas en vómito incoercible, no le hubieran vuelto a la realidad. A medida que los resortes internos volvían a funcionar, una idea insoportable empezó a tomar forma:

—¡Irene!

No supo cómo había llegado hasta allí. Sin consciencia de haberse movido, se encontró empujando la puerta del cuarto de la niña. También aquí estaba todo en silencio. Buscó a la pequeña. Allí estaba, inmutable, ante la cama sobre la cual campeaban sus amados objetos, tan celosamente guardados en la caja de cosas: trastos inservibles, pequeños chismes sin valor que tanta importancia cobran en los juegos infantiles... Los reconoció todos: el collar del perro, sí... y el cascabel prendido a la cinta roja que el gatito había lucido al cuello... y una diminuta concha de galápago... y una cascada de irisadas plumas —suaves plumitas verdes, amarillas y azules que pocas horas antes cubrían el cuerpo de los periquitos... Todo aquello formaba un rectángulo perfecto y, en su centro de honor, el frasco, destapado, vacío...

Irene le miraba con el brazo extendido hacia el armario, abierto de par en par. La jaula dorada estaba volcada en su interior y a su lado una camada de pequeñísimos seres de piel rosada y transparente, no mucho más grandes que una almendra, tiritaba dentro de un extraño nido.

—Irene...

La pequeña se levantó y, delicadamente, sacó a uno de aquellos animalillos y lo ofreció en el cuenco de sus manos a la mirada del padrino.

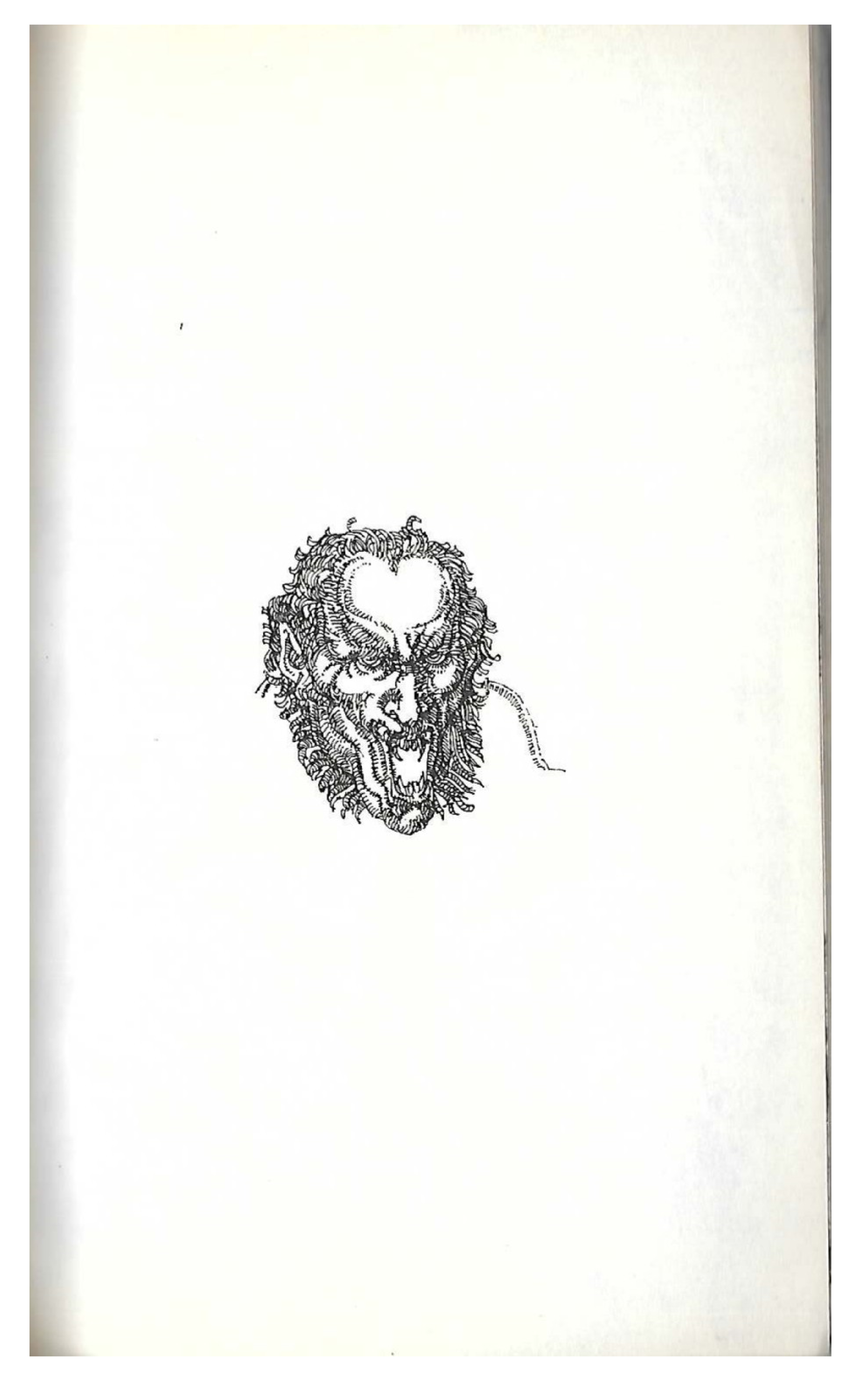
Del pasillo llegaba un rumor apagado. Irene giró la cabeza hacia la puerta y bisbiseó cariñosamente. Una rata entraba arrastrando por el suelo la voluminosa panza ahita de carne. Pesadamente subió al nido y, acomodándose con infinitas precauciones, ofreció las

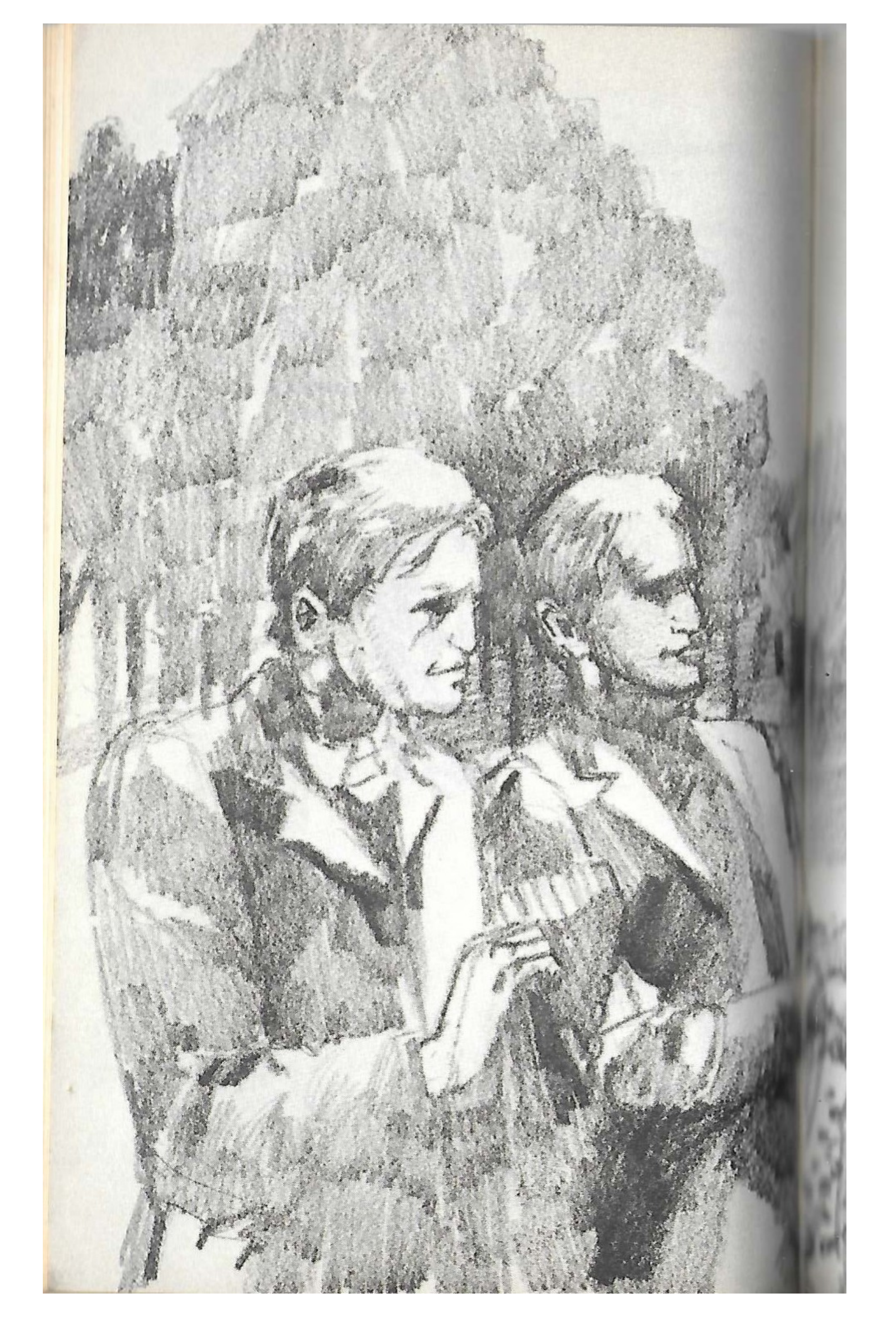
teticas a la camada ciega. Irene devolvió la pequeña cría al calor del nido y acarició amorosamente el suave lomo de la rata.

El hombre retrocedió un paso: ya no quería ver más. Ya nunca en su vida querría ver nada más... Buscó el amable alivio de la ceguera y cerró los ojos; pero el cuerpo de su madre volvió a danzar (rotación y translación) al extremo de la hermosa trenza morena, y tuvo que abrirlos de nuevo.

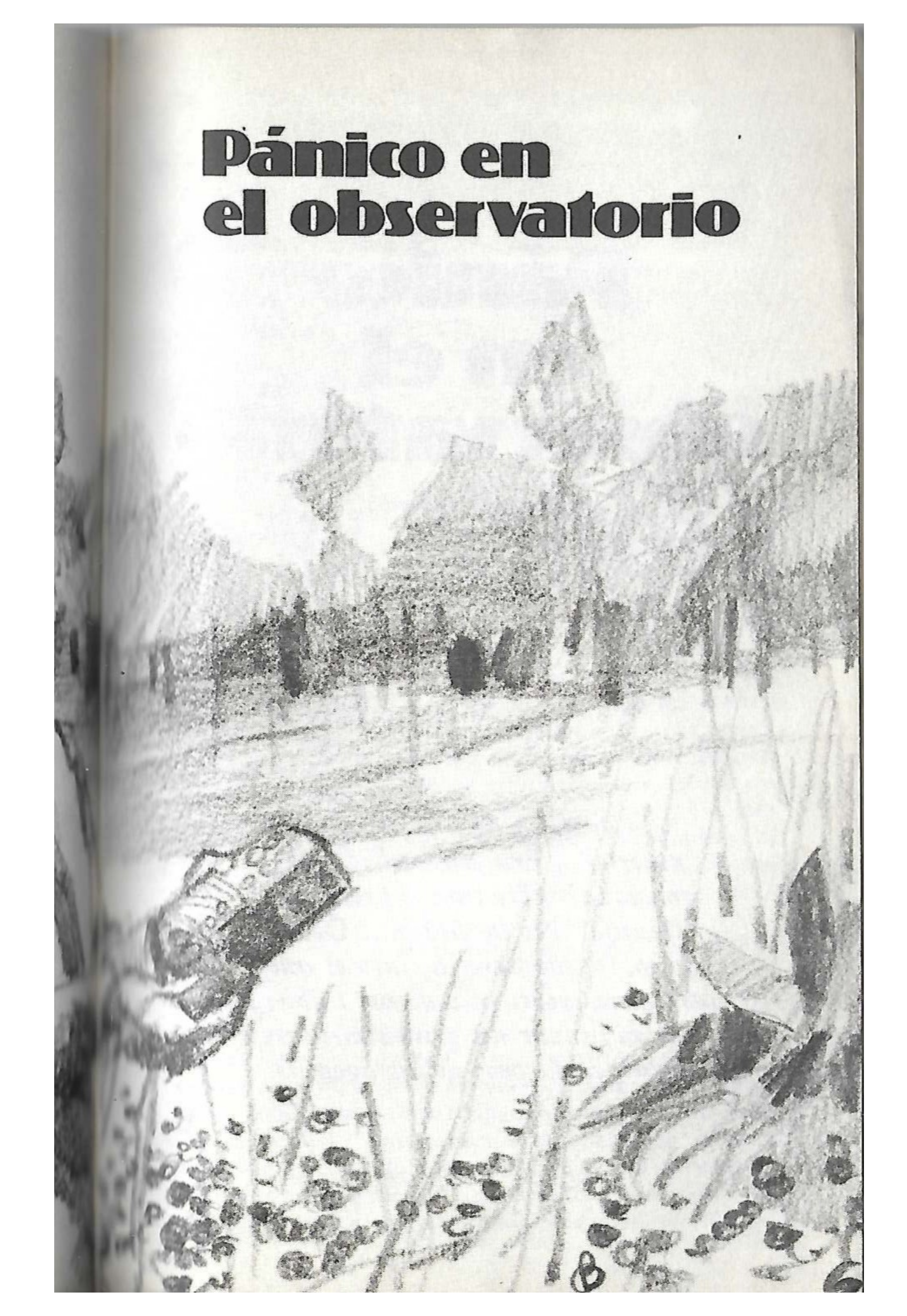
No, su hermana no...

Miró a la niña: aquella era la heredera.





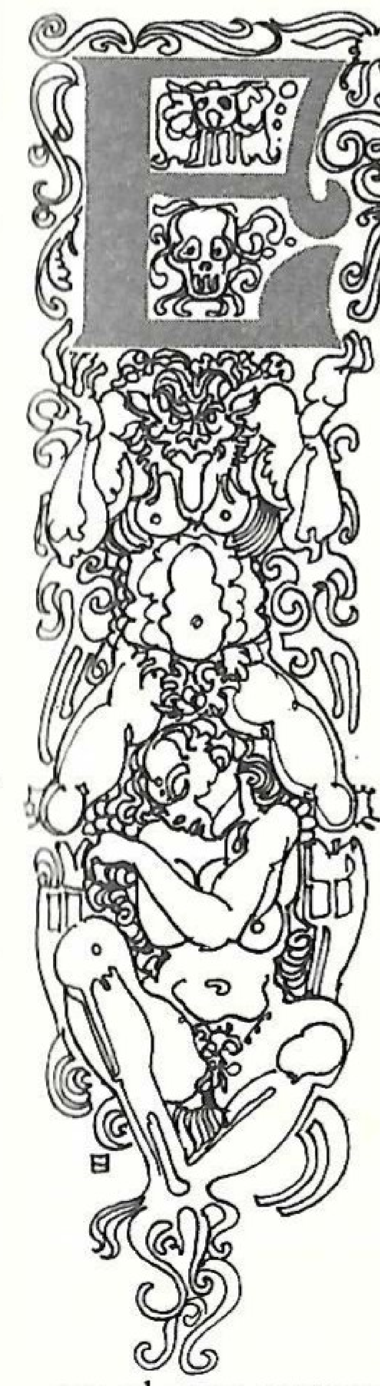
Pánico en el observatorio



Pánico en el observatorio

Carlos Saiz Cidoncha

¿Se trataba de una señal de muerte? ¿Era un aullido de amenaza? ¿De una expresión de triunfo? No lo sabían... Desde luego, lo que parecía claro es que ninguna criatura viviente hubiera podido lanzar un grito semejante, ni aún en la peor de las agonías.



Es muy probable que el relato que sigue no sea creído por nadie. En primer lugar por su propia extrañeza, y luego por el lugar donde el hecho sucedió, un lugar que para el vulgo parece constituir la antítesis de cualquier escenario siniestro o sobrenatural.

Los meteorólogos estamos comúnmente considerados como personas inofensivas que toman el pulso a la atmósfera, emiten sus predicciones sobre el tiempo, las más de las veces acertadas, las menos erradas (pese a lo que digan los detractores), y no se meten en peores dificultades, ni muchísimo menos en cuestiones de magia negra o misterios arcaicos. Un observatorio meteorológico suele ser una comunidad tranquila, donde si a veces se discute es simplemente para pasar el rato entre mapa y mapa.

Precisamente nuestro observatorio, al mismo tiempo central, se halla situado en un lugar muy apacible, sobre una colina rodeada de pinares, no lejos de los edificios universitarios, un hermoso enclave natural donde los domingos de verano no es raro ver a familias que vienen para celebrar en las inmediaciones una comida campestre. A nadie se le ocurrió

nunca pensar que en algún tiempo pasado dicha colina hubiera sido utilizada para otra clase de fines.

Comenzaron los acontecimientos poco después de acabar una temporada de lluvias especialmente fuertes («intensas precipitaciones», decimos nosotros). La rotonda de asfalto que rodeaba el edificio del observatorio se hallaba encharcada, el pinar aparecía como recién lavado, y en algunos lugares de la colina se habían producido corrimientos de tierras. Hacía un fresco agradable, y corría un suave vientecillo.

El observador de Meteorología William Peel y yo mismo, aprovechando una pausa en nuestro trabajo, habíamos acompañado a nuestra compañera Phillys St. George hasta su coche, y al marcharse ella rumbo a su habitual charla meteorológica en la televisión, paseamos unos minutos por entre los pinos más cercanos, todavía empapados con el agua de lluvia, que refrescaba nuestros rostros al rozarles.

No recuerdo ahora el tema de nuestra conversación, pero sí que fue interrumpido por el hallazgo que hicimos, y que fue lo que puso en marcha todo el proceso posterior. Fue William quien lo advirtió.

—¡Oye! —me dijo, quitándose de la boca su eterna pipa—. ¿Has visto eso?

Nos acercamos. Ante nosotros la tierra mojada se había deslizado colina abajo, dejando al descubierto una oquedad. Dentro de ella podía verse un objeto demasiado regular para ser una roca o una piedra, aunque, naturalmente, el barro que lo cubría ocultaba su verdadera naturaleza.

Nos picó la curiosidad y llegamos a chapotear en el fango para alcanzar aquella cosa que nos intrigaba.

—Parece una caja —dijo William, cuando la tuvo en la mano—. Una caja de hierro, o de otro metal...

—Una caja enterrada —bromeé—. ¿No podría contener un tesoro?

Le quitamos el barro frotándola con un manojo de hierbas. Era efectivamente una caja, más bien un cofre de metal oxidado. En lo que debía ser su tapa

aparecían grabadas unas letras que me parecieron griegas.

—Pues un tesoro no parece —respondió William a mi broma—. Pero sí podría ser un hallazgo arqueológico. Puede ser que haya cosas enterradas aquí abajo de las que hasta ahora no hayamos tenido idea.

No sabía entonces lo terriblemente acertada que era aquella frase tan anodina. Ni yo podía tampoco saberlo, por lo que transferí mi atención al modo de abrir la caja.

No nos fue fácil hacerlo, pues el metal se hallaba, como digo, muy oxidado, y los goznes del cofrecillo estaban deteriorados. Hubimos de emplear un grueso palitroque a guisa de palanca, y hacer severos esfuerzos. Finalmente logramos nuestro objetivo.

El contenido del cofre nos sorprendió por igual a los dos.

—¡Una flauta!

Se trataba de un curioso instrumento de barro cocido, compuesto por siete tubos de diferentes tamaños. El artefacto parecía muy antiguo, pero se había conservado limpio y cuidado en el interior de su caja.

—¡Qué raro! —meditó William, sopesando el instrumento—. Creo que a ésto se le llama un caramillo. ¿Qué antigüedad puede tener?

—No lo sé —repuse—. ¿Sonará todavía?

William limpió cuidadosamente la múltiple embocadura con el revés de su mano, y luego se la llevó a los labios. Una nota semejante a un quejido se elevó del supuesto caramillo al soplar él en el primero de los tubos.

—¡Funciona! —triunfó—. Cada tubo debe representar una nota. Hasta podría...

Se llevó de nuevo el instrumento a los labios y empezó a improvisar, o al menos eso me pareció al principio. Surgió una melodía, vacilante al principio, para afirmarse luego y continuar decididamente. Una música extraña, densa e insinuante, como nunca había oído yo antes, alzándose y descendiendo en súbitos altibajos, quejándose ahora lastimeramente para

luego amenazar en tono grave, o imprecar en la nota más baja para después volver a empezar el motivo, siempre cambiante pero con un atisbo de repetición, de insistencia, de llamada.

Contemplé con cierto asombro a William. Parecía éste absorto en la música que estaba produciendo, ajeno incluso a mi presencia. Entre sus dedos el instrumento parecía temblar, como dotado de vida propia. Una rara sensación se apoderó de mí. Me pareció oír murmullos y roces extraños entre los árboles, y todo el familiar pinar adquirió de pronto un aire de irrealidad.

—¡William! —grité.

No me hizo caso, enfrascado en su música. Verdaderamente asustado, le sacudí con fuerza, mientras volvía a llamarle. Finalmente logré apartarle de aquel éxtasis musical en el que se hallaba.

—¿Qué pasa? —gruñó, sobresaltado de pronto—. ¿Qué haces?

—Esa música que estabas tocando. ¿Qué era? ¿Dónde la has aprendido?

Parpadeó, como despertado de un mal sueño.

—¿Música? Simplemente estaba probando la flauta, recorriendo la escala.

Pero algo debía preocuparle, pues se quedó contemplando el instrumento con cierta perplejidad.

Miré el pinar en torno a nosotros. Todo parecía haber vuelto a la calma. La extraña sensación de irrealidad había desaparecido. ¿Habría sufrido una simple sugestión, provocada quizá por el sonido de aquel instrumento arcaico?

—Vamos —dije— tenemos trabajo en la sala de análisis.

Caminábamos hacia la entrada del edificio, cuando algo nos llamó la atención. Junto al caminillo secundario que bajaba la colina, advertimos una gran mancha en el terreno. No pudimos evitar acercarnos, y vimos lo que parecía ser la boca medio obstruida de un orificio en la tierra.

—Otro corrimiento de tierras por la lluvia —comenté—. Esta colina debe estar hecha una criba.

Pero William evaluaba la excavación con curiosidad.

—La tierra ha saltado en todas direcciones —dijo—. Diríase... cómo si algo la hubiera empujado desde dentro.

Me forcé a reír con incredulidad, quizá para acabar de expulsar las sensaciones del momento precedente.

—Quizás haya salido algún monstruo subterráneo, algo así como un *morlock* de Wells —me burlé—. Vamos, que se nos hace tarde.

Más tarde recordaría aquellas palabras, dichas en tono de chiste. Resultarían también inconscientemente reales, aunque no en el sentido que les di.

Habíamos penetrado ya en el vestíbulo, y nos disponíamos a subir la escalera, cuando el sonido nos llegó. Allá afuera, en algún lugar de la colina, estalló un espantoso grito, un alarido terrorífico como nunca antes habíamos escuchado en ningún tiempo y lugar. Los dos quedamos paralizados en el sitio que ocupábamos, como si toda fuerza hubiera abandonado nuestros músculos. Y así estuvimos un largo minuto después de apagarse los últimos ecos de aquel clamor, sin siquiera atrevernos a volver la cara hacia la puerta, mientras un silencio espeso parecía envolver todo el edificio y sus alrededores.

Luego, poco a poco, logramos reaccionar. Nos volvimos muy lentamente, con el temor de advertir a nuestra espalda alguna cosa inimaginable, capaz de producir aquel sonido aterrorizador.

—¿Qué... qué diablos ha sido eso? —murmuró William.

No encontré palabras para responderle. Aquí y allá se escucharon voces, se abrieron puertas y ventanas, y algunos rostros asustados asomaron a nuestra vista.

—¿Habéis oído?

—¿Qué ha sido ese grito?

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido ahí fuera.

No había muchas personas trabajando en el edificio a aquella hora de la tarde, pero todas ellas habían sido conmocionadas por el fantástico alarido. No tardó en reunirse un grupo junto a la puerta, avizorando temerosamente el impasible pinar.

—Parece como si hubieran matado a alguien —apuntó el portero, tan nervioso como cualquiera de los demás.

Pensé que había sido algo más que eso. Ninguna criatura viviente hubiera podido lanzar un grito semejante, ni aún en la peor de las agonías. Por otra parte, tal como podía analizarlo, no se trataba de una señal de muerte. Más bien de amenaza, o quizá de triunfo.

Pero no pudimos ver nada extraordinario, pese a que osamos aventurarnos entre los árboles. Poco a poco nos fuimos tranquilizando, y aún tratamos de encontrar alguna explicación natural al hecho que nos atemorizaba.

—Quizás haya sido algún estudiante —el observador Navarre, autor de la idea, señaló a los lejanos edificios de la ciudad universitaria, bajo nosotros—. Puede que se trate de una broma, de una gamberrada... utilizando alguna clase de megáfono.

—Pues espero que no vuelvan a repetirlo —gruñó otro de los observadores—. Confieso que me han dado un susto de muerte.

Ya caía la noche, y regresamos al interior del edificio. Se acercaba la hora del relevo nocturno, y sentí que todos se alegraban de volver a sus casas dentro de unas horas, dejando tras ellos el recuerdo de aquel sonido indescriptible. Pero no era tal mi caso, pues el servicio de la noche me correspondía a mí también, y ello no dejó de inquietarme, aunque no podía tener idea de los fenómenos de los que iba a ser testigo en las horas nocturnas.

A punto de iniciarse el relevo, hablé con William sobre la flauta que habíamos encontrado. Sin saber por qué, vislumbraba una vaga relación entre aquel hallazgo y la cosa que después había ocurrido.

—Ese objeto puede ser de mucho valor —dije—. Conozco a un especialista en arqueología griega y romana. ¿Quieres que le enseñe la flauta y la caja? Seguro que él puede descifrar la inscripción de la tapa.

Vaciló un instante, mientras contemplaba en especial el instrumento, que por algún motivo parecía fascinarle.

—Bueno, si quieres quédate la caja con la inscripción —dijo al fin—, pero creo que esta noche me llevaré conmigo el caramillo. Me gustaría practicar algo en él. Tiene algo que me atrae.

Estuve a punto de contarle la impresión que me había causado la música de la flauta, pero luego renuncié a ello. ¿Qué hubiera podido decirle? Me quedé, pues, con la caja metálica, mientras él guardaba con cuidado el instrumento dentro de su cartera. Poco tiempo después se efectuó el relevo, y vi cómo subía a su coche y se alejaba hacia la ciudad. Nuevos compañeros iniciaron el servicio, y no sé si alguien entre los que salían comentó con los entrantes el asunto del grito en el pinar. Por mi parte me abstuve de hacerlo.

El servicio nocturno comenzó de forma rutinaria, sin que ocurriera nada inusitado. Dediqué unos minutos a tomar la frugal cena que había traído al efecto de mi casa, y luego inicié mi propia tarea, diseñando el mapa previsto del Atlántico Sur correspondiente a la primera hora de la noche.

No había nadie sino yo en la oficina de Predicción Aeronáutica, aunque a través de la puerta abierta me llegaban las banales conversaciones de los compañeros que trabajaban en la sala principal. No existía ningún elemento extraño en el ambiente, y las inquietudes de la tarde parecieron haberse marchado junto con William y su flauta desenterrada.

Estaba a la mitad de mi tarea cuando atisbé con el rabillo del ojo una sombra confusa en la ventana, al otro lado del vidrio. Pero quizá no le presté ninguna

atención consciente hasta que me pareció que la cosa se movía.

Dirigí la mirada a la ventana en el momento en que la sombra desaparecía. Fue una visión instantánea y poco fiable, pero creí haber visto, para mi sobresalto, algo así como una gran cara deforme, con unos ojos que me miraban. Pero no pude jurar que realmente aquello fuera real y no fruto de una imaginación exaltada por los últimos acontecimientos.

Permanecí dudando unos instantes, tal vez con más temor que indecisión, pero al fin me decidí a levantarme de mi silla frente al copiador luminoso y asomarme a la ventana. Nada extraordinario se veía afuera. Quedé contemplando durante un rato las oscuras fachadas de los bloques adyacentes, con sus ventanas apagadas, y el vapor que brotaba del zumbante aparato refrigerador del patio. Nada se movía allá abajo, y era imposible que nada ni nadie hubiera podido encaramarse hasta la ventana, sin un roce y sin un ruido.

Pero alguna inquietud debió quedar reflejada en mi expresión, pues cuando me separaba de la ventana para volver a mi mesa de trabajo, entró en la oficina el ayudante aeronáutico Frank Barry, y me preguntó que si me sucedía algo. Le respondí negativamente, y ambos nos pusimos a la tarea, hasta terminar el primer bloque de información de la noche. Ningún fenómeno nos interrumpió, ni volvió a aparecer en la ventana presencia alguna real o imaginaria, bien que no pude evitar llevar la mirada de vez en cuando hacia allí.

Disponíamos ahora de un breve lapso de tiempo antes de que nos llegara nueva información y, llevado por un vago impulso, abandoné la oficina y crucé los desiertos pasillos del observatorio para descender hasta el vestíbulo.

Un rumor de voces atrajo mi atención. Allí estaba el meteorólogo predictor principal de servicio, que aquella noche era el doctor Sir James Castle-John, uno de los más veteranos del cuerpo. Sin duda había

salido afuera para dar un paseo a su inseparable pastor inglés, que ostentaba el aristocrático nombre de *Lord Byron,* y ahora conversaba a media voz con el sereno. Me aproximé a ellos.

—¿Ganado? —preguntaba Sir James con extrañeza—. ¿Ganado suelto por aquí a estas horas de la noche? No tengo idea de dónde haya podido venir. ¿Usted está seguro de haberlo visto?

—He visto un gran animal que pasaba entre los pinos —insistió el sereno—. Puede que fuera una vaca, o algo por el estilo. Pero por estos alrededores no hay ninguna granja.

—¿No sería alguna parejita perdida? —sonrió con picardía Sir James—. Muchas noches vienen en coches para arrullarse por aquí, en la oscuridad.

—¿Con la lluvia y con todo lleno de barro? —preguntó el otro, incrédulo—. Y además lo que he visto allá afuera no era ninguna persona. Era mucho más grande.

—Bueno —terminó el meteorólogo—. Si vuelve a ver algo que le parezca extraño, llámeme a la sala de análisis. Buenas noches. ¡Vamos *Byron!*

Observé entonces algo que me llamó la atención. *Lord Byron* era un perro alegre y juguetón, y en las actuales circunstancias hubiera debido estar pugnando por arrastrar a su dueño hacia fuera del edificio. Pero, por el contrario, su impulso parecía en aquel momento desarrollarse en dirección contraria, como si algo dentro del observatorio le atrajera. O como si algo de allá fuera le asustara o repeliera de algún modo.

Saludé a Sir James y le acompañé de nuevo hacia arriba, renunciando a la ojeada que había pensado echar por el exterior. En la conversación me referí al comportamiento del perro.

—Pues tienes razón —convino— *Byron* no es un perro miedoso, ni mucho menos. Pero esta noche le pasaba algo raro. Estuvo todo el tiempo intentando entrar en el edificio. ¿Qué te pasa, *Byron?*

El can se limitó a gemir suavemente. Sir James se

encogió de hombros y, tras encerrar a su compañero irracional en su pequeño despacho personal, se dirigió a su propia mesa de trabajo.

Continuó transcurriendo la noche, lenta y cansadamente, con el habitual proceso, tantas veces repetido, de la llegada de la información, la confección de mapas, la redacción de partes y de rutas, y vuelta a empezar. Era ya avanzada la madrugada, en «la hora de mayor oscuridad que precede al alba», cuando se produjo el más extraordinario de los acontecimientos misteriosos que se habían iniciado la tarde anterior.

Quizá me hallaba yo mismo algo adormilado, en la espera del siguiente ciclo de trabajo, cuando me despabiló fulminantemente una babel de gritos y portazos procedentes de la sala de análisis. Crucé la puerta, mientras de todas partes acudía el resto del personal, sobresaltado.

Thery, la más joven de las observadoras, estaba sentada en uno de los sillones de la sala, visiblemente muy asustada, mientras su compañera Eleanor y algunos otros componentes del turno intentaban tranquilizarla y que explicara lo que le había sucedido. El ambiente era de gran confusión, y todos se preguntaban unos a otros por lo ocurrido, sin que nadie supiera dar razón.

Por fin, de las frases entrecortadas y confusas de la muchacha fue emergiendo un vago relato. Había descendido Thery, como le correspondía aquella noche, para hacer la lectura de la caseta de instrumentos situada en el exterior del edificio, justo junto a la gran escalera de piedra que, por entre los árboles, bajaba hasta la carretera general. Todo aquel escenario estaba oscuro y solitario a aquella hora, pero la operación se había efectuado anteriormente centenares de veces y no había en ella nada de alarmante.

Según relató la chica, justamente cuando entraba en el pequeño claro donde se alzaba la caseta, había sentido que algo la tocaba en el hombro. Pensando que sería alguna rama de un árbol medio desprendida

por el viento, intentó sacudírsela mientras desviaba los ojos maquinalmente hacia ella.

Lo fantástico del relato comenzaba entonces. De acuerdo con las palabras de Thery, ella había visto entonces que lo que la sujetaba por el hombro era una mano gigantesca de piel rugosa y uñas negras y puntiagudas.

Gritó ella con todas sus fuerzas y logró soltarse con una brusca sacudida, tras de lo cual corrió a buscar refugio en el edificio. Tan sólo al llegar a la puerta se atrevió a mirar atrás, y entonces le pareció ver una figura enorme de ojos fosforescentes, que dijo ser en todo semejante al diablo. No quiso enterarse de más detalles, y corrió escaleras arriba hasta entrar en la sala de análisis y alarmar a sus ocupantes.

Terminado aquel confuso relato, todos quedamos en silencio, contemplándonos unos a otros. Luego, tras cambiar apenas algunas breves frases, cada cual cogió el primer instrumento pesado o cortante que encontró a mano, y formamos un grupo de exploración que descendió en busca de quien quiera que fuese el autor del susto de Thery.

Pero no encontramos nada anormal. En cambio sí pudimos escuchar, procedente de la lejanía, un grito emparentado con el que yo oyera la tarde anterior, si bien con un tono inequívocamente burlón. Pese a ser débil y remoto, logró helar la sangre en nuestras venas; tal era su naturaleza. Renunciamos a la expedición y volvimos a entrar en el edificio, cerrando y atracando la puerta tras nosotros.

—Hay algo raro allá afuera —dijo uno de los observadores, inquieto—. No seré yo quién baje mientras sea de noche.

—Señores —intervino el doctor Castle-John decididamente— como autoridad superior en el centro, voy a llamar a la policía. Hasta que llegue nadie abandonará el edificio.

Fueron horas de espera temerosa, pero nada ocurrió. Cuando llegó el coche patrullero de la policía, ya el pinar estaba iluminado por las primeras luces

del alba. Escudriñaron por todas partes, pasando el pinar a peine fino, pero tampoco encontraron nada de interés. Les habíamos dicho que probablemente se trataba de un delincuente sexual, y ya antes de iniciar la búsqueda manifestaron que el tal debía haberse marchado mucho antes del amanecer. El único hallazgo insólito pareció confirmar las palabras del sereno dichas a Sir James al empezar de noche, pues se descubrieron en el barro unas huellas de lo que parecían ser pezuñas.

Cuando llegó el relevo de la mañana, ya la luz del sol había animado algo a nuestro grupo, y la mayoría se había obligado a pensar que debía tratarse efectivamente de un asaltante sexual, quizá disfrazado de alguna forma. Pero en tal conformismo existían dos excepciones; la de Thery, que seguía sosteniendo que aquello que la atacó no tenía nada de humano, y la mía personal, pues yo había comenzado a establecer relaciones entre todo lo ocurrido, y no las tenía todas conmigo. Cuando subí al autobús para abandonar el observatorio, no olvidé llevarme la caja metálica cuyo descubrimiento iniciara aquella absurda cadena de sucesos.

* * *

Mi amigo Héctor contempló fijamente las inscripciones, acercando la caja de metal a sus ojos.

—Es griego, desde luego —dijo— Griego alejandrino. ¿Dónde dices que la encontrásteis?

—En la colina junto al observatorio —le respondí—. No sabía que los griegos hubieran llegado nunca hasta aquí.

—Los griegos propiamente dichos no, pero sí los romanos, desde luego. En los tiempos de la decadencia romana, el griego alejandrino era muy utilizado en los ritos de brujería y magia negra.

—¿Has dicho magia negra? —me alarmé.

Mi amigo asintió.

—Esta caja puede ser muy bien un objeto mágico, una especie de talismán. ¿Contenía algo?

Le describí la flauta de barro cocido, aunque sin hablarle del efecto que su música me había causado. Asintió él de nuevo, gravemente.

—Todo concuerda. Se trata de la *siringa,* la flauta de siete tubos propia del dios Pan. Aunque corrientemente suelen ser de caña, y no de barro ni de arcilla. Mira.

Recorrió con el dedo los carácteres grabados en la tapa de la caja.

—«Oh, gran Pan de patas de cabra, dios del terror, señor de los mundos oscuros, donador del espanto, regidor de los placeres tenebrosos. Sabio debelador de lo desconocido, poderoso músico de extrañas melodías, nosotros te invocamos».

—¡El dios Pan! —exclamé—. Pero yo le tenía por una deidad amistosa, que tocaba la flauta por los bosques y perseguía a las ninfas, con sus amigos los sátiros, los faunos...

—... y los egipanes —terminó mi amigo, sonriendo—. Pero todo ello es una interpretación posterior. El dios Pan es una divinidad muy antigua, anterior a las mitologías griega y romana. Los griegos le identificaron con ese ser alegre y danzarín, quizás engañados por la flauta que era su principal atributo. Incluso le inventaron diversas genealogías, una de ellas haciéndole fruto nada menos que de los amores culpables de la fiel Penélope con alguno de sus pretendientes. Luego, cuando los romanos unificaron la mitología griega con la propia, se le identificó con divinidades campestres italianas como Fauno y Silvano.

«Pero no. Pan es muy anterior a todo eso. Quizá procede de Egipto, e incluso de alguna civilización perdida anterior a la del Nilo. Su mismo nombre en griego primitivo es inquietante: Pan, la totalidad. Se le tenía en un principio por un dios extraño y tenebroso, muy alejado del luminoso panteón olímpico. De su nombre, no sé si lo sabrás, deriva el término *pánico,* en el sentido de terror absoluto e incontrolable. Se decía que Pan era capaz de poner en fuga

ejércitos enteros tan sólo con la voz, emitiendo gritos terroríficos.

Salté en la silla, sobresaltado.

—¿Cómo has dicho? —pregunté.

Mi amigo me miró con extrañeza.

—Que el dios Pan podía lanzar gritos tan terribles que ponían en fuga a los mas valientes guerreros. Los griegos narraban que en cierta ocasión hizo huir a los mismos Titanes, soplando en un caracol o, según otra versión, con su propia voz.

«Muchas sectas mágicas actuales tienen a Pan por un ser diabólico, que puede ser conjurado para otorgar poderes tenebrosos a sus invocantes. ¿Has leído *The Great God Pan,* de Arthur Machen?

Negué.

—Pues en este libro se expresa la maldición que puede caer sobre una persona y su descendencia merced al sólo contacto con el dios Pan. En realidad la idea viene de muy antiguo. Ya has visto las frases invocadoras que alguien grabó en esta misma caja, hace millar y medio de años. Se le tiene por soberano de un mundo de maldad, violencia y tinieblas, coexistente con el nuestro, un mundo donde todo es bestial, instintivo, perverso. Incluso se cree que el americano Lovecraft se inspiró en su culto para idear los monstruosos panteones de los mitos de Cthulhu.

Se interrumpió para sonreír, como rechazando al reino de la fantasía todas aquellas elucubraciones.

—En resumen, un dios poco simpático ¿no te parece?

Apenas si pude responderle, pues mil locos pensamientos se agitaban en mi mente. Balbuceé una apresurada despedida y abandoné la casa de mi amigo Héctor, con la caja de metal bajo el brazo.

La flauta, pensé mientras caminaba al azar por las calles de la ciudad. Con la flauta había empezado todo. Aquella música demente que William Peel había negado producir por su propia voluntad... ¿sería posible que hubiera despertado... algo? ¿Algo capaz de rondar por las noches entre los pinos, y de lanzar

gritos terroríficos? ¿Algo procedente de las eras más arcaicas de nuestro mundo, quizá de mucho antes del nacimiento de nuestra humanidad?

Pugnaba por no creerlo, por pensar que debía haber otra explicación natural. Pero las palabras de Héctor seguían sonando en mis oídos. El gran dios Pan, señor de los mundos oscuros. La *siringa*, el símbolo de la terrible divinidad, quizá la fuente de su poder y de su misma existencia.

Puede que no me hubiera arriesgado a hacer lo que hice de no estar mi mente abotargada por aquella noche en vela y llena de emociones. Por la tarde intenté tranquilizarme y dormir, diciéndome a mí mismo una y cien veces que todo aquello no podía ser sino una acumulación de coincidencias, que cosas así no podían pasar en nuestro mundo real y racional. Pero no podía cerrar los ojos sin que espantosas visiones surgieran en mi mente.

Anochecía ya cuando recordé algo que me llevó al colmo de la inquietud. Aquella misma noche entraría de servicio William Peel, y quizá llevara consigo... Aquella sombra inquietante que vagaba por los pinares parecía buscar algo concreto, algo que le había despertado de un sueño milenario, y que quizá necesitara de nuevo para desarrollar su poder. ¿Qué podía ocurrir aquella noche en el observatorio? ¿Y qué sucedería al amanecer, allí y en el resto del mundo, si la flauta de los siete tubos caía en manos de su legítimo poseedor?

El sueño huyó de mí, y me encontré en pie, pensando en lo que había de hacer. ¿Podría un hombre solo enfrentarse con una divinidad?

Al menos debía intentarlo. Recordé el sonido de la flauta, y los gritos terroríficos. Quizás aquello fuera simple locura, pero me procuré algo para contrarrestar aquellos efectos. Iría en persona al observatorio, pues una llamada telefónica sería inútil. ¿Cómo explicar por teléfono lo que ocurría, lo que podría ocurrir con la caída de la noche?

La oscuridad ya era casi completa cuando el auto-

bús me dejó frente a los últimos edificios universitarios. No había nadie a la vista, y me estremecía al pensar en el caminillo que debía ahora recorrer a pie, subiendo por la colina y rodeado de pinares susurrantes... entre los cuales podía ocultarse aquello que yo buscaba. Pero ahora no podía echarme atrás. Quizá con un arma... Busqué a mi alrededor, pero sólo pude ver una gran piedra junto al camino. A falta de cosa mejor la cogí, pobre arma frente a un dios.

Fue temerosa la subida por el sendero, con el fulgor intermitente de la luna, oculta a veces por negros nubarrones. Pero el susurro de la brisa en los pinares no se veía interrumpido por ningún rumor amenazante, por ningún grito extrahumano...

Fue otro sonido el que llegó a mis oídos cuando llegaba a la mitad del camino, un sonido que me detuvo en seco, dejándome paralizado donde me hallaba.

La *siringa.* La flauta de Pan.

Procedía, desde luego, del edificio. Quizá William la estaba tocando de nuevo, inconsciente del mal que la música podía atraer. Aunque, por lo que podía recordar, quizá la flauta producía su propia melodía, y utilizaba al ejecutante como un simple servidor. De todas formas, pese a la distancia a la que sonaba, la música me producía un efecto superior y distinto a la primera vez. Podía llegar a dominarme.

Pero precisamente había venido preparado, o al menos eso esperaba, contra aquel efecto. Saqué del bolsillo los tapones de cera y, cómo hiciera Ulises frente al embrujo de las sirenas me obturé con ellos los oídos. El sonido de la flauta cesó para mí.

No hallé a nadie en torno al edificio ni tampoco en el vestíbulo, cuando empujé la puerta semiabierta. Avancé por los pasillos desiertos, cruzando junto a las puertas cerradas de los despachos. No podía escuchar la melodía de la *siringa,* pero notaba una rara ondulación inmaterial que hacía vibrar mis nervios. La música estaba allí, aunque no pudiera dominarme.

Finalmente llegué ante la puerta de la sala de análi-

sis. Quizás allí todos reunidos, subyugados por el sonido de la flauta tocada por William. Necesitaba interrumpir como fuera aquel horrible concierto antes de que sucediera lo que yo temía. Empujé la puerta y entré de golpe.

Sí, estaban todos allí, extrañamente arrodillados, de espaldas a mí, encarando la flauta y aquel que la tocaba. Pero éste no era William.

Retrocedí con un grito ante la vista de aquella monstruosidad que se hallaba acurrucada al fondo de la sala, dobladas las patas caprinas bajo sí, con la *siringa* en las poderosas manos de uñas puntiaguadas y del color del ébano.

Ante mí, viviente, estaba el dios Pan.

Pude verlo a plena luz, con todo detalle. Su frente astada casi rozaba el techo, pese a estar el dios acurrucado. Vi sus rasgos anormales, sus orejas terminadas en punta, su severa barbilla, sus ojos crueles... éstos se fijaron en los míos, mientras la flauta continuaba adherida a su boca de demonio.

Con un sólo movimiento, todos quienes estaban en la sala se volvieron poniéndose en pie. Eran mis compañeros, mis amigos, pero ahora en sus ojos se reflejaba la misma crueldad de los de su amo. Me miraron y avanzaron hacia mí.

En un instante de locura pensé que aquellos hombres y mujeres a quienes tan bien conocía no pertenecían ya a la raza humana. Eran la gente de Pan, los primeros de las grandes multitudes mundiales que pronto se transformarían en bestias, iniciándose en el culto salvaje al nuevo dios. Me harían pedazos.

Tuve el pensamiento de la huida, bien que demasiado sabía yo que no había refugio, que dondequiera que me ocultara más pronto o más tarde sería alcanzado por aquello que había nacido de la colina. Y al mismo tiempo sentí una terrible furia contra el ser que de tal forma pretendía adueñarse del mundo al que yo pertenecía.

En un gesto que entonces me pareció futil, alcé la mano y arrojé con todas mis fuerzas la piedra que

había recogido junto el camino, a través de la sala, hacia la divinidad que la señoreaba. Aún sabiendo que ningún choque podría conmoverle, ni ningún arma mortal causarle el menor daño.

Y lo imposible aconteció. Puede que, si Pan vivía, alguna otra divinidad pudiera actuar en su contra, que una mano inmaterial y más que humana auxiliara la mía en el loco acto ofensivo, y guiara el proyectil en su camino por el aire. Pues la piedra alcanzó de lleno la maléfica *siringa* de barro cocido, haciéndola pedazos en las mismas manos del monstruo.

Siguió una onda erizante que torturó mis músculos y mis huesos, y luego fue la conmoción. En una visión instantánea advertí cómo todos mis compañeros poseídos saltaban en el aire como alcanzados por una fuerte corriente eléctrica. Y luego la cosa me alcanzó, ignoro de qué forma. Una relámpago cegó mis ojos, me sentí alzado en el aire como por un huracán, y después fueron las tinieblas y la inconsciencia total.

* * *

Mis recuerdos embarullados fueron todo cuanto quedó de los acontecimientos ocurridos en aquella noche memorable, pues todos los demás asistentes quedaron privados de unas horas de memoria. No podían recordar lo que les había sucedido después de que iniciaran el servicio rutinario, y se asombraron cuando recobraron el conocimiento casi al amanecer, dispersos y tirados por el suelo como yo mismo, molidos y doloridos, pero de nuevo humanos.

El propio William encontraba difícil recordar todo lo referente a la flauta de siete tubos, e incluso los asistentes a los fenómenos precursores de la primera noche tenían extrañamente emborronados los recuerdos sobre aquellos.

Pero una prueba había quedado. Allá, en el fondo de la sala, el objeto inexplicable, que desafiaba a toda teoría. La gigantesca estatua de mármol, tallada en un sólo bloque, con inhumana maestría, según declara-

ron los expertos. Una figura en forma de sátiro o de demonio de los bosques, con las manos junto al rostro en actitud de tocar una flauta que no existía ya, fuera de algunos cascotes que se hallaron a sus pies. Una escultura cuya presencia constituía un enigma insoluble, pues para sacarla hubo que derribar parte de un tabique.

Hoy se la puede contemplar en el museo de nuestra ciudad. Y la expresión de maldad que hay plasmada en su rostro llega a asustar a algunos de los visitantes.

PROXIMA APARICION



EL JUEGO DE ASESINAR

TREN DE NOCHE

LA PLAYA A LA LUZ DE LA LUNA

EL TESTIGO

MUJER DE EBANO

EL DOLOR IMPOSIBLE

EL VIYI

METAMORFOSIS


26